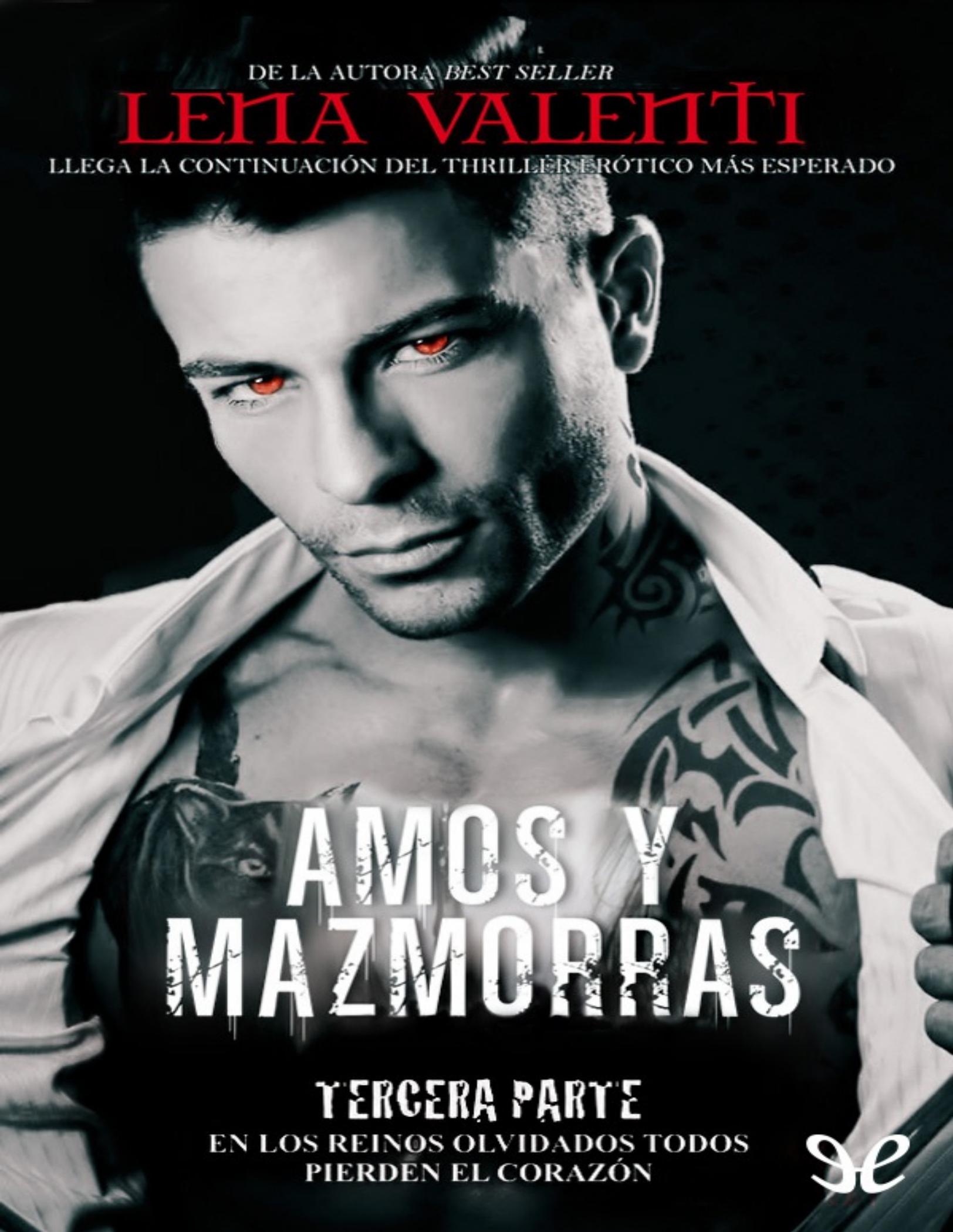


DE LA AUTORA *BEST SELLER*

LENA VALENTI

LLEGA LA CONTINUACIÓN DEL THRILLER ERÓTICO MÁS ESPERADO



AMOS Y MAZMORRAS

TERCERA PARTE

EN LOS REINOS OLVIDADOS TODOS
PIERDEN EL CORAZÓN

se

Carta de Lena

Libro tras libro la aventura se hace más grande. Tengo muchos agradecimientos que dar:

A Valen, por su apoyo y su confianza en todo lo que hago. Es maravilloso trabajar así. Todavía hay muchos sueños por cumplir, ¿verdad?

A mi grupo de «Limpiar escalera», Elena y Aida: vuestra ayuda y vuestra compañía, aunque no lo creáis, ha sido y es muy valioso para mí. Sois mis chicas polis: polifacéticas, polideportivas y poliqueridas con todo mi corazón. Os poliquiero. Gracias por dejarme entrar en vuestro mundo. Ya véis, esta es una parte del mío. Qué locura, ¿no?

Gracias a mi instructor de tiro, por todo lo que me enseñó en tan poco tiempo. Y al «Commissaire», por su sabiduría.

Gracias a mis ratonas por estar ahí, al otro lado de la línea. A Lore y Du, por ser como sois conmigo. A Eva, porque aunque no estés a veces, siempre estás. A Yure, porque si viviera en una isla, contigo jamás estaría aislada. Y a Esme, porque aunque eres una nueva integrante del equipo de Editorial Vanir, en realidad, lo has sido siempre.

A toda mi gente que no nombro, pero que os sentís parte de todo esto, mi más sincero agradecimiento.

Y a todos mis lectores y grupos, a todos los que me seguís en las redes sociales, a los que me conocéis un poquitín y a los que no me conocéis pero os gusta lo que escribo: Gracias por seguir ahí.

Amos y Mazmorras III y IV son, sin duda, los libros que hacen que esta saga erótica se desmarque de todas las que ya hay. No me gusta repetirme sobre lo mismo, ni me gusta hablar siempre de las mismas cosas, por eso, esta

historia me ha ofrecido la posibilidad de documentarme y conocer mundos y realidades nuevas; y eso es el mayor regalo para un escritor: investigar y dar lo mejor de sí mismo en cada entrega y manuscrito. Podría escribir sobre seguro y hablar de nuevo sobre lo que ahora tanto llama la atención como: erotismo, sexo rudo y dominación. Pero eso ya pasó en Amos y Mazmorras I y II y a mí me gusta innovar.

¿Qué os vais a encontrar en esta nueva aventura?

Ni os lo imagináis. Tendréis que empezar a leerlo para descubrirlo.

INFÍLTRATE
ARRIÉSGATE
CUIDA TU CORAZÓN

Capítulo 1

FECHA: 2012-07-26
FUENTE: SVR/FBI
CLASIFICACIÓN: CONFIDENCIAL
C O N F I D E N T I A L WASHINGTON 000328

SIPDIS: AMOS Y MAZMORRAS
LK POR CLEO CONNELLY
KL POR LION ROMANO
MP POR LESLIE CONNELLY

E. O. 32561: DECL: /23/2012

ETIQUETAS: Trata de blancas, sodomización, prostitución, esclavitud, tráfico de drogas

SUJETO: TFH04: Abierto y cerrado: el caso de Amos y Mazmorras

REF: WASHINGTON 939

Clasificado por: FBI Elias Montgomery

Durante doce meses de formación, los agentes Nick Summers, Leslie Connelly, Lion Romano, Karen Robinson y Clint Myers se infiltraron en el mundo de la dominación y la sumisión para resolver e investigar los homicidios de Irina, Katia, Marru y Roxana, y el origen de una variación nunca vista de popper y cocaína.

El descubrimiento del foro de rol *Dragones y mazmorras DS* y la llegada del segundo torneo que se inauguraba ese mismo año era el punto de partida de dicha investigación. Los agentes asumieron sus roles de dominantes y sumisos e investigaron a todas las criaturas hasta averiguar que eran un grupo llamado «los Villanos» los que manejaban los hilos.

Después de eso, y a pocos días de que empezara el torneo de *Dragones y mazmorras DS*, Leslie Connelly desapareció y, tristemente, se halló el cadáver de Clint Myers, su compañero de misión, muerto por asfixia.

Cleo Connelly, hermana de Leslie, fue contratada por el FBI para ayudar a desenmascarar a los Villanos y para entrar en calidad de sumisa como pareja de Lion Romano, el agente al cargo de la misión.

Durante los cuatro largos días de jornadas del torneo, los agentes practicaron y se involucraron en los juegos como uno más. En sus ratos libres, fuera de la organización, descubrieron que la droga que se les suministraba a los sumisos que no consentían era una variación de popper con cristal, que mejoraba la anterior fórmula y no provocaba choques anafilácticos.

El contacto directo con Markus Lébedev, agente secreto ruso que participaba en calidad de Amo del Calabozo, llevó a la aparición de Leslie Connelly. Su relación de conveniencia dio origen a la colaboración conjunta entre el FBI y el SVR, y lo hicieron juntos como amo instructor y como sumisa. Markus reconoció a Cleo Connelly en una prueba del torneo, y se la llevó a Peter Bay, donde tenía a muchas otras sumisas que había traído Belikhov. Este era un mediador ruso entre villanos y compradores, y se encargaba de facilitar las sumisas a los amos instructores para que las prepararan y les hicieran la doma. Gracias al descubrimiento de Belikhov, entendieron lo que hacían los Villanos con las mujeres y los hombres que secuestraban: los adiestraban para ser los esclavos, cachorros y sumisos de auténticos sádicos multimillonarios. Algunos de esos sumisos sobrevivirían y los venderían al mejor postor; otros morirían en la última noche del torneo, llamada Walpurgis. Mientras los participantes celebraban el final de las pruebas, los/as sumisos/as drogados/as y secuestrados/as eran llevado/as a otra isla en la que debían ser sacrificado/as.

Así empezaba el informe en el que Cleo Connelly resumía toda la investigación del caso de Amos y Mazmorras.

En su informe, destapó la trama del ron de cómo Lion sospechó correctamente de Mistress Pain, un ama, niña rica de la Upper East Side de Nueva York, encaprichada con el agente Romano, y que era la responsable de la muerte de Clint Myers, y, tal y como después testificó, de los otros dos

sumisos sin identificar que se encontraron con sendos guiches en el perineo.

El grupo de los Villanos estaba formado por Sombra Espía, Tiamat y Venger.

Sombra Espía era Mistress Pain, como se conocía a Claudia entre los Villanos. Ella secuestró a Cleo Connelly y a Lion Romano, y los llevó hasta Tiamat.

Tiamat estaba formado por cinco cabezas pensantes con mucho poder, entre los que destacaban los D'Arthenay.

Eran una conocida pareja de multimillonarios de Nueva Orleans. Cleo los había encarcelado, acusado de violencia de género. El hecho de que los D'Arthenay la reconocieran a ella en el concurso, así como a Leslie, que participaba como ama en los locales de BDSM, sabiendo que la primera era responsable directa de la infelicidad de su hijo, propició la aceleración del caso. Los D'Arthenay querían una venganza personal, y esperaban acabar con ellas en Walpurgis. Pero no lo lograron.

Lion y Cleo escaparon de la gruta en la que estaban a punto de ser cruelmente ejecutados a manos de Claudia y Billy Bob, el hijo de los D'Arthenay. Billy Bob, al que previamente Lion Romano le había dado una soberana paliza en nueva Orleans, murió en su enfrentamiento con Lion, y Claudia quedó gravemente herida.

La noche de Walpurgis quedó abortada por una excelente acción policial conjunta entre los equipos de las Islas Vírgenes, el FBI y la SVR.

Venger era Yuri Vasíliev, heredero de una dinastía siderúrgica única en Rusia. Su padre, Aldo Vasíliev, es uno de los diez hombres más ricos del país. El SVR está investigando la relación de Vasíliev con el negocio de la prostitución y la trata de esclavas en su tierra.

Tiamat, como ya se había mencionado, estaba formado por los D'Arthenay, además de por un banquero americano que había triplicado su patrimonio comprando créditos baratos y que se llamaba Leonard Necho, y por los gemelos Taylor, los propietarios de una cadena de hoteles que había fundado su padre: Jonathan Taylor.

Todos estos personajes eran descendientes de la Old Guard, o de

simpatizantes de ellos; tenían inclinaciones sádicas y una alta propensión a experimentar placer al controlar el dolor, el sufrimiento y la muerte de otras personas. Con ello no pretendían nada. No buscaban nada.

El procedimiento era el siguiente: pedían hombres y mujeres, contactaban con Belikhov, y este se los facilitaba mediante sus contactos. Algunos los captaban a través del foro Dragones y Mazmorras, como había pasado con Irina, pero la mayoría de ellos provenían de su propia red de tráfico. Los Villanos los redirigían a los amos que tenían contratados para su doma y su disciplina. Los amos y las amas trabajaban con ellos durante un máximo de dos meses con el objetivo de ayudarlos a soportar cuanto más dolor pudieran mucho mejor. Buscaban resistencia, personas que no sucumbieran fácilmente ante un castigo, y por eso los adiestraban con ayuda de las drogas, como el popper y el cristal.

Después de la doma, los devolvían a los Villanos. Y tal y como habían hecho esa noche, los mostraban y los vendían a un montón de millonarios que los compraban vía webcam; y a aquellos que no quería nadie, los llevaban a la hoguera y los castigaban para sacrificarlos y entregarlos como ofrenda al dios Beltane.

¿Por qué hacían eso? Había cincuenta personas encarceladas a punto de ser sometidas a juicio. Cincuenta, hombres y mujeres, que habrían disfrutado de una noche en la que torturarían, mutilarían y acabarían haciendo una cremación de todos esos sumisos que se habían entregado a ellos, confiados y drogados hasta las cejas. ¿Y qué responderían en el juicio esos cincuenta imputados? Lo mismo que habían contestado en los interrogatorios.

—¿Por qué el sadismo? ¿Por qué matar?

—Porque la vida no aporta nada nuevo. Porque no hay mayor entretenimiento ni mayor poder que saber que tienes entre tus manos la última brizna de oxígeno de una persona —había contestado uno de ellos—. Ese es el placer que le encontramos. Hallar, en la confianza y la fragilidad de otros, todo tu poder.

Ese era el lema del maltrato. Abusar de la fragilidad y de la confianza de otros, de saber que se atrevían a ponerse en tus manos, atados, sometidos, esperando aquello que los haría volar, para encontrarse con la otra cara de la moneda. Un abusador que golpearía, cortaría, violaría y reduciría cada parte

de tu alma.

Y esa era la diferencia entre los Villanos y lo que los agentes habían visto en otros participantes importantes del torneo, como Sharon, Prince, Brutus, Olivia, Lex, Cam, Nick, Louise Sophiestication (Sophie), Thelma, Markus, Leslie y todos aquellos que, ajenos a lo que sucedía con las drogas y los sádicos, venían a jugar sanamente al torneo de *Dragones y mazmorras DS*; auténticos amos y sumisas que lo veían como un juego, como una práctica sexual, sana, segura y consensuada.

Los auténticos amos y amas alimentaban y reforzaban esa confianza, y demostraban que el dolor solo era una antesala del placer, y que nunca era dolor extremo.

En el informe, dejaron claro que la dominación y la sumisión de *Dragones y Mazmorras DS* no tenía tendencias sádicas.

Los sádicos con sociopatías, como todos los multimillonarios aburridos de su realidad, como todos los Villanos, destruían y se centraban en el dolor y en el sometimiento auténtico hasta el extremo de arrebatar la vida.

De herir por herir.

De maltratar por maltratar.

Eran ellos los que debían pagar por sus crímenes.

Y así les hicieron pagar.

Capítulo 2

Nueva Orleans

Parque Louis Armstrong

Leslie Connelly era una mujer práctica, disciplinada y, en ocasiones, fría. De hecho, ella y su hermana Cleo, a la que el FBI le había presentado una propuesta en firme para que ingresara en sus filas después de infiltrarse con éxito en el caso de Amos y Mazmorras, eran la noche y el día.

A ella le faltaba parte de la fantasía y la sensibilidad de Cleo.

Se consideraba pragmática y poco dada a sueños románticos; no creía en ellos.

No obstante, su hermanita pelirroja con rostro de hada acababa de demostrarle que incluso algunos sueños se cumplían.

Prueba de ello era que Lion Romano, el agente al cargo que había liderado la misión junto a su hermana y que había adoptado el papel de su amo para entrar en el rol de dominación y sumisión, estaba oculto detrás de un árbol, dispuesto a sorprender a Cleo, seguramente para disculparse después del trato nefasto que le había dispensado en el hospital.

Y más le valía a Lion arreglar las cosas con su hermanita, o iba a aprender lo que era «tenerlos puestos por corbata», literalmente.

Sí. Eran muy distintas.

Ella era morena, de pelo largo, lacio y de color negro azulado. Nada que ver con el tono rojo y rizado de Cleo. Era más alta, algunos decían que de curvas más elegantes. Y sus ojos eran plateados, tan diferentes a los ojos verdes esmeralda de su renacuaja.

Leslie tenía treinta años, y Cleo, veintisiete, pero no importaba: seguía

siendo su hermana pequeña y siempre la llamaría como le diera la gana.

Pero no solo en el aspecto físico radicaban sus diferencias. Leslie tenía veinticuatro ojos, y diez en la nuca, y, por alguna extraña razón, necesitaba controlar todo lo que la rodeaba. Posiblemente, por ese motivo, por esa ansia de mando, se había dado cuenta de que el león, Lion Romano, permanecía oculto, esperando a tomar al camaleón por sorpresa.

Había visto a Lion por el rabillo del ojo y no había necesitado análisis ninguno para darse cuenta de que era él. Su cuerpo, su altura, su corte militar... Habían trabajado juntos demasiado tiempo en el FBI, se conocían desde hacía demasiado como para no localizarlo entre la multitud. Y sus movimientos ágiles y medidos lo delataban. Al menos, ante ella.

No para Cleo que, en cambio, seguía mirando cómo su madre y el grandullón de Magnus se daban unos bailoteos en el parque Louis Armstrong, bajo el ritmo de Westlife y su canción *To be with you*, ajena a la mirada que le prodigaba Lion Romano.

El caso Amos y Mazmorras en las Islas Vírgenes de Estados Unidos había fortalecido los vínculos entre Cleo y Leslie; y entre Cleo y Lion, que siempre se habían gustado. Y por fin lo habían aceptado y se habían rendido el uno al otro.

Pero, aunque esta vez, aquel amor no falto de dolor y de pérdida había triunfado por encima del bizarrismo y el sadismo, el caso también le había enseñado lo mejor y lo peor de las personas. Una realidad horrible y descorazonadora.

Todo tenía origen en el foro rol de *Dragones y mazmorras DS*.

Para infiltrarse, el gancho de atracción de domines y sumisos, Leslie, Clint, Karen, Nick y Lion se tuvieron que preparar como dominantes y dominados. Se trataba de un rol inspirado en el famoso *Dungeons and Dragons*, pero adaptado a términos de dominación y sumisión, de ahí las siglas DS. Mediante ese rol, captaban a hombres y mujeres interesados en el tema, y los secuestraban para venderlos en la noche final de un torneo físico y apoteósico de amos y sumisos.

Los agentes debían descubrir quiénes estaban tras los Villanos; Sombra Espía, Tiamat y Venger eran los jefes del cotarro, y a quienes todos se dirigían como los amos del evento. Ellos eran los responsables de ofrecer el

espectáculo y de vender a sus súbditos como esclavos sexuales, dispuestos a recibir todo tipo de castigos.

Sin embargo, a aquellos que no habían tenido éxito y no habían llamado la atención de los compradores sádicos, una multitud de multimillonarios que actuaban desde la distancia, por Internet, los sacrificaban en la noche de Walpurgis, que tenía lugar inmediatamente después del torneo, en el que solo una pareja practicante debía erigirse como ganadora y embolsarse dos millones de dólares.

Porque el torneo era real; sin embargo, muchos de los sumisos y las sumisas que jugaban con los amos en las *performances* no estaban ahí por voluntad propia. Los habían engañado y drogado, mediante una variante de popper que los desinhibía volviéndolos vulnerables al tacto, pero ajenos a la verdadera realidad que los envolvía.

Por supuesto, el torneo era solo una tapadera: el móvil real era la captación de venado para ser sacrificado y satisfacer las inquietudes sádicas y deplorables de gente asquerosamente rica que se había aburrido de sus facilidades y querían jugar a ser dioses. Necesitaban manipular las vidas de otros, decidir cuándo y cómo debían morir en sus manos, o entre sus cuerdas y látigos.

Conocer todas sus prácticas sexuales y todas sus técnicas era esencial para que los agentes se hicieran pasar por participantes del torneo y que no los descubrieran. Y lo hicieron durante un año. Visitaron locales de BDSM, aprendieron a jugar como ellos... Fueron elegidos por los miembros del rol que visitaban cada local y mazmorra en busca de lo mejor del BDSM.

Pero ella y Clint, su pareja, llamaron la atención de los Villanos demasiado pronto. Clint fue asesinado a manos de la sádica de Sombra Espía. Por su parte, Leslie fue secuestrada y llevada a un amo instructor que la volvería una sumisa, enseñándole a recibir gustosa cada golpe, aguantando el dolor.

Cuando recordaba la sensación de encontrarse cara a cara con el hombre que la iba a tener oculta con otras mujeres secuestradas, se le encogía el estómago.

Y ese hombre no era otro que Markus Lébedev.

Un hombre que, como ella, no era lo que parecía.

Markus era un agente secreto de la SVR, el FBI ruso. Estaba infiltrado en el rol como amo instructor, o amo del calabozo, según la jerarquía del juego. Descubrir que era agente secreto la dejó impactada.

Se suponía que, al descubrirse el uno al otro, debían trabajar juntos; dos organizaciones completamente distintas, el FBI y el SVR, colaborarían y se ayudarían para resolver el caso.

Y lo hicieron. Pero Markus estaba en un caso mucho más complicado, en el que se veía involucrado su país mediante la trata de blancas. El agente quería llegar al capo de la *mafia* rusa, quien se encargaba de organizarlo todo y recibía el dinero de todas sus ventas.

Y Leslie ahora formaba parte de su investigación. Juntos, debido a que los dos países tenían intereses comunes, trabajarían hasta destapar del todo cómo se organizaban para traficar con personas.

¿Dónde las cogían? ¿Cómo las captaban? ¿Quiénes las compraban? ¿Cuánta gente estaba involucrada? ¿Cuántos países lo permitían? Y, lo peor: ¿las bandas de tratas trabajaban con el consentimiento de la fiscalía de sus países?

Al margen de todo lo descubierto, lo vivido aquellos días le estaba enseñando mucho sobre ella misma; su necesidad de dominar era casi enfermiza; ese era el marco en el que ella se encontraba segura. Pero ser dominada por otro mucho más fuerte que una era mil veces más estimulante.

Markus nunca la tocó, nunca hizo el intento de ejercitarse con ella. Le tenía demasiado respeto.

Pero la noche en el Plancha del Mar, en la mascarada pirata, el mismo día en el que ella y Cleo se encontraron, Leslie decidió romper las reglas.

¿Por qué lo hizo?

No lo sabía. Solo entendía que tenía ganas de interpretar su papel lo mejor posible, y también de provocar al ruso con cresta rojiza de mohicano, tatuajes por casi todo su cuerpo y ojos amatista, que, con sonrisa indolente, sin muchas palabras, y con una actitud casi más altiva que la de ella, había logrado despertar su curiosidad como ningún otro hombre lo había hecho.

Leslie, por supuesto, había entrado como ama del fallecido Clint. Con Markus debía hacer de sumisa. Y aquella noche lo hizo por voluntad propia.

Recordó que estaban en una pasarela de modelos. Las sumisas se

exponían a los participantes como si fueran comida. Markus estaba sentado en una especie de trono, después de haber presentado a Lady Nala y haber bailado con ella.

Él azotaba y besaba a todas las sumisas, que, envueltas en látex, caminaban a su alrededor, a cuatro patas, esperando, bajo los efectos de la droga, a que él las acariciara y las calmara como sabía hacer.

Su habilidad para ser dominante parecía innata; con solo una mirada, prácticamente, las sometía. Pero a ella nunca la miró así, y su orgullo femenino, aun comprendiendo que lo hacía por consideración, no salió indemne.

Por eso hizo lo que hizo. Se arrodilló entre sus piernas abiertas y musculosas, aprovechando que adoptaba un papel de *animal play*, como si fuera su perrita, y le bajó la cremallera del pantalón de cuero negro, asumiendo que él no podría hacer ningún gesto que los delatara.

Markus entrecerró sus ojos rojizos y le dirigió una leve mirada de advertencia.

Leslie no era precisamente una experta en temas sexuales, pero la instrucción como ama le había enseñado muchísimas cosas, y quería emplear unas cuantas con él.

Metió la mano dentro del pantalón hasta que abarcó la bolsa de sus testículos. Al hacerlo, el pene, semiendurecido, acabó por ponerse erecto y duro como una piedra.

Ninguno de los dos habló. Solo se miraron, acordando implícitamente que aquel era un paso nuevo en su relación especial. Ella no tenía por qué hacer eso, no tenía por qué hacerle una felación. Lo iba a hacer porque le apetecía.

Él levantó su mano izquierda, tatuada con calaveras y en la que reposaba un gato negro acomodado sobre su antebrazo, y la agarró de la cola alta de dominátrix que lucía. Arqueó sus cejas castañas, desafiándola a que continuara.

Leslie no se echó atrás.

Sacó su miembro y abrió la boca para metérselo en el interior y acariciarlo con lengua y los dientes, con maestría.

Lo succionó y la masajeó con los músculos internos de sus mejillas, como si bebiera de un refresco con una caña enorme.

Nunca supo lo que pensó Markus de aquello, pues, después de eso, no hablaron mucho más, ya que él debía viajar y movilizar a todas las sumisas, incluida Leslie, y no podía mostrar deferencia hacia ninguna: en ningún momento debía desarrollar un vínculo afectivo con ellas, pues solo eran carnaza. Eran material a pulir de cara a los compradores sádicos. Tal vez, la azotaina en las nalgas que recibió después de que se corriera pudiera ser un indicativo de cómo se sintió en realidad. Pero ¿indicativo de qué? ¿La reprendía porque era muy mala? ¿O la azotaba por haber sido demasiado buena con él? ¿Le había gustado?

Después de la resolución del caso y de detener a los Villanos en la Walpurgis (aquella accidentada noche en que se produjeron bajas muy importantes y violentas muertes, aquella noche en la que se pretendía hacer una carnicería con los sumisos descartados), Leslie se despidió del ruso con algo de frialdad, la verdad.

Al menos, le dio las gracias por cumplir su promesa: había defendido a las sumisas y había cuidado de Cleo a su manera. Markus solo asintió y le dio la mano con diligencia, como si fueran dos empresarios que cerraran un trato. Aquel gesto tan impersonal la molestó muchísimo.

Tarde o temprano volverían a verse las caras para averiguar quiénes dirigían el negocio de tratas en Rusia a nivel internacional. Markus iba detrás de ello desde hacía años, metido hasta las cejas dentro del mundo del mercado negro y de la mafia criminal. Se había hecho pasar por un simple domador de mujeres y se había labrado una leyenda y una reputación.

Nadie sabía que Markus era un agente y, por ahora, debía mantener su tapadera debía, para ahorrarse sorpresas desagradables. Nadie podía delatarle, porque ¿quién hablaba con los fantasmas?

Pasada su aventura en las Islas Vírgenes, Leslie viajó a Nueva Orleans. Markus se quedó en Washington. La joven esperaba relajarse en compañía de su hermana, antes de emprender la nueva misión al lado del ruso de la cresta. Creía que cuando entablaran contacto de nuevo sería en tono meramente profesional, sobre todo después de que mostrara tal indiferencia. Pero el contacto vino en forma de *whatsapp*. Unos mensajes explícitos en los que Markus le decía que estaba en Nueva Orleans y que quería verla porque le debía una violación.

«Una violación... Será cretino», pensó Leslie sonriendo y clavando la vista en la distancia. El ruso estaba ahí. Lo sentía, lo podía oler en el ambiente, entre el olor de los gofres y las patatas con salsa cajún y la Coca-Cola... Por encima de la fragancia de las flores del parque, y de los perfumes de los hombres y mujeres de Nueva Orleans, subyacía la esencia del peligro y de la persecución.

Se verían las caras de nuevo, en un contexto menos al límite que el vivido en la Islas Vírgenes.

Y, al parecer, tenía cierto interés en ella. Un interés sexual.

A Leslie le parecía bien. Todo lo que no tuviera que ver con vínculos demasiado sentimentales y la alejaran de su profesión la entretenía y la satisfacía momentáneamente.

Volver a verle sería tan entretenido como jugar al Tetris. Una pieza por aquí y otra por allá bien encajada... y listos.

En el parque Louis Armstrong había una figura exacta de bronce del gran músico de jazz, así como una escultura dedicada al recuerdo de los esclavos criollos. Lo rodeaba un jardín espacioso y un pequeño estanque bordeado por una pequeña pasarela por la que se podía caminar.

Y fue allí, en esa pasarela, donde Leslie posó su mirada plateada y no la volvió a apartar. Markus estaba sobre el puente, y sus ojos tenían un único destino: ella.

Llevaba una camiseta blanca que marcaba sus músculos y no ocultaba sus tatuajes; cualquiera que lo viese podría tomarlo por un cantante de rock, y no solo por los dibujos de su piel, sino por su pelo levantado de punta en una cresta única castaña rojiza, más clara en las puntas. Unos Levi's desgastados resbalaban un poco por sus caderas y ocultaban ligeramente su calzado: unas sencillas Munich negras de rayas rojas.

—Dios mío —murmuró Cleo—. Mohicano a las doce.

—Lo he visto —aseguró Leslie—. Así que me ha encontrado... —Sonrió y se dio la vuelta, ignorándolo.

Markus, al ver que ella huía de él, negó con la cabeza y se echó a reír.

—¿Adónde vas, Les? —preguntó Cleo.

—Voy a jugar al gato y al ratón —contestó, y le dio un beso en la mejilla a su hermana—. ¿Estarás bien?

—Sí. ¿Vienes a dormir a casa?

—Claro. —Frunció el ceño.

—No vendrás. Ya lo veo venir.

—Oye, ¿por quién me has tomado? —preguntó.

Su hermana creía que pasaría la noche fuera con Markus. Estaba equivocada. Ella no era de ese tipo de mujeres.

—Ya... ¿Quién es el gato y quién el ratón?

—Bueno, yo soy la gata. —Le guiñó un ojo—. Buenas noches, ratona.

Se alejó de su hermana al ver que el ruso avanzaba hacia ella. Y mientras caminaba hacia atrás, lo observaba con fascinación; aquel inmenso cuerpo del ruso, que se acercaba hasta ella, que la acechaba como un jaguar a un ratón, la hacía dudar de su anterior afirmación.

¿Quién era la presa y quién el cazador?

Markus pasó por el lado de Cleo, la valiente hermana de la agente Leslie Connelly. Como infiltrado debía apreciar el arrojo de ambas chicas; las Connelly llevaban con dignidad y orgullo el apellido de su padre, que se había erigido en un héroe en Nueva Orleans tras el Katrina.

Leslie llevaba un vestido violeta que le hacía pensar en flores e incrustaciones de piedras preciosas.

Nunca había conocido a nadie tan magnético como aquella mujer; estar cerca de ella en la misión le insuflaba una paz inquietante. Era extraño, teniendo en cuenta en qué asuntos turbios se habían visto involucrados, pero así era.

Leslie, sus ojos de niebla y su cautivadora serenidad lo habían dejado tocado. Y lo peor era que la tendría como compañera en el siguiente y determinante viaje que esperaban realizar para desenmascarar y pillar con las manos en la masa a la red de mafias de trata de blancas. Al menos, a la principal de su país.

¿Cómo lo harían? Eso solo lo sabía el subdirector Montgomery. Al día siguiente tendrían la primera reunión con él.

Pero ahora, antes de trabajar y centrarse únicamente en sus principales objetivos, Markus le debía algo a aquella diosa morena.

Y se lo daría.

Se lo daría porque la joven superagente, como él la llamaba, había colmado sus sueños más perversos, incluso cuando estaban en medio de la misión.

Y porque nadie lo había dejado tan intrigado como aquella chica.

Él nunca había mezclado el trabajo con el deseo. Siempre se decía: «donde tengas la olla no metas la polla».

Por circunstancias, no había respetado su ley a raja tabla, pero bien podía decir que jamás se había interesado de aquel modo por nadie que tuviera su misma profesión.

Una vida no vida, llena de relaciones simuladas, eso era lo que él tenía día a día.

Sin embargo, Leslie había hecho algo por él que nadie había hecho antes; se había comportado con espontaneidad, rompiendo las reglas y poniéndoselas por montera.

Seduciéndolo así, sin más, como un zarpazo que no sabes de dónde te viene y que te deja marca.

Y en una vida tan dura como la suya, nada apreciaba más ni le conmovía más que lo genuino.

—Khamaleona. —Markus saludó a Cleo con la mirada amatista fija en el vestido violeta que se confundía entre la gente.

—Markus —contestó ella con un gesto de complicidad, viéndole venir las intenciones.

Si algo sabía Markus sobre Cleo, era que sería siempre completamente fiel a su hermana mayor, así que tendría cuidado de tratar bien a Leslie, no fuera a ser que la pelirroja camaleónica se enfadara y le abriera en canal como a los pobres cerdos.

Leslie se había ocultado entre los árboles que cercaban una pequeña plazoleta resguardada casi de la vista de todos, a menos que te internaras dentro de la vegetación.

Markus dio un paso adelante, como si se introdujera en un mundo paralelo de pasión y enajenación: *Markus en el país de las maravillas*.

¿Cómo le haría sentir la reina? ¿Como un diminuto o como un gigante?

Y la reina lo esperaba hermosa y etérea, apoyada con cierto abandono sobre el respaldo del único banco del pequeño cortijo. Un cortijo hecho a medida para ese tipo de encuentros.

—Hola, superagente —la saludó él, embebiéndose del resplandor que conferían las farolas del jardín a la nívea piel de Leslie—. ¿Conocías este lugar de antes? ¿Aquí traías a tus ligues?

Leslie, que estaba cruzada de brazos, posición que ensalzaba sus pechos a través del escote de su vestido, se encogió de hombros y sonrió desinteresada.

—Hola, Lébedev.

Se quedaron en silencio.

Se analizaban, como los expertos calculadores que eran. Y qué buena era Leslie a la hora de mantener la tensión. Hablaba lo justo y cuando convenía, pero lo que decía solía ser fulminante como una sentencia.

Markus no abría la boca. Prefería que sus ojos dieran su parecer, y nunca eran muy alentadores ni benévulos.

Pero en ese contexto de deseo y de pasiones escondidas a la luz de la luna, las miradas eran bien diferentes.

—Sin traje de dominátrix pareces otra. —Inclinó la cabeza a un lado, estudiándola. El pelo, peinado en una coleta alta, y los zapatos de cuña hacían que pareciera más alta, pero nunca más que él. Y a Markus le encantaba sentirse más poderoso en ese sentido.

Su cuerpo, con curvas suficientes como para empalmar a un caballo, pero nada exageradas, estaba embutido en un precioso vestido veraniego.

Joder... Se la había imaginado de todas maneras, montándola en muchas posiciones; sin embargo, la imaginación solo era eso: imaginación y fantasía. Bien sabía que no se involucraría con Leslie más allá de lo que aquella noche permitiera. Solo aquella noche, porque, al día siguiente, los sueños y las fantasías se esfumarían para mezclarse en la más cruel y triste de las realidades. Y no habría tiempo para desahogos físicos ni contactos llenos de sensualidad.

—Tú, en cambio, eres exactamente igual a cómo te recordaba. ¿Tu personaje te ha absorbido, Markus? —preguntó, provocadora, modulando su voz de un modo embaucador, tal y como hacían las sirenas antes de arrastrar

a los marineros.

Era cierto. Markus seguía pareciendo un amo estricto y subyugante. ¿Sería así siempre?

—Soy lo que soy. Tal vez no esté adoptando ningún papel. —Se acercó, dando lentos pasos hacia ella—. Tal vez, lo que ves es todo lo que hay.

—¿Un mural andante? —preguntó adoptando también la seguridad y la petulancia de una verdadera ama—. Tribales, gatos, cruces, calaveras... — Señaló cada uno de sus tatuajes sin necesidad de tocarlos, pues los recordaba perfectamente. Recordaba cómo eran y dónde estaban—. ¿Dónde tienes el ancla de marinero y el «amor de madre»?

Markus alzó la comisura de su labio, sin llegar a sonreír.

Oh, sí. Aquella era la mujer que recordaba. Atrevida, grosera y tan severa y soberana que daban ganas de bajarle las braguitas y ponerle el culo rojo como un pimiento. Tal vez los años de su preparación para infiltrarse como amo le habían transformado más de lo que recordaba, aunque, para ser sinceros, Markus jamás tuvo una célula de sumisión y conformismo en su cuerpo.

Odiaba la incompetencia y la debilidad; no soportaba la mediocridad, por eso intentaba tomarse su trabajo con la máxima seriedad, hasta convertirse en alguien inflexible y que no aceptaba errores de ningún tipo.

En ese sentido, Leslie era como él, por eso sabía que no tendría problemas para trabajar con ella, a no ser que volviese a sorprenderlo como había hecho en el Plancha del Mar.

Le llamaría la atención, pues ese tipo de comportamiento podría ponerles a ambos en un serio aprieto.

—No uso ese tipo de tatuajes. Eso se lo dejo a los llorones y a los borrachos.

—No, la verdad es que no te pegan —aseguró ella, sin cambiar su posición ni mover un solo milímetro de su cuerpo.

—¿Sabes a lo que he venido?

—Por supuesto —contestó altanera—. Quieres darme lo mío. No te gustó que te cogiera por sorpresa la otra vez.

—¿La otra vez? ¿Cuándo? —preguntó haciéndose el loco—. Ah, sí. ¿Cuando te metiste mi pene en la boca como si fuera un Calippo?

Solo el leve brillo de los ojos de la mujer le dio a entender que ella lo recordaba tan vívidamente como él. Y eso era bueno. Bueno porque los dos querían volver a experimentarlo.

Pero, esta vez, se cambiarían los papeles.

Markus se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y, cuando la sacó, sostenía entre el índice y el anular de la mano derecha una de las barajas del juego de *Dragones y mazmorras DS*.

—Es la carta que te ha tocado. ¿Sabes qué carta es?

—El as de corazones —bromeó.

Markus negó con la cabeza y Leslie puso los ojos en blanco.

—La carta *switch*. Intercambio de papeles. La ama se vuelve sumisa; el sumiso, amo.

—Eso es —dijo, a punto de estallar dentro de sus calzoncillos—. Creo que debo devolverte el favor.

Leslie emitió una carcajada, controlando en todo momento el tempo de la conversación.

—¿La felación? ¿Ese es el favor que me vas a devolver?

—Exacto. Quiero devolverte. Darte el equivalente a la felación. Haz los honores, Leslie. —Dirigió sus rojizos ojos a la parte inferior de su vestido y esperó a que ella le obedeciese.

—¿Qué esperas que haga, Lébedev?

—Súbete la falda y deja que te baje las braguitas. Será divertido y lo disfrutarás.

—¿Por qué debo seguirte el juego? Ahora no estamos actuando.

—Porque me lo has seguido desde que nos conocimos, y creo que te gusta tanto como a mí.

—¿Qué te hace pensar que deseo lo que sea que me quieres hacer? —No sabía de dónde nacía la necesidad de hacerse la dura, pero le urgía comportarse así con él. Si fuera más fácil, seguro que Markus perdía el interés.

Markus alzó la barbilla y sonrió con más seguridad.

—Tienes los pezones en punta, se te marcan a través del vestido. Se te han hinchado los labios ligeramente, eso es producto de las hormonas, de que deseas que te besen. Tus pupilas se han dilatado y tu sangre se ha acumulado

en tus mejillas y en el puente de tu nariz. —Alzó su mano y la colocó en el lateral de su garganta—. Tu corazón va muy rápido, superagente... —ronroneó.

—¿Acabas de hacer un inventario de mis zonas erógenas?

—No. El inventario real llegará cuando meta la mano entre tus piernas y verifique que estás tan mojada como duro estoy yo. No me gusta deber nada a nadie, Leslie. Deja que te coma.

Claro. Cuando un hombre así te pedía que te dejaras comer, una no tenía ninguna duda. «Dios, síiiii», sonrió para sí misma.

Dejaría que él la tocara y se la comiera. ¿Por qué no? No tendrían nada que perder. Es más, sentía esa curiosidad insana hacia él. ¿Sabría hacérselo? ¿Sería tan mandón y estricto como lo había sido con las demás sumisas? ¿La complacería?

Hasta que no se introdujo en el caso y no empezó a conocer sus inclinaciones y sus propios deseos sexuales, Leslie había utilizado el sexo como vía de escape.

Era un tipo de sexo atípico, cierto.

Tenía treinta años y seguía siendo virgen, así que atípico debía de ser, para no dejar que la penetraran.

¿Por qué era así? ¿Por qué había detenido a los hombres cuando la habían querido poseer? Ella sabía por qué: no soportaba la vulnerabilidad ni lo que implicaba entregarse a otro. De hecho, ni siquiera le había atraído la idea de acostarse con nadie, fuera hombre o mujer. Durante un tiempo, incluso pensó que, tal vez, con las mujeres le iría diferente, pero, durante la instrucción como ama, se había puesto en manos de mujeres y tampoco se había imaginado acostándose con ellas.

Era algo tan íntimo... que todavía no había encontrado a esa persona a la que se quisiera entregar.

No obstante, aquel pensamiento había cambiado con Markus.

Desde que él se la llevó, no había pensado en otra cosa que en estar completamente a su merced, subyugada y sometida por él.

Pero no voluntariamente. Si Markus debía ser el hombre que la poseyera, se lo tendría que ganar.

Y Leslie no cedía con tanta facilidad. De hecho, lo fácil le parecía

aburrido. Y todo en su vida había resultado demasiado sencillo: todos los hombres que quisiera, notas excelentes, cualificación inmejorable en el FBI, una de las pocas mujeres recomendadas para el SWAT...

Posiblemente, por eso trabajaba como infiltrada. Porque necesitaba sentirse viva y en peligro. Y, en esos instantes, el peligro era Markus.

—¿Quieres probarme, Markus?

El mohicano afirmó con la cabeza. Sus ojos brillaban a través de la oscuridad como los de un lobo hambriento repleto de determinación.

—Pruébame —le desafió ella. Cerró las piernas con fuerza.

Markus se apoyó en el banco, con cada mano al lado de las caderas de Leslie, cercándola.

El ruso se relamió los labios y ella hizo lo mismo, sin dejar de mirarse el uno al otro. Leslie tenía el flequillo demasiado largo, apenas se le veían sus preciosos ojos. Markus deseó retirárselo de la cara.

—¿Cierras las piernas?

—Sí.

—Ábrelas.

—No.

—Voy a probarte igual. —Cogió un caramelo de su bolsillo—. Este *korouka Rushen* es de menta. Son muy fuertes —aclaró.

Y, de repente, Markus hizo algo que Leslie no comprendió hasta que se vio tumbada de espaldas en el suelo, con los muslos abiertos de par en par sobre los anchos hombros del agente.

Él le rompió las braguitas por la mitad. Ni siquiera se las quitó delicadamente. No. Fue un animal. La inmovilizó por completo.

—¿Creías que ibas a luchar conmigo, superagente? —Él se rio, pasándole uno de los dedos por su vagina desnuda—. No puedes.

—¿Cómo que no puedo? —protestó ella temblando al roce de sus dedos—. Suéltame, así no...

Solo sus hombros y su cabeza se apoyaban en el suelo, todo lo demás lo cargaba Markus y su cuello, como si ella fuera un koala invertido.

—Así no... ¿qué? ¿Creías que podías chuparme la polla delante de todos en el Plancha del Mar sin que eso tuviera consecuencias? Te respetaba porque eres agente como yo, y encima estadounidense. Pero después de lo que

hiciste... He pensado que no sería tan malo que yo me cobrara un precio por el servicio prestado.

Markus deseaba a esa mujer. Deseaba probarla como ella había hecho con él, así que, con sus dos manos sostuvo sus tobillos y sus muñecas, y posó la boca abierta en su vagina.

Leslie lanzó un grito al experimentar la lengua fría por el caramelo en su parte más íntima. La azotó con pericia y sin preliminares, directo al grano y a conseguir su objetivo que no era otro que darle un orgasmo demoledor como el que ella le dio.

Hundió su lengua por su entrada y la removi6 como un lagarto, y después la lamió de arriba abajo hasta volver a succionar su clítoris con los labios. Lo mordisqueó, la acarició y disfrutó al sentirla hinchada y húmeda.

Para Markus el sabor de Leslie era una especie de paraíso. Un limbo al margen de la no vida que tenía. Un paréntesis entre hipocresía y segundas identidades. Su textura y lo sensible que era a él no era mentira, y aunque no se conocían íntimamente, no necesitaba saber más.

Igual que no necesitó saber el momento exacto en el que ella se corrió, pero no por su grito, inexistente, sino por los temblores de su vientre y de su clítoris.

«Guau, eso ha sido muy sexy», pensó él.

Markus alzó la cabeza de nuevo, se limpió la boca y la barbilla con el antebrazo y miró a Leslie con intensidad. La chica no había gritado, porque había sepultado la boca en su propia rodilla, y se había mordido para no gemir y así soportar el orgasmo.

O Leslie Connelly tenía orgasmos silenciosos, o bien disfrutaba complicándose las cosas.

De un modo o de otro, su manera de correrse le había puesto tan duro que hasta era doloroso. Así que se levantó rápidamente y dejó que ella recuperara la posición y una postura más cómoda y digna que aquella, a pesar de que a él le encantaba. Tenía un cuerpo muy bonito.

—Te has dejado una marca en la rodilla, salvaje —le dijo Markus tocándose el paquete disimuladamente para reacomodar su erección.

—Y tú te has olvidado la barra de pan en los pantalones. —Señaló cogiendo aire para levantarse del suelo y recolocarse la falda. Estaba desnuda

de cintura para abajo; si se levantaba un poco de viento, enseñaría las nalgas a todo el que quisiera mirar.

Él frunció el ceño y después sonrió.

—En fin, señorita Connelly. —Levantó la mano y se dio la vuelta—. Ya estamos en paz, ¿no crees?

Leslie parpadeó confusa.

¿Ya estaban en paz? ¿Así? ¿Sin más? ¿Tan rápido?

No habría esperado que después de su orgasmo todavía quisiera más, y se sorprendió cuando se dio cuenta de que lo que realmente deseaba era que el mohicano se bajara los calzoncillos y la penetrara.

Jamás le había sucedido eso con nadie.

—Sí. Ya estamos en paz —contestó peinándose el flequillo con los dedos.

Markus se alejó del pequeño cobertizo, pero antes la miró por encima del hombro y le dijo:

—Te veo mañana.

—¿Mañana?

—Sí. Ah, y Leslie...

—¿Qué?

—Retírate el flequillo de la cara. Así no se te ven esos ojos de *vedma* que tienes.

—No tengo ojos de bruja —replicó ella. Entendía el ruso y tres idiomas más, como Cleo.

Markus se echó a reír y negó con la cabeza. Su cresta iba de un lado al otro.

—Ya lo creo que sí. Nueva Orleans está llena de ellas.

Capítulo 3

Nueva Orleans
Tchoupitoulas Street
Al día siguiente

Abrió los ojos y lo primero que vio fue a *Pato*, su precioso camaleón, mecerse en una de las plantas de su terrario, que, por cierto, compartía con *Ringo*, el otro camaleón, propiedad de su hermana Cleo.

Ambas eran fanáticas de aquellos animales, y las dos tenían un tatuaje en el interior de sus muslos con dicho reptil. Gracias a aquel detalle, Markus pudo reconocer a Cleo en el torneo de Dragones y Mazmorras DS y ayudarla a obtener información importante sobre la resolución de los acontecimientos del caso.

Durante su estancia en Nueva Orleans, Leslie se hospedaba en casa de su hermana, en la maravillosa y chistosa Tchoupitoulas Street, repleta de casas de colores, con jardines individuales y plantas muy exóticas.

Había llegado muy tarde la noche anterior, después de la fiesta en el parque Louis Armstrong; y, por tal de no molestar a la pareja de tortolitos, más conocidos en el mundo del BDSM como Lady Nala y Lion King —que no eran otros que Lion y Cleo, los cuales se estaban revolcando en la planta superior—, decidió tirarse en el sofá del salón, descalzarse las cuñas y cerrar los ojos allí mismo.

Pero no había podido pegar ojo en toda la noche.

Tal vez los ruidos no le dejaban coger el sueño. Había hecho inventario de todo lo que los dos ardientes agentes estaban rompiendo a su paso durante su encuentro sexual: un jarrón al suelo, libros de la librería golpeando el

parqué, después un cuadro, y como detalle gracioso, el sonido de un peluche con bocina cuando alguien que medía metro noventa lo pisaba. No era otro que el conejo que le había regalado Cleo a Lion cuando eran niños, y que, ahora, por una extraña razón, había regresado a aquella casa.

Después los ruidos cesaron, y Leslie tuvo que convivir con sus pensamientos y su soledad.

Los recuerdos fogosos la abrumaban. Nunca se había dejado llevar por sus instintos más básicos, pero el encuentro con Markus, directo, frío y sin preliminares, la había dejado deseosa de más.

¿Y el cortejo? ¿Y las primeras palabras de seducción? ¿Dónde había quedado todo aquello?

Posiblemente, Markus se habría preguntado lo mismo cuando ella decidió tocarle la flauta delante de todos los amos y amas del Plancha del Mar. Pero ni siquiera había calculado aquella reacción; le salió así, tal cual, porque era lo que deseaba en aquel momento.

No obstante, Markus Lébedev había ido a buscarla a Nueva Orleans con premeditación y alevosía. La había tocado justo donde sabía que la lanzaría a buscar estrellas, como una niña que cazara mariposas. Y vaya si las había cazado.

Leslie se removió en el sofá y quedó boca arriba, mirando a las vigas de madera artificial del techo. A su hermana le encantaban los detalles y decorarlo todo con gusto y con coquetería.

Cleo tenía un gato de los sueños en la entrada en forma de paragüero, y un perchero con el enorme sombrero del relojero de *Alicia en el País de las Maravillas*. Le encantaban las plantas, las flores y las películas de fantasía.

A Leslie le gustaba las series tipo *Almost Dead* y *The Big Bang Theory*, aunque pareciera mentira. Pero su casa no era tan cálida como la de Cleo ni tenía gatos ni sueños ni tampoco flores y plantas.

Mentira. Las tenía, solo que le gustaban más las artificiales. No se morían tan rápido.

El vestido lila de la noche anterior se había convertido en un amasijo de tela que envolvía su cintura y dejaba toda su vagina, sin braguitas por cortesía de Markus, al aire. Cubrió sus ojos con el antebrazo y resopló.

¿Sería el calor húmedo del verano de Orleans lo que provocaba que

estuviera húmeda? No. Ni hablar.

No era el calor.

Necesitaba una ducha urgente, a poder ser muy fría. Pero tenía miedo de subir y encontrarse con uno de esos desórdenes generales que Cleo dejaba a su paso y que tanto la molestaban.

Porque sí. El orden era esencial para su equilibrio mental.

Cleo era el caos. Ella, el orden.

Así que, para evitar encontrarse bragas y calzoncillos desparramados por la escalera, y de darse de bruces con algún habitante de la casa desnudo o en posiciones algo vergonzosas, echó un vistazo al *piscuzzi* que había en el porche del jardín, y que la llamaba como si estuviera poseído por enormes hombres sirena.

Se levantó del sofá y estiró los músculos, intentando alcanzar el techo, frente al televisor de cuarenta y dos pulgadas de pantalla plana que Cleo tenía en el salón.

Miró el *piscuzzi* de nuevo, de reojo.

¿Qué hacía? ¿Se bañaba o no se bañaba? Aquel trasto era capaz de controlar la temperatura del agua, y tenía un depósito de jabón que echaba pompas perfumadas.

Miró su reloj Casio de color oro. Funcional y sencillo, como ella misma.

Las siete de la mañana.

—No he dormido nada...

Limpió una manchita que había en el cristal del reloj con el pulgar y se dirigió a la barra americana de la cocina; allí encendió la estación de desayuno de color rojo y muy cincuenta que le había regalado a Cleo en su veinticinco cumpleaños. Era un tres en uno, un Retro Serie Breakfast Station. Hacía café, tostadas y freía lo que quisieras. Ideal para un típico desayuno americano.

Colocó las rebanadas tiernas de pan en el minihorno de la estación, ni de fibra ni de cereales, sino las más altas en colesterol, que eran las que a ella le gustaban y puso café a calentar. Freiría una tortillita con queso y *¡voilà!* Podría ponerse en marcha de nuevo.

Al final, después de clavar por tercera vez sus ojos grises en el agua del *piscuzzi*, cedió, débil y caprichosa como se sentía en ese momento.

Se tomaría un baño mientras el desayuno se hacía solo en la máquina y meditaría sobre si debía volver a molestar a Markus mediante los mensajes de *whatsapp*.

Tarde o temprano deberían trabajar juntos y, seguramente, la misión era inminente. Entonces, no deberían tener sexo de nuevo, a no ser que la misión lo reclamara. Empezarían roles distintos a los empleados para el torneo, no interpretarían los mismos papeles y, tal vez, el contacto físico ya no sería una de las premisas.

Pero ¿por qué no podía seguir dándose esos gustos? Ella era una mujer. Él era un hombre.

Era solo sexo. Ni un solo vínculo emocional entre ellos.

Sexo, puro y duro.

¿Por qué no?

Mientras se quitaba el vestido y se quedaba desnuda frente al *piscuzzi*, su sentido común, tan sabio él, contestó por ella: «Porque jamás debes mezclar el trabajo con el placer».

Lébedev sabía que aquella visita iba a tomar a Leslie por sorpresa. La mujer, tan controladora y meticulosa como era, no iba a transigir con la idea de que él conociera los detalles de lo que vendría a continuación, y ella no.

Markus estaba en Nueva Orleans porque el subdirector Montgomery, del FBI, que también lo acompañaba, había solicitado una reunión en territorio neutral que, en la actualidad, estuviera poco influido por mafias de ningún tipo.

En Nueva Orleans, ya no había mafias. Sino magias.

Y la magia negra, el vudú y todas sus variantes se encontraban en un único epicentro: aquel pedazo del mundo, tierra de grandes escritores del género de terror y paranormal; el universo de los magos y santeros. Decían que en aquel estado había muchos de aquellos caminantes sin vida: zombis.

Resultaba que rusos, hispanos y árabes eran supersticiosos y tenían miedo de la magia; no así los italianos, que a partir del 1865, representados por los

primeros sicilianos, llegaron al puerto sureño de Nueva Orleans para instalar su propia mafia, liderados por los Machecca y los Matranga.

No obstante, no era la mafia siciliana lo que, en aquel momento, preocupaba al FBI y al SVR.

El caso en el que él estaba metido desde hacía años había acabado llevándolo a colaborar con la agente Connelly en Amos y Mazmorras. Y ahora Leslie era un pieza indispensable e importante para ellos y debía continuar a su lado. Ambos lo sabían y no podían huir de ello.

Montgomery se apeó del Mustang que conducía Markus y que había alquilado en el aeropuerto, y dirigió una sonrisa a la fachada de aquella casa.

El ruso no perdió aquel detalle y su mente procesó la información. A Montgomery, Cleo le caía bien.

Todavía era muy temprano y tal vez cogiese a la agente Leslie durmiendo.

Los pájaros cantaban a la mañana y la humedad empezaba a arraigar con fuerza.

Le parecía algo extraño saber que iba a hablar profesionalmente con ella cuando todavía tenía su sabor en los labios. Cuando la noche anterior se la había comido y ella había consentido.

«Será divertido», pensó.

Se dirigieron a la casa de Cleo. La primera sorpresa fue encontrarse con la puerta de la entrada abierta. Una chocita de madera y ladrillo, barnizada con colores blancos y azules, con macetas en su porche delantero, rebosantes de flores de diversos colores. Las butacas de mimbre tenían preciosos cojines estampados de colores rojos y blancos.

Era un hogar.

Algo que él jamás había tenido, pues su profesión le había obligado a no echar raíces en ningún lugar.

Al parecer Cleo era todo luz y color. Sonrió al pensar en lo diferente que era de la sexy, seria y emocionalmente distante Leslie Connelly. Hermanas, cierto, pero no siamesas.

El detalle de la puerta abierta no le había gustado nada de nada.

Con el tiempo, había aprendido a controlar muchas de sus exigencias e intolerancias; pero controlarlas no era eliminarlas. Por eso, le molestó

comprobar que una agente como ella..., mejor dicho, una casa llena de agentes tenía una seguridad tan paupérrima y débil, aderezada por mentes olvidadizas.

No dudaba de que Lion Romano se hubiera quedado allí aquella noche. El agente americano estaba enamorado de la hermana pequeña de Leslie, y, como buen alfa, no iba a perder la oportunidad de marcar terreno nada más pisara aquella tierra de nuevo.

—Se han dejado la puerta abierta —dijo Montgomery, tocándola con los nudillos.

—Entremos —dijo Markus, decidido.

Y la casa lo golpeó con olor a tarta, a tostadas recién hechas y a café bien calentito. Olores con los que él no estaba familiarizado.

El interior no tenía desperdicio ninguno. En el salón había un terrario con solo un camaleón. Se suponía que tenían dos... ¿Dónde estaba el otro?

Los cojines de formas que parecían piezas de puzle estaban pulcramente colocados por tonalidades de más oscuras a más claras sobre el ancho y largo sofá. Sobre la superficie mullida, todavía permanecían grabadas las marcas viciadas del cuerpo de una mujer. Y no solo las marcas. También su olor.

El perfume de Leslie se le había quedado grabado para siempre en el cerebro, desde que la conoció. Ella le había dicho que era Hypnotic Poison de Dior, y el sofá olía a ella. Él jamás le diría que había comprado un frasco para rociar con él las braguitas que le había arrancado la noche anterior. Y que, por cierto, llevaba guardadas en el bolsillo trasero de su tejanero.

A través de los cristales pudo ver el jardín trasero de la casa. Había un saco de boxeo de pie de la marca Lonsdale. El césped verde y bien cuidado resaltaba con la madera del porche trasero.

Oyó el sonido de una bomba de agua y llegó hasta él el olor del jabón a fresas.

Después, una voz femenina tarareó el estribillo de una canción.

—*Wooh, tonight! Tonight we could be moooore than friends... Wooh tonight... Tonight we should be moooore than friends...*

Montgomery frunció el ceño y miró a Markus con cara de póker.

Este ignoró al subdirector y, atraído por aquella voz, que, dicho sea de paso, cantaba en bajito para no desafinar, avanzó con paso silencioso, como

los jaguares a punto de atacar. Se asomó al porche trasero y lo que vio le dejó anonadado.

Había una mujer completamente desnuda en una enorme tina de madera; un *jacuzzi*. La superficie del agua estaba cubierta por burbujas perfumadas, y ella, de cara a él, tenía los brazos y el cuello apoyado en el respaldo acolchado, mientras cantaba la canción que escuchaba a través de los cascos de su iPod.

Era Leslie, abandonada al burbujeo y el frescor de su baño. Sin preocupaciones ni distracciones. Ella, el agua y la música.

Markus parpadeó, noqueado por la imagen.

Le pareció tan sensual, con el pelo mojado y brillante, flotando como hebras de hilo negro entre el agua y el jabón...

Tenía los ojos cerrados. Dibujaban una curvatura más que especial e insinuante. Esos ojos rasgados también lo tenían algo trastornado.

—¡Mierda! —gritó una voz tras él.

Montgomery se había dado la vuelta al ver a Leslie de aquella guisa. La profunda voz del subdirector alertó a la joven, que abrió los ojos de golpe y los focalizó en Markus.

Él parpadeó, sin pizca de vergüenza, disfrutando de lo que veía.

Ella parpadeó confusa, hasta tres veces, sin comprender qué hacía él ahí, como si su mente no acabase de ubicarlo en aquel espacio y, entonces, exclamó:

—Pero ¡por todos los santos!, ¡¿qué mierda crees que estás mirando?! —gritó salpicándole y hundiéndose en el agua.

Markus se echó a reír.

—¡Dígale que se vista! —pidió Montgomery, azorado.

Markus sonrió entretenido y se limpió el jabón que le había caído en los ojos.

—Se ha hundido. Cuando salga, se lo diré.

—¡Sáquela de ahí, por Dios! ¡Se va a ahogar!

Montgomery volvió a mirar al frente para dejar de mirar, como Dios la trajo al mundo, a su mejor agente.

—Pero si no se le veía nada —replicó Markus.

—¡Y eso es peor!

El subdirector centró su ojos azules en la barra americana de la cocina, pero, ahora, donde antes había una cafetera retro de color rojo, había un culo de un hombre desnudo. Abrió los ojos como platos y negó con la cabeza.

—¡Agente Romano! —le dijo para llamarle la atención.

Lion, que se había levantado para requisar comida de la nevera y café, se dio la vuelta, sorprendido, y se cubrió sus partes más nobles. En su torso había una venda blanca que cubría la herida que le había provocado Venger en el torneo de Dragones y Mazmorras Ds.

—¡Pero ¿qué demonios está haciendo usted aquí, señor?! —preguntó, histérico—. ¡¿Lébedev?! —Miró a Markus, extrañado.

El mohicano levantó la mano para saludarle, sin dejar de mirar el *piscuzzi*, preocupado porque Leslie todavía no emergía de su chapuzón.

—Romano —lo saludó.

—¡¿Qué estáis haciendo aquí?! —gritó Lion.

—¡¿Qué es esto?! —inquirió Montgomery, con aquellos ojos azules dilatados por el *shock*—. ¿Una maldita casa naturista? ¡Todo el mundo está en pelotas!

Markus se rió por lo bajo. Lion le dirigió una mirada de pocos amigos.

—¿No saben llamar? —preguntó el agente entre dientes.

—Lo hemos hecho, pero nadie nos ha oído. Por cierto —Markus lo miró de reojo, censurándole por su descuido—, os habéis dejado la puerta abierta. El sistema de alarmas es una vergüenza.

—Esta casa no tiene sistemas de alarmas, Lébedev —señaló Lion, malhumorado—. Solo un monitor de reconocimiento. Pero se desconecta cuando la puerta está abierta. Es la casa de Cleo, y es así de feliz. Ya me encargaré yo de asegurarla.

—Estás tardando.

—Claro, ruso —contestó, arisco—. He tardado porque un puto personaje de Dragones y Mazmorras me clavó un cuerno en el pulmón. Me venía mal instalar un sistema de seguridad mientras me ponían la ventilación asistida —contestó, irónico. Miró su propia desnudez y dijo—: ¿Y Leslie?

—Haciendo submarinismo en el *piscuzzi* —contestó—. La hemos sorprendido y se ha sumergido, avergonzada.

Lion enarcó las cejas negras; la que tenía la cicatriz subió más que la otra.

—Pues sácala de ahí o no lo hará hasta que sus pulmones estén encharcados de agua. Es una cabezona.

Markus entrecerró los ojos, de color amatista. Lion Romano conocía muy bien a Leslie, pero ¿hasta qué punto? ¿Habrían tenido algo juntos?

Lion sonrió al leer esa misma pregunta en la actitud de Lébedev.

—Olvídalo ruso, yo soy de Cleo —dijo, zanjando el asunto con determinación.

Montgomery miró a uno y a otro como si no se creyera lo que estaba escuchando.

—Hagan el favor, señores. Usted —miró a Lion—, suba arriba y déjenos solos. Señor Lébedev —le indicó al ruso—, salve a Leslie de morir ahogada.

Lion abrió la nevera, sin importarle que contemplaran su desnudez; cogió zumos en brik, frutas y bocadillos fríos, y cargó con ellos para subir las escaleras que daban a la planta superior.

—Suerte —les deseó Lion, sonriendo a Markus por encima de su hombro.

Una vez que Lion desapareció de la escena, Montgomery respiró más tranquilo.

—Lébedev, saque a la agente Connelly de ahí —repitió sin paciencia.

Markus se encogió de hombros y salió al porche para meter los brazos en el agua y sacar a Leslie, como si hubiera cazado a una sirena o a un pez enorme.

—¡No me saques! ¡Estoy desnuda! —gritó Leslie sin abrir los ojos, pues los tenía cubiertos de jabón—. ¡Markus! ¡Déjame dentro!

—Entonces, estate quieta —le ordenó él sin inflexiones, limpiándole el jabón de la cara con los dedos—. ¿Te acerco un albornoz? El subdirector Montgomery está esperando en el salón.

—¿Montgomery? —preguntó abriendo los ojos poco a poco y escupiendo el jabón del interior de su boca—. ¿Qué hace aquí? ¡Deja de tocarme! —se quejó ella apartándole las manos, vigilando que Montgomery no los viera.

A Markus le apeteció decirle que la noche pasada no le dijo nada de eso. Pero a Leslie le gustaba mantener las apariencias profesionales..., y a él también.

Ante Montgomery, serían serios y no darían pie a habladurías.

—Viene a darnos las directrices —le explicó Markus, esperando a que

ella reaccionara.

Leslie parpadeó y, después, su semblante alterado y sonrojado cambió para convertirse en una máscara de respeto y absoluta responsabilidad.

—¿Nos toca? —preguntó en tono circunspecto.

Markus asintió con la cabeza.

—Nos toca.

—De acuerdo. Acércame el albornoz ese de ahí. —Le señaló un albornoz de toalla de color negro con la Pantera Rosa estampada en la espalda.

Markus se levantó, pues estaba medio arrodillado frente al *piscuzzi*, y cogió la prenda para inspeccionarla con sus dedos.

Leslie puso los ojos en blanco y alzó la mano.

—No es mía. Es de mi hermana —se excusó.

—Curioso.

—Sí. —Ella movió los dedos esperando a que él se la llevara—. Si esperas que vaya yo a recogerla, Lébedev, vas listo.

Markus se sorprendía de lo mucho que lo entretenía.

—Ayer no eras tan vergonzosa.

—Cállate —lo riñó en voz baja—. Montgomery te va a oír.

—¿Montgomery? Lo habéis trastornado entre todos. Está en el salón, esperando a irse de esta casa de locos. Estoy seguro que hasta se ha tapado los oídos para no escuchar nada más. Los agentes norteamericanos sois muy extraños.

—Y eso me lo dice uno que lleva un erizo en la cabeza.

Markus sonrió, indolente.

—¿Me vas a dar el albornoz o no? —preguntó ella con impaciencia.

No quería hacer esperar al subdirector. Era un alto cargo del FBI y se merecía un respeto.

Él negó con la cabeza, para provocarla.

Los ojos grises de Leslie brillaron, desafiantes, y reaccionó como él no se esperaba. Salió del *piscuzzi*, dejando que el agua se deslizara por todo su cuerpo y acariciase su piel desnuda y lisa. Pechos, vientre, entrepierna, muslos...

Ella lo miró, ni corta ni perezosa. Levantó una pierna, para mostrarle el camaleón, y después la otra, para salir del *piscuzzi*. Caminó con lentitud y

una aparente y calculada naturalidad hasta plantarse frente al ruso.

Él tragó saliva y abrió el albornoz.

Leslie se dio la vuelta, sonriendo, altanera. Lo había dejado sin palabras.

Permitió que Markus le hiciera una radiografía profunda de su espalda y sus nalgas.

Él carraspeó.

—*Plokhoy Khamaleona* —le dijo al oído ayudándola a ponerse bien el albornoz.

Leslie se apartó para atarse el cinturón y cubrirse por completo, sin dejar un centímetro de su piel expuesta. Markus le había llamado «camaleón malo» y a ella le había parecido provocador.

—Deja el juego para otro momento, ruso.

Se dio la vuelta y se metió en el interior del salón.

Capítulo 4

El subdirector Montgomery estaba sentado en el sillón orejero del salón. Su calva brillaba de vez en cuando, y sus ojos azules analizaban a Markus y a Leslie. Vestía un traje chaqueta de color gris claro y una camisa blanca. Había dejado la americana pulcramente doblada sobre el ancho reposabrazos del sillón, y bebía del café con hielo que le había servido Les.

La joven agente no dejaba de darle vueltas a lo que podría pensar un representante de los altos cargos de la organización más importante de agente federales de Estados Unidos, cuando ella, la única que iba a ser admitida para los SWAT, había sido cazada en un *jacuzzi* bitermal, desnuda, cantando un tema de Inna y Daddy Yankee; y, ahora, allí estaba, con el pelo mojado y peinado, y un albornoz de la Pantera Rosa, intentando aparentar que seguía siendo tan íntegra y mesurada como antes.

Elias Montgomery carraspeó y entrelazó los dedos de sus manos, sin dejar de estudiar a la pareja de agentes que debían colaborar juntos.

—Como saben —anunció sin preámbulos—, el caso Amos y Mazmorras ha tenido otras derivaciones. Descubrimos con éxito cuál era la finalidad del torneo y para qué servían las sumisas y los sumisos que secuestraban; también pudimos averiguar cuál es esa droga de diseño tan evolucionada que utilizaban en las domas. Tenemos a sus camellos. Tenemos a los villanos y a los sádicos asesinos. Sin embargo, lo que nos atañe y en lo que ha desembocado el caso es al eje de toda la investigación entre la SVR y el FBI: el foco de los secuestros y la trata de blancas a nivel internacional. La organización que perseguimos tiene su origen en Rusia —dijo Montgomery abriendo su inseparable maletín y sacando un fajo de hojas grapadas—. Estamos ante un conflicto que llena las arcas de los delincuentes; traficantes

de personas que llevan en el negocio desde hace décadas. Hablamos de la mafia rusa, cuyos tentáculos se afianzan firmemente alrededor del mundo. Hemos bautizado este caso, pues es un ramal de AyM, como «Amos y Mazmorras: en los Reinos Olvidados», para hacer referencia a los países del este y crear un símil que tuviera continuidad con Toril y los reinos olvidados de *Warcraft*, tal y como hacían en el torneo.

Montgomery tomó su café helado y le dio un largo sorbo, procurando mantener la tensión y la atención de sus agentes.

—El motivo por el que he venido sin avisar y sin tiempo para apenas preparar nuestro siguiente movimiento ha sido que ha pasado algo con lo que no contábamos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Leslie, interesada.

—Belikhov ha sido acuchillado en la cárcel preventiva de Washington, a semanas vistas de la celebración del juicio —contestó Markus sin mirarla—. Ha sobrevivido, pero lo han trasladado al hospital de la cárcel de Parish, de Nueva Orleans, donde pueda estar alejado de influencias rusas y de cuentas pendientes.

—Parish no es precisamente un remanso de paz —apuntó Leslie, arqueando una ceja.

—Pero ahora es la mejor opción para él. Creen que los tentáculos de Yuri Vasíliev llegaron hasta Belikhov para que acabaran con su vida. Ambos estaban en la misma cárcel.

Leslie no se sorprendió, pues sabía que, en asuntos de mafias y bandas, muchos de los temas pendientes se solucionaban entre rejas, casi siempre con la muerte. Solo había un lugar donde había más corrupción y vandalismo que en la calle: la prisión.

Lo que a Leslie le sorprendió de verdad fue que Markus estuviera al corriente de todo eso antes que ella.

—¿Lo sabías? —le preguntó, tapándose más con el albornoz.

—Sí —contestó Markus.

—¿Desde cuándo?

—Hace tres días. Mi superior me alertó y acordamos que debíamos reunirnos contigo cuanto antes para que pudiéramos ponernos en marcha.

Se sintió mal y poco informada.

—¿Por qué a mí no se me puso al tanto de lo sucedido con Belikhov? —preguntó Leslie.

—Porque estaba en Nueva Orleans y estamos cuidando nuestras líneas —contestó Montgomery—. Hace un par de días encontramos un topo en el sistema de *emails* del FBI. Un variante del NSL que utilizamos nosotros para contraespionaje. No íbamos a ponernos en contacto con usted para hablarle de lo que estaba sucediendo. ¿O acaso cree que los rusos están de brazos cruzados al saber que su mediador y Yuri han desaparecido? En los medios de comunicación no ha habido información alguna sobre el caso de las Islas Vírgenes, ni la habrá hasta que no estemos seguros de que queda todo solucionado y que nuestros informadores no corren riesgo de ningún tipo. Pero eso no quita que los rusos sospechen.

Leslie asintió, pero no pudo evitar mirar a Markus con algo de inquina. Entonces, pensó desapasionadamente, la noche anterior no había ido a verla porque le apetecía. Tanta tontería y, en realidad, él estaba ahí por trabajo. Aprovechaba el viaje y llegaba unas horas antes solo para magrearla, para indicarle quién mandaba y dejarle claro que era un fiel seguidor de la ley del talión: ojo por ojo. En este caso, comida por comida.

No le gustó.

—Entiendo —dijo escuetamente—. ¿Está seguro de que nadie sabe que han trasladado a Belikhov hasta aquí? —preguntó Leslie en su tono más profesional.

—Completamente —sentenció Montgomery.

La chica se levantó, sin importarle ya si veían o no veían el dibujo estampado en su albornoz; tomó las tostadas del equipo de desayuno retro y le dijo a Montgomery:

—¿Le apetece desayunar? Hay tortilla con vegetales y queso, y un par de tostadas recién hechas.

Montgomery se lo pensó, pero después negó con la cabeza con una disculpa.

Markus giró la cabeza, al más puro niña del exorcista, como si estuviera poseído y sonrió:

—Yo no quiero, gracias —contestó, irónico.

Leslie lo miró como si fuera transparente y se sentó de nuevo en el sofá,

con otra taza de café hasta arriba, y con las tostadas con tortilla.

Las pequeñas decepciones le daban hambre.

—De acuerdo. Deje que me ubique —apuntó mordiendo la tostada—. Belikhov está en la cárcel de Parish.

—En su hospital —señaló Montgomery.

—Ajá. ¿Qué se supone que debemos hacer nosotros con él?

—Markus y usted siguen con sus tapaderas y son dos piezas indispensables para solucionar todo el entramado. Meteremos a Markus en la cárcel por un día para que contacte con Belikhov. Lo hará como un preso que ha sufrido unas heridas y se encontrará con él por sorpresa, en el hospital. Al mediador lo han querido matar para que no dé ningún chivatazo más, ya que ayudar a resolver el caso al FBI es un atenuante y reduce condena. Belikhov tiene nombres, pues ha sido intermediario y persona de contacto entre clientes compradores y suministradores. Si nos dice cómo llegar hasta los verdaderos jefes de las mafias de trata, nos allanará el camino. Sin embargo, al ver que lo han apuñalado, se lo pensará mucho antes de hablar de nuevo. Ya lo han pinchado por ello. Pero hablaría. Hablaría con uno como él. Y lo hará con Markus, pues ya habían tenido contacto anteriormente para la doma de las sumisas. Estamos seguros de que lo verá como uno de los suyos.

Leslie asintió con la cabeza. Tenía mucho sentido.

—Dice que ha mencionado un chivatazo más. ¿Qué ha soltado Belikhov por la boca antes de que lo cortaran?

—Ha hablado de un número de cuenta de ingresos especiales, cuya tramitación se realiza a través de un banco de Suiza. Auténticas barbaridades que han pagado por mujeres a las que llaman las *vybrannoy* (elegidas). Mujeres que deben ser enviadas a altos cargos y a cabecillas de rusos, árabes e incluso mexicanos. Hay muchísima gente metida ahí.

—Las *vybrannoy*... —repitió Leslie con el vello de punta.

—Sí. Antes de ingresarlo en prisión preventiva, le interrogamos para que nos identificara mediante las fotos tomadas a algunas de esas mujeres elegidas. Algunas de ellas estaban en el barco de las Islas Vírgenes y ya habían sido compradas.

—Pero el envío jamás se realizó —aclaró Markus, serio, mirando la tostada de Leslie. De repente tenía mucha hambre—. Intervenimos el barco.

Y, de paso, congelamos la cuenta.

—Sin embargo, sus compradores —informó Montgomery—, tarde o temprano reclamarán el dinero invertido.

—O a las mujeres —dijeron Leslie y Markus a la vez.

Se miraron el uno al otro y volvieron la vista al frente.

—La cuestión —recalcó el subdirector jefe— es que había un ingreso en esa cuenta que triplicaba los ingresos de los demás compradores. Se trataba de ocho cifras. Más de diez millones de dólares por una sola mujer. Belikhov nos dijo que esa *vibrannay* era la más cara de todas y la más especial, porque iba destinada al líder de la *Organizatsja*, el ladrón de ley conocido como *Vor v Zakone*.

A Leslie, el mundo de las mafias rusas le parecía apasionante. Había estudiado sobre ellas en el FBI y conocía todos los nombres y códigos de esas organizaciones.

Sabía que la mafia rusa tenía más de cuatrocientas bandas repartidas por todo el mundo: desde Estados Unidos, Alemania, Francia, Reino Unido, España, Latinoamérica, Sudáfrica... Estaban en todas partes. Eran como una plaga, casi imposible de exterminar.

Sus miembros podían tener diferentes nacionalidades: chechenos, armenios, rusos, coreanos, uzbekos, georgianos... Entre ellos había desde exagentes de la KGB a púgiles de lucha libre, boxeadores, veteranos militares del Ejército Rojo, atletas campeones olímpicos... De ahí que fuera la mafia más violenta y poderosa en esos momentos. En sus filas no había ciudadanos cualesquiera. Eran hombres y mujeres muy preparados mental y físicamente, que hacían de la *mafiya* la red criminal más grande y extendida del mundo y la que amenazaba mayoritariamente a todas las democracias.

Se dedicaban a los fraudes fiscales, narcotráfico, venta de armas, extorsión... Y, sobre todo, a la trata de blancas.

El fin del secuestro de mujeres podía tener varios destinos: la explotación sexual, la prostitución, el sadismo, como en el caso de Amos y Mazmorras, o bien, calmar el capricho de un multimillonario con una adolescente o una virgen. O sea, colmar el apetito de un enfermo mental.

A veces se utilizaban a esas mujeres como regalos entre dinastías y bandas; algunas sobrevivían e incluso acababan formando parte activa de las

bandas. Otras morían bajo los tratos a los que las sometían.

Era una realidad triste y aterradora. Pero una realidad, al fin y al cabo.

—El *Vor v Zakone* es el pez gordo —resumió Markus mirando a Leslie penetrantemente—. El *Pakhan*. Si llegamos a él, podemos destrozarnos. Pero necesitamos pruebas fehacientes de lo que hacen. ¿Cómo realizan sus negocios? ¿Cómo captan a las chicas?

—En AyM vimos que operaban mediante el foro rol —apuntó Les.

—Sí, pero, utilizan diferentes medios de captación. Hablamos de una captación masiva —aclaró—. Su origen. Su *modus operandi*. Vamos a tratar directamente y de cara con el tema.

Leslie parpadeó sin comprender a qué se refería Markus. Por supuesto que iban a tratar con el tema.

—¿Cuál es el problema? —preguntó de repente.

Markus desvió la vista hacia Montgomery, que asintió como si le diera el permiso para decir lo que tuviera que decir.

—Tenemos a la *vibrannay* que reclamó el *vor*.

—Perfecto —afirmó Leslie echándose su larguísimo flequillo húmedo hacia atrás—. Eso que tenemos ganado. Podemos jugar con ello. ¿La tenemos identificada? ¿Tiene protección? ¿Acepta colaborar con nosotros?

Markus afirmó con la cabeza, sin dejar de observar sus ojos.

—Sí, acepta colaborar con nosotros... Eres tú, Leslie.

—¿Cómo?

—Tú eres la *vibrannay* que quiere el *vor*.

Leslie siempre había soñado con ser agente del FBI. Su hermana y ella fantaseaban con convertirse en las nuevas María L. Ricci, la famosa agente especial de contrainteligencia del FBI.

Había imaginado con desentramar ardidés políticos y con ser la responsable de meter al mayor terrorista del mundo entre rejas.

Soñar era gratis, y Leslie creía al máximo en sus posibilidades y sus virtudes. En las virtudes de su inteligencia.

Lo que nunca imaginó fue que su físico llamaría la atención de un capo de la mafia rusa y que pagarían tantos millones de dólares por ella.

Tragó saliva y tomó su taza de café entre las manos. Estaba tan helado como ella.

—El *vor* ha pagado esa cantidad de dinero porque sabe quién soy —asumió—. Los D’Arthenay tuvieron que informarlos de que trabajaba en el FBI... Quieren mi cabeza.

—No. Nadie descubrió tu tapadera —aclaró Markus—. Siguen creyendo que yo soy un amo ruso que practica domas a las mujeres que les facilitan, y que tú eras una de esas mujeres a las que estaba aleccionando. Si los D’Arthenay abrieron la boca fue para decir que Cleo era policía de Nueva Orleans... Y, aun así, no dijeron nada. Margaret, la mujer de Xavier d’Arthenay, nos dijo que no podían delatar a Cleo a los compradores rusos porque los matarían si se enteraban que habían permitido que una agente de la ley se inmiscuyera en Dragones y Mazmorras DS. Vuestras tapaderas siguen a salvo. La tuya más que ninguna.

—Entiendo. —Alzó la taza de café y bebió tres sorbos seguidos—. ¿Qué se supone que debo hacer yo ahora? ¿Cómo debemos proceder?

—El *vor* te estará buscando, Leslie —explicó Montgomery—. Lo que no sabe es que Markus escapó de la criba final en Walpurgis y se llevó, inteligentemente, a su *vibrannay*. Nadie llega al *vor* por sí solo, son sus intermediarios quienes te acercan a él. Belikhov es el único que hablará, Markus. Es a través de él como podemos empezar por el primer escalón.

Leslie miró a Markus y este ni siquiera parpadeó. Sus ojos amatista lanzaban destellos victoriosos.

—Trabajaréis juntos: tú continuarás siendo su rehén. Markus será tu *advokat*, lo que ellos llaman tu apoderado.

—Sé hablar ruso, señor —puntualizó Leslie—. Comprendo la jerga de las mafias.

—Lo sé. —Montgomery ignoró el tono molesto de su agente—. Pero no por eso no dejaré de recordarle que es una pieza importante para nosotros y para ellos. Es un cepo, el hueso del sabueso. Y, con sus conocimientos de ruso y sus capacidades, esperamos que llegue muy lejos en la investigación.

Leslie sabía que le estaban dorando la pildorita.

Por el amor de Dios. Encabezaba la lista de deseos de uno de los más poderosos jefes de las bandas rusas. Y sabiendo que llegaban a todas partes y que tenían contactos por todos lados, no era algo de lo que pudiera sentirse orgullosa.

Aun así, era su gran oportunidad.

Leslie había puesto sus objetivos muy altos: quería convertirse en inspectora. Si salía con éxito de «los reinos olvidados», ganaría puntos para lograr su ascenso.

¿Riesgo? Siempre lo había. Donde estaba el cuerpo estaba el peligro. Pero la habían preparado para momentos como aquel y no temería nada.

—Lo haré lo mejor que pueda —prometió dejando la taza sobre la mesa y secándose las palmas húmedas en el albornoz—. ¿Cuándo empezamos? ¿Cómo deberemos actuar? —preguntó ansiosa por empezar.

—Lo primero que debemos hacer es meter a Markus en el hospital de la cárcel de Nueva Orleans. Usted entrará con él como enfermera asistente. Nos aseguraremos de que no haya nadie en el turno y de mantener su inserción en absoluto secreto. No se preocupen de la seguridad. —Montgomery se levantó del sillón y dejó el expediente de AyM: en los Reinos Olvidados encima de la mesa—. Ahí está la información de la cuenta multimillonaria. La disposición de los presos del torneo por todas las cárceles de Estados Unidos. Y la información de los *vory*. Desde hoy, no volveré a contactar con ustedes hasta que no me den un informe exhaustivo de todo lo que han descubierto. Nos estamos vigilando los unos a los otros; un paso en falso puede acabar toda la operación.

—¿Cuándo ingresamos en prisión, señor Montgomery? —preguntó Markus peinándose la cresta con las manos.

—Mañana por la mañana. Su director de la SVR está en contacto con nosotros. Entre las dos organizaciones gubernamentales estamos preparando toda la operación, pero solo podemos fiarnos plenamente de ustedes dos, que conocen todos los detalles. Esta tarde les enviaré dos móviles ripeados y abiertos a comunicaciones internacionales. Así iremos manteniendo la comunicación entre todos. No les dejaremos solos —aclaró con determinación.

—Pero viajaremos solos.

—Tendrán una lista de contactos en Londres.

—¿Mi hermana nos podrá acompañar?

—A su hermana todavía la tengo que convencer de que forme parte de nuestros agentes federales. —Miró a la planta de arriba y sonrió—. Ni ella ni el agente Romano deben involucrarse en este caso. No entra en su jurisdicción.

—Tampoco es de la suya; es americana —replicó Markus señalando a Leslie.

—En el momento en el que el delito es internacional y atañe también a ciudadanos norteamericanos, Lébedev —contestó Les mirándolo de reojo—, incumbe al Gobierno de Estados Unidos y a los miembros de seguridad de sus despachos federales. Yo formo parte de ellos.

Montgomery sonrió al ver cómo Leslie ponía a Markus en su sitio en un santiamén.

—Perfecto. —Montgomery se secó el sudor de su calva con un pañuelo blanco—. Mañana a las ocho de la mañana preséntense en la cárcel de Parish. Un guardia les esperará en la entrada, y les hará entrar por otra planta distinta a la de los presos comunes. Tendrán una hora para estar con Belikhov antes de que entre el turno de mañana de la enfermería y hagan preguntas inadecuadas. Nadie allí, solo mi gancho, sabrá que son agentes. Tengan cuidado.

—Sí, señor —contestó Leslie mientras le acompañaba a la puerta.

—Estén preparados. Hagan las maletas y todo lo que crean que les hace falta. Dentro de veinticuatro horas deberán continuar con su misión. Confiamos en ustedes.

—Descuide, señor Montgomery.

—Adiós, agente Connelly.

—Adiós.

Leslie cerró la puerta y apoyó la frente en la madera.

El subinspector se había ido. A partir de ese preciso momento, Markus y ella volvían a ser pareja; binomio, como ellos lo llamaban.

Se dio la vuelta y lo encaró mientras reclinaba la espalda en el portón. Su pelo se había secado rápidamente. Su flequillo, que había echado hacia atrás, estaba retirado de su frente y mostraba unos ojos rasgados e inteligentes; dos

bolas inmensas de color plata llenas de intuiciones nada positivas.

—No acaba de gustarte que trabajemos juntos en esto, ¿verdad? Pareces muy celoso de lo que has logrado y tal vez creas que voy a llevarme méritos que no me pertenecen.

Markus negó con la cabeza. Leslie estaba muy equivocada. No tenía nada que ver con eso: era más bien algo personal.

—No es cierto —dijo él—. Respeto mucho tus capacidades y todo lo que haces, señorita Leslie. Pero estoy acostumbrado a trabajar solo. Nunca con mujeres —respondió, y menos con mujeres que lo atraían de ese modo.

—Ah, es eso... —Leslie sonrió y se cruzó de brazos—. ¿Te incomodo, Markus?

—No —espetó él—. Pero puedes ser una distracción. Acaté la orden de colaborar contigo en el torneo; fue un imprevisto que sobrellevé. Pero soy alguien solitario. No trabajo en grupo. La SVR y el FBI nos han obligado a ello. Tendré que aceptarlo, pero aceptarlo no significa que me guste.

—Y, claro —dijo sin ápice de humor—, a eso le sumas el deseo que sientes hacia mí, y todo se convierte en un despropósito, ¿no?

—Puede ser. Intentaré ignorarlo. O... —La miró de arriba abajo, descarado—. Puede que no.

—¿Puede ser? ¿Puede que no? —repitió ella, divertida—. ¿Sabes que vas a trabajar conmigo y que la idea no te gusta del todo, pero vienes al parque Louis Armstrong antes de la visita de Montgomery para meterme la lengua entre las piernas? ¿Y dices que vas a intentar ignorarlo? Tenemos un problema, ruso. Tienes mucha cara.

—No. No hay problema. Tú me la jugaste en el torneo y yo te la he devuelto.

Leslie se descruzó de brazos y caminó hasta él. Levantó la mano. Markus se apartó...

—No voy a hacerte nada, Lébedev —le explicó, sorprendida—. ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Reducirte? Puedo tumbarte con solo dos dedos, pero no quiero avergonzarte.

—Te irá bien saber que yo puedo matarte solo con uno. Pero no nos pondremos a prueba. Ya hemos tenido todo el contacto que debíamos tener.

—Está bien, como quieras... —Pero la idea no le gustó en absoluto. Ella

iba a querer tocarlo. Estaba convencida. ¡Si era ahora, y le picaban los dedos por quitarle la camiseta! Al parecer, el ruso lo tenía claro. Mientras trabajaran, nada de toqueteos ni relaciones íntimas—. No habrá nada más mientras trabajemos, pero... —Volvió a levantar la mano que había dejado a medio camino—. Déjame quitarte a *Pato*.

—¿*Pato*? —Levantó la mirada para alcanzar a ver lo que fuera que tenía en la cabeza.

—Mi camaleón. Se ha escapado del terrario, le encanta realizar expediciones por la casa y se camufla perfectamente. Lo tienes en la cresta.

—No lo he notado.

—Lo notarías si no la tuvieras tan tiesa. —Sonrió cogiendo a su reptil, un adorable camaleón que mutaba del color castaño rojizo del pelo de Markus al color verde de su piel.

Markus se mordió la lengua. «Tiesa».

Tiesa tenía otra cosa. Aun así, él sabía perfectamente que, una vez que empezara la misión, debía olvidarse de sus instintos más bajos, por muy deseable y apetecible que fuera Leslie para él.

—Los reinos olvidados siempre se trataron desde la SVR, Leslie. —Tomó la muñeca de la joven, la que sostenía al camaleón y la miró fijamente—. Llevo muchísimo tiempo infiltrado. He hecho de todo, ¿me oyes? De todo. Cosas que no te puedes llegar ni a imaginar para llegar al jardín de los traficantes de personas. Y ahora estoy a punto de entrar en su casa. No quiero que nadie me joda todo el trabajo. Llevo años tras esto.

—¿Crees que yo te lo joderé? —Leslie estaba psicoanalizándolo a la velocidad de la luz. Markus tenía muchos secretos y no parecía que fuera un hombre ególatra ni ambicioso, ni siquiera que se preocupara mucho de su reputación; así que ¿cuál era su verdadero móvil? ¿Qué era lo que temía?—. Tengo tantas ganas como tú de que esto salga bien; está en juego mi futuro profesional. No voy a cagarla, así que no me jodas tú a mí, punk. Es tu gente la que se ha reproducido como una plaga por todo el mundo, ruso. No me culpes a mí por ello.

—No lo hago. Pero no voy a permitir errores. Soy tu apoderado, recuérdalo. Nada de jodernos mutuamente.

—Sí. Y tú recuerda que, en realidad —se alzó de puntillas y se soltó de su

amarre—, soy una agente federal. Que no te absorba tu propio papel, Lébedev. Remamos los dos en la misma dirección; vamos en el mismo barco.

El ruso asintió, miró a Leslie y a *Pato* por última vez, y después se fue hacia la puerta de entrada, no sin antes robar dos rebanadas de pan de molde de la cocina.

—Mañana a las seis y media paso a recogerte —anunció sin mirarla.

—¿Tú a mí? ¿Por qué no yo a ti?

—Porque no sabes donde me hospedo, listilla. —Mordió el pan y con la boca llena le recordó—: A las seis y media.

—Sé puntual. No empieces con mal pie. —Ella sonrió con malicia, a sabiendas de que era eso justamente lo que Markus quería decir.

El ruso cerró la puerta tras él. Al hacerlo, una vivaz, feliz y desahogada Cleo Connelly bajó por las escaleras. Vestía solo con la camiseta ancha de Lion; llevaba su pelo rojo y largo al viento.

Excitada se dirigió a zarandear a su hermana mayor.

—Primero —enumeró, ante la sorpresa de Leslie—: más te vale que vigiles tu pellejo a partir de ahora. Como te maten, te mato, ¿de acuerdo?

—Cleo...

—Y, segundo: ¡¿me estás diciendo que Markus te ha lamido como un helado esta noche?! ¡¿En el parque?! ¡Ya me lo estás contando todo, fresca!

Leslie se echó a reír.

Típico de su hermana.

Donde hubiera una intriga sexual, que se apartaran los mafiosos y los traficantes.

Capítulo 5

Nueva Orleans *Cárcel de Parish*

A Leslie le gustaba Nueva Orleans. Había nacido allí, se había criado allí, entre sus campos de algodones, azúcar moreno y maíz; nadando en el río Misisipi y disfrutando del barrio Francés, su música y de las historias de brujas y vampiros que contaban en sus calles.

Había muchas cosas sobre las que podía hablar con cariño y nostalgia; pero no de ese lugar al que se dirigían.

Si había algo en Nueva Orleans de lo que debían avergonzarse no era ni de sus practicantes de vudú, ni de sus tradiciones de la Norteamérica profunda que seguían vigentes; su vergüenza, su mancha, era la cárcel de Parish, un complejo tercermundista, sucio y siniestro.

Parish Prison era una de las cárceles más escandalosas del mundo, y tras sus muros se habían cometido actos terribles y denigrantes contra la dignidad humana. Hacía unos años, un grupo de prisioneros habían interpuesto una demanda por malos tratos y vejaciones de todo tipo por parte de los funcionarios de las prisiones.

El sistema penitenciario de la Administración de la ciudad era ridículo. Además, ni el estado ni el Gobierno hacían nada para remediarlo, lo cual convertía a Parish en un foco de violencia y represión inaudita.

Sabía por Cleo que las reformas que se llevaron a cabo debido a la vergonzosa demanda recibida, no había mejorado las cosas demasiado. Todavía coleaban las imágenes que habían emitido por la televisión, en las que se veía a los presos bebiendo cervezas, tomando drogas, apostando

dinero e incluso con armas.

Debía haber un acuerdo entre el Departamento de Justicia y el *sheriff* de la ciudad para asignar fondos y mejorar el estado de la cárcel. El *sheriff* encargado de la prisión había sido muy incompetente. Era algo que todo el mundo sabía, pues los vídeos lo habían dejado en evidencia.

El caso se llevó a juicio y al final la audiencia decidió aprobar la reforma, pero los costos de mantenerla anualmente podía poner en peligro la seguridad pública.

En definitiva: todo seguía igual.

Leslie sabía por qué razón la cárcel seguía siendo un infierno de corrupción: si había delincuentes a los que debían controlar, no serían a los que ya estaban entre rejas, sino a los que todavía pululaban por las calles.

Por eso, la cárcel de Parish no había evolucionado ni mejorado en ese tiempo.

Markus la había pasado a recoger muy puntual, en coche. Un Dodge Nitro de color negro y ventanas tintadas.

Conducía serio, sin errores, con la vista fija en la carretera.

Sin música, sin una mísera canción que animara el trayecto. Vestía unos pantalones caquis y una camiseta blanca de manga corta.

Sus tatuados brazos lucían grandes y marcados músculos definidos, sin llegar a ser desagradables. Calaveras, cruces invertidas, estrellas, frases, tribales y gatos... Era como una declaración de principios. Ninguno bueno, por cierto. Todos eran tatuajes típicos de expresidarios. Cada uno de ellos anunciaba: «No me toques las pelotas».

Leslie lo había mirado varias veces de reojo.

Su perfil perfecto la distraía; su pelo a lo mohicano hacía que le apeteciera ponérselo más recto todavía.

¿Qué tenía ese hombre que le llamaba tanto la atención?

—Este lugar es una alcantarilla —dijo al llegar a la entrada de la prisión.

Y Leslie no podía negarlo. Lo era.

Solo faltaban los lobos aullando en la puerta para que acabara de parecer sacado de una novela de Hitchcock.

—No voy a replicarte —contestó ella.

Un policía con gafas de sol y camisa de manga corta los saludó con un gesto de la barbilla. Estaba sudando, y es que el calor en Nueva Orleans es sofocante.

Era joven, no tendría más de treinta años, y ya sabía quiénes eran. Los había reconocido.

Levantó la mano, en la que colgaban unas llaves grandes y pesadas:

—¿Vamos?

Markus y Leslie se miraron el uno al otro y asintieron, sin decir una palabra más.

La situación parecía mucho más surrealista de lo que habían imaginado. El FBI había trasladado a un preso de alto rango a una prisión de mala muerte de Nueva Orleans porque ahí no iba a tener conflictos con las mafias rusas... Pero tal vez lo tendría con una jeringa en mal estado, de esas que podían traspasarte la hepatitis en un santiamén.

¿Tendrían a Belikhov ahí hasta que el caso llegara a buen puerto?

Era arriesgarse demasiado.

Leslie se retiró las gafas carrera de pasta negra y cristales bitonales, y echó una vistazo a la fachada.

Efectivamente. Hacía años que no pasaba por ahí, pero seguía siendo tan desagradable como antes.

—Nueva Orleans es una ciudad curiosa —añadió Markus sin ninguna expresión en su rostro.

Leslie sabía que era el gesto que utilizaba cuando estaba en una misión. Markus era un hombre de contrastes. Y todavía no sabía por dónde pillarlo.

—¿No te gusta? —preguntó siguiendo al oficial—. A mí me encanta.

—Todavía estoy decidiendo si me gusta o no —repuso ella, que iba detrás.

—Y eso que no has visto todavía las procesiones de muertos y los rituales de santería —bromeó—. Entonces seguro que adorarás a esta ciudad.

—¿Por qué?

—Porque es tan morbosa y extraña como tú —le dijo mirándolo de arriba

abajo por encima del hombro.

—Pasen por aquí —los interrumpió el oficial guiándole a los vestidores; grandes habitaciones de taquillas metálicas, suelo de cemento y un banco de madera alargado y central, que iba de punta a punta—. A estas horas todavía queda un rato para que vengan los del turno siguiente —dijo, nervioso.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Tres cuartos de hora. El preso ha ingresado hace poco para que le hagan una revisión de las heridas. Tendrá que darle calmantes para el dolor y desinfectarlo. Póngase guantes.

Leslie asintió. Tenía experiencia en primeros auxilios y sabía cómo atender heridas de cuchillazos.

—Aquí tiene el traje naranja de convicto, señor. Colóqueselo —le ordenó a Markus—. Y este es para usted —le dijo a Leslie ofreciéndole un traje de enfermero—. Es lo único que he encontrado. No sé si será de su talla.

—Por supuesto que no lo es —contestó Leslie cogiéndolo de mala gana. Ni siquiera lo habían lavado y olía a sudor de hombre mayor—. James.

—¿Sí, señorita? —contestó el joven, sorprendido por que le llamara por su nombre.

—Usted encárguese de que no entre ningún guardia más en las dependencias médicas —sugirió Leslie.

—Sí, señora.

Markus arqueó las cejas al ver la veneración con la que el hombre miraba a Leslie. Estaba esperando a que Leslie se cambiara delante de él.

—Gracias, James —dijo Markus—. Puedes esperar fuera.

El joven dio un respingo y salió del vestidor.

Leslie sonrió por debajo de la nariz y se dio la vuelta para quitarse la camiseta blanca de tirantes y el pantalón tejano.

Llevaba una ropa interior sencilla y discreta, de color negro. Se recogió el pelo en una cola alta y sacó de su pequeña mochila de piel una liga con una pequeña pistola Beretta PICO. Se la colocó alrededor del muslo y después se puso los anchísimos pantalones, que tuvo que atarse con su propio cinturón.

Se dio la vuelta de golpe, dispuesta a colocarse la bata, pues con lo ancha que era no podía llamarla otra cosa, y se dio de bruces con Markus.

—¿Llevas siempre tu Beretta encima? —preguntó estudiándola.

—Sí.

—¿Y si te registran?

—¿Quién me va a registrar aquí?

—¿Y si a Belikhov le parece todo muy sospechoso y decide tomarte como rehén? ¿Y si ve que llevas una pistola?

Leslie parpadeó, incómoda. ¿De verdad estaba preocupado por eso?

—¿Has visto estos pantalones? Parezco el hombre del saco, Lébedev. Relájate. Estoy completamente asexual y no se me marca nada. —Se colocó la bata por encima de la cabeza y gruñó al notar lo mal que olía—. Además, vienes conmigo, ¿no? Si pasa algo, lo reduciremos entre los dos.

—¿Asexual? —Markus la ayudó a ponérsela, un gesto que a ella la tomó por sorpresa—. ¿Asexual, dices? —Se rió—. Se ve a la legua que eres una mujer. —Se arrodilló ante ella y le dobló los bajos del pantalón, pues los arrastraba por el suelo. Lo volteó cuatro veces; cuatro perfectas, simétricas y exactas veces—. No le mires a la cara. —Se levantó y le echó el flequillo por encima de los ojos, cubriendo bien esa mirada clara y plateada—. No hables. Solo haz tu trabajo y escucha.

Leslie tenía ganas de echarse a reír. La estaba tratando como a una niña pequeña.

—Sí, padre.

—No bromeo.

—¿En serio? Pues vas a hacer que me parta de la risa. Cambia tu actitud, ruso. Sé muy bien cuál es mi trabajo. —Se apartó de él, incómoda y nerviosa por tenerlo tan cerca, y se dirigió a la puerta de salida.

—No te acerques demasiado a él. Belikhov no es tonto.

—Ni yo —contestó Leslie, esta vez ofendida.

«Capullo».

Una mujer en un cuerpo integrado por hombres siempre estaba expuesta a prejuicios y a sufrir comentarios paternalistas de ese tipo. El machismo existía todavía en muchas formas y variantes.

A ella no le gustaban.

Sufrió igual en las pruebas físicas, estudió lo mismo para los exámenes de entrada y tuvo que fingir como los demás en los psicotécnicos. Se lo trabajó tanto como los hombres, y, de hecho, de su promoción, fue la que mejor nota sacó, solo superada por Lion Romano.

No era justo ni adecuado que Markus la intentara proteger dándole consejos de novata, como si acabara de salir del colegio y no supiera lo que le deparaba el mundo.

No se consideraba feminista, pero no soportaba esos comentarios. Por eso cuando entraron en la enfermería, que necesitaba una reforma urgente, se centró en su trabajo para no darle más cancha a su enfado.

Las paredes eran de color crema; las ventanas, blancas, estaban cubiertas por rejas negras. Solo había tres camillas reclinables automáticas, colocadas en línea.

Y únicamente una de ellas estaba ocupada.

Leslie miró al paciente por una décima de segundo: Belikhov.

La joven acompañó a Markus, que se hacía el enfermo, manteniéndose en silencio, hasta ayudarlo a apoyarse en la camilla y estirarse allí por completo.

La enfermería olía a una mezcla antagónica de sanidad y rancio.

Las sábanas que cubrían el cuerpo de Belikhov parecían limpias, igual que las del resto de las literas.

Belikhov estaba muy delgado, pero fibrado; como Markus, tenía muchos tatuajes por toda su piel. Tenía el pelo negro repeinado hacia atrás, la nariz aguileña, y no aparentaba más de cincuenta años. Su rostro, de facciones angulosas, le recordaban a las de un vampiro: al más sádico y original.

No tenía ni relojes ni anillos ni pendientes...

Los presos debían dejar todas sus joyas en una caja de seguridad de la cárcel para que no pudieran utilizarlas como armas. No sería la primera vez que se producían casos de gente que había deshecho el oro para crear utensilios afilados y cortantes; anillos para golpear y abrir brechas; cuchillas para cortarse las venas, o pendientes para desgarrar corneas.

Sí. Todo en la cárcel era muy salvaje y prosaico.

—Enfermera —gruñó Belikhov con esa voz que le ponía la piel de gallina—, deme algo para el dolor. Me duele el costado.

Leslie se dio la vuelta nada más entrar en las dependencias y buscó el armario de las medicinas. Había un mueble metálico cerrado con llave; James se las había facilitado, así que abrió y esperó a que Markus entablara conversación con Belikhov mientras ella buscaba la dopamina.

Belikhov había recibido un navajazo en la caja torácica con la suerte de que la hoja no había tocado ningún órgano vital. Solo tenía una herida profunda con varios puntos internos y externos.

—*Zdras-tvuy-tye*. —Markus saludó a Belikhov, esperando que este se girase y se diera cuenta de quién era él.

Y así fue.

Belikhov se volteó, asustado, y miró a Markus de hito en hito. Que alguien hablara ruso ya era de por sí algo excepcional.

Su cara lo decía todo; no esperaba verlo allí, en una cárcel de mierda como aquella. A partir de ahí empezaron a hablar en su idioma.

—¡Joder! ¿Qué demonios haces tú aquí? —preguntó el mediador.

Markus mantuvo el rostro pétreo e inexpresivo mientras le contaba que habían repartido a todos los involucrados del torneo de Dragones y Mazmorras DS por las cárceles del país, para evitar complots.

A él le habían trasladado a Nueva Orleans.

—Llegué esta noche —contestó Markus—. ¿Desde cuándo estás tú aquí?

—Hace días —contestó sin fiarse del todo—. ¿Por qué mierda estás en la enfermería?

—Algo me sentó muy mal en el avión... Voy a echar el hígado en cualquier momento. —Se dobló sobre sí mismo y se provocó una arcada.

—Coño, qué asco... ¡Enfermera! ¡La dopamina! —Belikhov se llevó la mano a la caja torácica.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te han pinchado aquí?

—¿Aquí? Esto está lleno de raperos negratos y cocainómanos. Aquí solo te pinchan si les quitas la coca.

—¿Entonces?

—Fue en la prisión de Washington —contestó, apartándose ligeramente para que Leslie le cogiera una vía y le inyectara el calmante—. No te vi allí —repuso, mirándole de reojo.

—Estaba en otra planta. Aislado por completo.

—Se suponía que yo también lo estaba... Pero los tentáculos de la *Organizatsja* son largos, amigo. Me apuñalaron en uno de los pasillos que van de la celda al patio.

Leslie, por su parte, escuchaba toda la conversación, mientras daba golpecitos con el corazón y el pulgar a la jeringa para que expulsara el aire. Se lo puso en el vial y dejó que la solución recorriera el cable de goma hasta llegar directamente al torrente de sangre.

—Lo tienen todo controlado. No hay cárcel en la que no haya un soplón de la *mafiya*. Llevan décadas hilando su tela de araña —explicó Belikhov mientras cerraba los ojos.

—Claro —repuso Markus tosiendo.

—Bueno, tú lo sabrás mejor que nadie... —dijo Belikhov abriendo un ojo y echándole un vistazo—. Tus tatuajes te delatan: quieres ser un *vor v zakone*. Quieres cortar la carne.

Leslie retiró la jeringa del vial y miró a Markus de soslayo. Este no quería ser un *vor v zakone*. ¿Qué tontería era esa? Pero estaba infiltrado en un caso de mafias y no sabía hasta qué punto su papel lo había perturbado.

Markus captó la mirada de Leslie. Le molestó pensar que ponía en duda su integridad.

—¿Por qué te apuñalaron? —preguntó el mohicano.

—Por todo lo que sé. Por esto. —Belikhov se levantó la camisa como pudo y le enseñó dos ojos tatuados en el pecho.

Markus reconoció el tatuaje. Conocía los significados de todos ellos. Su vida podía contarse por los dibujos de su cuerpo, igual que la de Belikhov.

Los ojos significaban que era un delator. Seguramente, Belikhov estuvo en una cárcel rusa y allí fue marcado con todos los símbolos de las bandas, para que, cuando saliera, pudiera trabajar para un *vor*.

Belikhov trabajaba para un *vor*, de eso no había duda. Y no un *vor* cualquiera. Uno de los *vor v zakone* más poderosos de Rusia.

Concretamente, el *vor* que él llevaba persiguiendo desde que le asignaron el caso en la SVR y al que todavía no había podido identificar. Solo sabía que respondía al nombre de Drakon, que significaba Dragón. Era como un hombre invisible. Apenas se dejaba ver. Sabía que la familia Vasíliev tenía negocios con el Dragón, de ahí que Belikhov hubiera recibido el navajazo en

la misma cárcel en la que residía Yuri Vasíliev.

Los Vasíliev habían ensalzado su fortuna durante el derrumbe de la Unión Soviética. Con el libre mercado y la anarquía de la sociedad, la economía y los recursos quedaron en manos de oligarquías que se convirtieron en multimillonarios; un mercado negro que se basaba en la venta de empresas a bajo coste, hiperinflación, especulación de precios y nula burocracia. Los Vasíliev habían conseguido su fortuna gracias al mercado negro, que era supervisado por *mafiyas*.

Vasíliev contrató una seguridad privada, que no era otra que una de las miles de bandas mafiosas que regentaban el país.

De hecho, muchas familias millonarias rusas tenían relación directa con las mafias y las financiaban, a cambio de seguridad y protección.

Pero todo se les volvió en su contra. Las mafias se tornaron tan fuertes y poderosas que extorsionaron a los millonarios hasta hacerles trabajar de algún modo para ellos, ya no a cambio de seguridad, sino a cambio de no matarlos ellos mismos. O pagaban, o morían.

Muchas empresas del país, multinacionales y bancos estaban supuestamente protegidos por las bandas rusas; aunque, en realidad, lo que sucedía era que estaban coaccionados y en manos de un *vor v zakone*.

Rusia estaba infestada y corrupta, hasta el punto de que altos dirigentes del Gobierno, abogados y banqueros habían sucumbido al poder de los ladrones de ley. De ahí que no hubiera manera de solucionar los casos de tratas, tráfico de drogas, tráfico de armas y otros delitos que día a día se extendían por la Unión Soviética. Todos estaban comprados de algún modo y vivían amenazados por las mafias y los *vory*.

Se crearon muchas *bratvas* que dominaban diferentes frentes. Incluso entre ellas se peleaban y creaban auténticas guerras urbanas para conseguir la supremacía y el control del país. Chechenos, eslavos y rusos... Peleaban por la corona. Con el tiempo, cada una definió su posición y su lugar dentro del mercado negro.

Y uno de los *vor* más importantes y sanguinarios era el Drakon, que extendía su negocio de tratas de personas y de tráfico de drogas por todo el mundo. ¿Cómo se llamaba? ¿Cuál era el nombre que había detrás del personaje que tenían tanto poder como para conseguir aquellos desorbitados

ingresos por sus mujeres?

—Entiendo —admitió Markus, retomando el hilo de Belikhov—. Fueron a por ti porque sabían que ibas a hablar. ¿Lo hiciste?

—Sí, maldita sea. Claro que lo he hecho. Tengo... —repuso incómodo—. Tengo familia. A cambio de colaborar con las autoridades, me han prometido protección para ellos y rebajarme la condena.

Al parecer, incluso Belikhov podía tener sentimientos. No importaba que traficara con mujeres y que mediara entre hombres sin alma y sin corazón; tenía familia y quería cuidar de ellos.

—No voy a preguntarte qué es lo que sabes... Pero tal vez tenga un modo de asegurarme de que tu familia y tú os mantengáis con vida.

El ruso achicó los ojos. Sus rasgos afilados, deformados por el dolor, se relajaron poco a poco al hacerle efecto el calmante.

—¿De qué hablas?

—Se trata de la elegida del *vor*. Está oculta y a buen recaudo.

Belikhov se incorporó sobre los codos y miró a Markus, anonadado.

—La *vibrannay* —susurró.

—Sí —afirmó Markus sugiriéndole que hablase en voz baja—. Yo también tengo intereses que proteger. Tal vez pueda salir de aquí.

—¿Salir de aquí? ¿Cómo?

—Un pacto. Necesito entregarle la *vibrannay* directamente al *vor*.

—No puedes... —murmuró Belikhov con los ojos vidriosos—. No puedes acercarte al *vor* Drakon, a no ser que pases antes por toda su guardia.

Markus arqueó las cejas, de color castaño oscuro. Vaya, aquello había sido información gratuita. Acababa de confirmar que se trataba de Drakon.

—Pero tú sabes cómo llegar hasta él.

—No. Yo siempre contactaba con intermediarios, nunca directamente con él. —Se relamió los labios y sonrió—. Pero hay una manera de conseguirlo.

—Dímela.

Belikhov negó con la cabeza y estudió el semblante de Markus.

—¿Por qué?

—Puedo ayudarte.

—¿Qué gano yo con ello?

—Si consigo llevarla hasta el *vor* —contestó el agente soviético—,

recibiré privilegios. Podría pedir una garantía de que tú y los tuyos, al aceptar colaborar conmigo, quedéis cubiertos y a su amparo.

—No te creo. Si sales de aquí es para colaborar con el FBI —repuso el ruso—. Si me relacionan contigo, me matarán y descuartizarán a los míos. Yo seré siempre una *suqui* aquí adentro. Pero a ellas les harán cosas horribles. Tengo una niña pequeña... No quiero que les pase nada.

Markus comprendía la situación de Belikhov. Los rusos como él estaban acostumbrados a vivir en la cárcel, eso no les daba miedo, ni aunque se convirtieran en las perras de los ladrones de ley internos.

Eso era lo que significaba *suqui*: perra.

—No saldré de aquí para colaborar. Saldré de aquí por mis propios recursos. Tengo muy buenos abogados. Al fin y al cabo, yo no hice nada malo. Solo soy un amo que hacía domas para un torneo. Desconozco quiénes eran esas mujeres y qué hacían con ellas.

—Les dabas drogas. Comprobabas cuál era su efecto en sus cuerpos.

—Sí. Pero ninguna me vio. Nadie sabía que era yo. Estoy considerablemente cubierto.

Belikhov volvió a tumbarse en la camilla, sin dejar de mirar a Markus. No estaba seguro de confiar en él, pero era un soplón; lo llevaba en la sangre, y Markus sabía que tarde o temprano cedería.

—Ayúdame, Belikhov. Será bueno para los dos —le insistió.

El hombre lo meditó unos segundos y después añadió:

—Londres.

—¿Londres?

—Sí. Es el paraíso para las *mafiyas*. Cada año controlan eventos especiales por todo el mundo en los que haya gran afluencia de mujeres. Buscan vírgenes, ante todo. Les encanta desflorarlas. Londres es ideal para sus negocios.

Leslie auscultó a Belikhov, y después hizo lo propio con Markus.

Vírgenes como ella, pensó la agente agriamente.

En Inglaterra, el cuarenta por ciento de los delitos los cometía la mafia rusa. Londres, en especial, se había convertido en una especie de Edén para todo tipo de actividades ilícitas y criminales.

Lo más importante: ahí se blanqueaba el dinero que recibían de las ventas

de las mujeres. Por esa razón la subasta se realizaría en la capital inglesa. Por esa misma razón, la banda del Drakon se encontraba allí.

El problema de la ciudad era su permisividad mediática y la economía no reglamentaria que propiciaba los fraudes fiscales y económicos, además del poco control que tenían en la venta de armas y los timos cibernéticos.

Además, Londres era un lugar idílico por el turismo. Allí podían coger a todas las chicas que quisieran, ya que era un destino de adolescentes con ganas de fiesta. Allí tendrían todo el venado que deseaban; venado que no viajaba a Rusia, entre otras cosas, por la mafia.

En Londres podrían conseguir chicas de diferentes etnias, colores de piel, de pelo, de ojos... Era como un gran supermercado para ellos.

La SOCA, que era la Agencia para el Crimen Organizado, intentaba detener la irrupción de las mafias rusas; pero a estas se le habían añadido recientemente las bandas albanos-kosovares, las triadas chinas e incluso la mafia turca. No daban abasto.

Inglaterra estaba asediada y, para colmo, protegía a los mafiosos. Todavía escocía el caso de Grigori Luchansky, el cabecilla de una organización criminal mafiosa. El tribunal inglés falló a su favor y lo liberó.

Y después estaba el caso de Michael Terney, artífice de una estafa de más de doscientos millones de dólares, y al cual el Reino Unido se negó a detener.

Leslie sabía cuál era el motivo de aquella permisibilidad: los tentáculos de las *mafiyas*, las influencias de los asesinos y sus amenazas eran difíciles de enfrentar. Y no había mayor terrorismo que ese: inculcarle a las personas el miedo al dolor y a la muerte.

—Después del varapalo de las Islas Vírgenes, buscarán nuevas captaciones; y lo van a hacer de modo masivo —continuó Belikhov—. Yo debía estar al tanto de mover a las chicas que se llevarían esta vez de Londres. Hay muchos clientes sin cobrar ni recibir a las mujeres por las que pagaron en las islas. Los soldados de las *bratvas* captarán a toda mujer que se mueva y se confíe, y se las llevarán para suplir a las que les quitaron.

—¿Se las llevarán? ¿Cómo? ¿Adónde?

—Eso es lo que no sé... Pero serán mujeres de diferentes nacionalidades; paquetes que deberán viajar a cualquier parte del mundo para llegar hasta los brazos de su comprador. Una vez que las secuestran, pasan por una criba;

unas se destinarán para unos fines y otras se destinarán para otros. Para llegar al *vor*, tienes que contactar primero a través de sus soldados... Pero hay muchas *bratvas* diferentes operando en los puntos de llegada de los transportes: aeropuertos, puertos y estaciones de tren. Sin embargo, la banda más importante, con la que yo trabajo, tiene un sello distintivo en el dorso de su mano y trabajan, principalmente, en los aeropuertos.

—¿Qué sello es? —Markus no disponía de esa información y sería un buen inicio para emprender la búsqueda y las negociaciones.

—Un dragón que se muerde la cola haciendo un círculo. El símbolo de Drakon. ¿Por qué... estoy tan mareado? —preguntó de golpe.

—¿Mareado? —repitió Markus.

—Joder sí... La lengua me va sola. No entiendo por qué te cuento todas estas cosas...

Leslie, que levantaba la camisa de Markus para colocar el estetoscopio sobre el pecho tatuado del mohicano, fijó sus ojos grises en los amatista de él y le guiñó un ojo.

Markus no se lo podía creer. ¿Le había metido algo de droga en la dopamina? ¿Era eso? Apretó los dientes y negó con la cabeza.

Ella se encogió de hombros y se dio la vuelta para buscar en el armario de las medicinas un poco de vitamina B e inyectársela a Markus en vena.

—¿Qué mierda me está inyectando? —le preguntó Markus a Leslie en inglés. No quería que le pinchara nada. ¡Él no estaba enfermo!

—Ha vomitado mucho. Esto le repondrá y hará que se sienta mejor —le explicó Leslie, fingiendo profesionalidad, metida de lleno en su papel.

—Créeme, Mark. Esto hará que te sientas *muuuucho* mejor —canturreó Belikhov clavando la mirada negra y ensoñadora en el techo.

—De acuerdo, Belikhov. —Markus debía centrarse. Apartó a Leslie un poco y miró de nuevo al ruso. Sintió el pinchazo de la jeringa en el brazo, pero no le dio importancia—. Un dragón que se muerde la cola. Dentro de unos días hay un evento en Londres.

—Sí. Es un festival de música. Dura tres días. Empieza pasado mañana. La *bratva* del Drakon estará hasta última hora para llevarse a sus presas. Contacta con uno de ellos y convéncele para que te vaya acercando al *vor*. En cuanto les digas a quién tienes contigo... Un momento —se detuvo—.

¿Cuándo piensas salir tú de aquí? No tendrás tiempo de actuar.

—Hoy al mediodía viene mi abogado. Es muy bueno. Me va a sacar de aquí con un chasquido de sus dedos.

—Ah. —A Belikhov le pareció completamente coherente la respuesta y continuó con su chivatazo—. Entonces, coge a la *vibrannay* y viaja a Inglaterra. Al aeropuerto de Londres, en Heathrow, donde desembarcarán la mayoría de las jovencitas. Cogerán a algunas. Cuando haya pasado la criba y tengan a las chicas preparadas, el *vor* se presentará en la compra final de la mercancía. No sé cómo ni cuándo ni dónde se hace la compra, porque cada vez es un lugar distinto, pero, si llegas lo suficientemente lejos, te enterarás. Él y otros capos más estarán allí como si se tratara de una subasta de lujo. —Lo miró de arriba abajo—. Podrías hacerte un lugar entre ellos; podrías codearte con ellos, Markus. Y cuando me saques de aquí, yo podría trabajar para ti —se echó a reír.

—¿Trabajar para mí? ¿Por qué dices eso?

—Creo que tienes madera de *vor*. Ya te lo noté en Peter Bay. Tú has estado en las cárceles rusas, amigo. —Miró sus tatuajes sin disimulo—. Que me corten la mano ahora mismo si no te estás preparando para ello... Quieres ser un ladrón de ley.

Leslie carraspeó. Se alejó de las camillas y se dispuso a dejar todo en orden de nuevo. Caray con Markus. Tenía un expediente muy llamativo.

Apretó el botón del interfono y dijo:

—Al preso dos tres cuatro siete —que no era otro que Markus— ya se le ha administrado la medicina. Pueden venir a recogerlo.

Leslie se apoyó en la pared, esperando que la puerta se abriera para salir de allí. Meditaba sobre quién era Markus, sobre qué había tenido que hacer para ser quien era en ese momento.

Aquel inmenso hombre, postrado en la camilla, con aquel pelo tan peculiar y perfecto todo de punta, le dio la mano a Belikhov:

—Tendrás noticias mías.

—Ya, bueno... Eso espero. O también lo soplaré todo sobre ti —dijo con indiferencia.

Markus se incorporó y se quedó de pie ante él.

—No sabes nada de mí. No voy a colaborar con el FBI. No voy a hacer

nada, excepto entregar al *vor* lo que es suyo y salvarte el culo, Belikhov.

—*Ne, ne, ne...* —negó él moviendo la cabeza de un lado al otro—. Tu cuerpo y tus marcas me dicen algo, Markus. Violaste el código de los ladrones, y por ello te castigaron en la cárcel. ¿Qué te hicieron? ¿Qué hiciste? Quien rompe el código una vez —alzó el dedo índice y le señaló— lo rompe dos veces.

Markus alzó el labio, dibujando una sonrisa propia de un sicario y contestó:

—Descansa, Belikhov. *Bolshoe spasibo*. Muchas gracias.

—*Pazhalsta*. —De nada—. Nos vemos.

Cuando llegaron al cuarto para cambiarse de nuevo, Leslie se acercó a Markus para hablar con él. ¿Qué había querido decir Belikhov con el código de los ladrones? ¿Lo había roto Markus? ¿Cuándo?

Lébedev se cambiaba en silencio, de espaldas a ella.

—Markus...

—Leslie. —Él se giró bruscamente y la cogió por la barbilla—. Vamos a dejar las cosas claras, bonita. Cualquier cosa, repito, cualquier cosa que te cruce por esa cabecita que tienes —le clavó los dedos en las mejillas— me lo tienes que comunicar. ¿Qué mierda le has inyectado?

—El pentotal sódico. Lo utilizamos para obtener declaraciones —se excusó ella, aunque para nada se arrepentía.

—Yo no. ¿O acaso crees que Belikhov no reconoce todas las sustancias que le inyectan? Es un puto mafioso. ¡Ha probado de todo!

—Puedo utilizarlo cuándo y cómo me convenga. No eres mi superior, Markus.

—Exacto. Trabajamos en equipo. —Le soltó la barbilla—. Así que más te vale que te comportes y que me digas en todo momento qué tienes pensado hacer... ¿Y dónde coño te has metido el pentotal?

—En una pequeña funda de la liga —explicó, tranquila, reprobándolo con la mirada—. No vuelvas a cogerme así de la cara o te raparé el pelo al cero,

Markus. No estoy bromeando. Además, gracias a mí, Belikhov no ha tenido problemas para explicarte lo de la banda del Dragón.

—¿Gracias a ti? —Tal vez Leslie tuviera razón. Pero no se lo reconocería, entre otras cosas porque acababa de ponerles en peligro—. En todo caso, si Belikhov hubiera reconocido que se le había drogado, no habría dicho nada. Es una negligencia por tu parte.

—¿Negligencia? —repitió ella cada vez más enfadada—. Negligencia es no informarme de que estuviste en una maldita cárcel rusa ni de lo que te pasó ahí.

—No es determinante.

—¿Cómo que no lo es?! Si Belikhov conoce tu historia, otros más como él también la sabrán. ¿Qué significan todos esos tatuajes que llevas? Debería estar al tanto de todo lo que concierne a mi binomio. ¿Querías ser un *vor v zakone*? ¿Ese era tu papel como infiltrado? ¿En serio? ¿Qué mierda está pasando? ¿Ahora resulta que tendré que preguntarle al director Spurs o al subdirector Montgomery con qué tipo de compañero me han juntado?

—No somos un binomio. Solo estamos trabajando juntos, excepcionalmente. Yo no tengo pareja. No tengo binomio.

—Perfecto. No somos un binomio. —Genial. Markus solo retenía lo que le interesaba—. Yo informaré al FBI por mi parte, y tú por la tuya, si así lo quieres. Pero vas a tener que contarme qué código rompiste y por qué.

—No tengo que explicarte nada de lo que he hecho, Leslie. Es información confidencial y no la voy a compartir contigo. Pertenece al servicio de inteligencia exterior ruso, no a un agente de del FBI. ¿Entendido? Yo no te pregunto nada sobre tu pasado ni sobre cosas que hayas podido hacer y que te hayan convertido en lo que eres ahora.

—Ya veo. Ya veo que no te importa nada.

—No es que no me importe... Es que es intrascendente.

Los músculos de la mandíbula de Leslie se tensaron. Markus acababa de decirle abiertamente que no le importaba nada de lo que había hecho en su vida. En Peter Bay se habían contado muchísimas cosas, pero todo eran detalles actuales, de gustos y preferencias; nada demasiado íntimo ni demasiado profesional.

Intrascendente, esa era la palabra para definir todo lo que se habían

revelado el uno al otro.

Leslie no conocía a Markus.

Markus no la conocía a ella.

—¿Podemos centrarnos en lo que nos concierne, agente?

—Claro, ruso —le replicó ella, beligerante.

Leslie entendió algo al instante.

Markus trabajaba solo porque era incapaz de confiar en nadie más.

Cuando lo conoció de amo, en Peter Bay, la hizo sentirse segura porque él era un agente de la ley igual que ella; nunca le haría daño.

A pesar de la seguridad de entonces, ahora no tenía que ver con su relación actual. El trabajo era trabajo. Nada más.

Markus no quería que lo molestaran y, aunque sentía que él la deseaba y que la miraba con ojos de anhelo, porque era una mujer y se daba cuenta de ello, Markus la percibía más como una carga que como un refuerzo para la misión.

—Muy bien, agente Lébedev —aceptó Leslie a regañadientes—. Me ha quedado claro que tengo un colaborador de trabajo, no un compañero. Sabiendo eso, estos son nuestros roles. Iré contigo en calidad de rehén; seré la elegida del *vor*. Tú serás mi apoderado, o como quieras llamarlo.

—Apoderado está bien.

—Y esto es lo siguiente que tenemos que hacer: primero coger dos billetes para Londres de carácter urgente para esta misma noche. Debemos poner en marcha nuestros móviles internacionales y empezar a buscar a los miembros de la banda del dragón. ¿Estás de acuerdo?

—Cien por cien.

—Entonces, futuro *vor v zakone* —repitió con inquina—, salgamos de esta pocilga.

Capítulo 6

Leslie, que observaba las nubes durante el vuelo a Europa, repasaba mentalmente todo lo que habían pedido a los *hackers* de contrainteligencia del FBI.

Habían retocado los móviles con supresores de sobretensiones que protegían las líneas por las que podían enviar información con total tranquilidad. Se comunicarían a través de ellos y tendrían al tanto a la SVR y al FBI. En Inglaterra, miembros de la SOCA estarían preparados para intervenir, pero nunca intercederían en su misión si no era estrictamente necesario.

Leslie prefería que no lo hicieran, ya que era difícil trabajar con alguien que seguía distintos protocolos como el ruso, como para que, encima, agentes ingleses se metieran de por medio.

Habían anulado su identidad del FBI cuando se preparó para el torneo de Amos y Mazmorras, así que no debía preocuparse por eso. Pero, igualmente, lo hacía. Era así de maniática.

Maniática para peinarse y dejarse el pelo lacio y recto; maniática para el orden y la limpieza. Maniática para... casi todo.

También pidió a uno de los *hackers* que le facilitara una tarjeta de gastos en la que ella ingresaría el medio millón de dólares que Nick Summers, también agente en la misión de Amos, conocido en el mundo BDSM como Tigretón, le había regalado al resultar ganador involuntario del torneo. Lamentablemente, la pareja de Nick, Thelma, fue asesinada por los Villanos en Walpurgis. Leslie podía imaginarse lo mal que lo estaba pasando el agente y lo mucho que se reprobaría por no haberla podido proteger.

La cuestión era que, mientras fijaba sus extraños ojos en una nube que se

dispersaba en el cielo, viajaba a Europa, infiltrada, en compañía de un agente soviético que guardaba muchos secretos; y Leslie se veía en la obligación de no solo informar a sus superiores sobre cómo iba la misión, sino también de advertirlos sobre Markus.

Había algo que no acababa de cuadrar en él, y después de las palabras de Belikhov y de la falta de comunicación entre ellos, esa inseguridad se acrecentaba. Y odiaba sentirse así respecto a un compañero, pero el ruso no le facilitaba las cosas. Y ella no se iba a dejar llevar por su *sex appeal* ni por su magnetismo.

Después de salir de la cárcel, Markus la dejó en su casa para que acabara de preparar su liviano e insignificante equipaje y dejara listos los móviles. No habían vuelto a hablar, excepto cuando la informó del vuelo que iban a tomar y acerca de los billetes.

Se habían despedido correctamente.

Y, después, cuando volvieron a verse, solo se saludaron con: «Ha enfriado la noche». «Ajá», había contestado ella.

Le irritaba no poder hablar. Nunca había sido una lengua suelta, esa era Cleo, pero Leslie siempre iniciaba conversaciones y le gustaba escuchar hablar a los demás. Ver sus expresiones, sus gestos, su mirada, si mentían o no, si les temblaba o no les temblaba la voz... No sabía decir si a Markus le sucedían o no esas cosas, porque su tono de voz era monótono, sin altos ni bajos. Y pronunciaba perfectamente, con lentitud, de un modo certero y educado.

Se rascó el muslo y retiró una pelusilla blanca del pantalón. Se había vestido discretamente, con un tejano negro ajustado y una camiseta rosa con escote. Pero en el avión hacía frío y no se había acordado de poner nada de manga larga en su bolsa de mano. Se frotó los brazos y se cubrió con la manta de cuadros rojos y negros que les había repartido la azafata. Aun así, continuaba helada.

Markus se movió a su lado, se quitó la chaqueta tejana que llevaba y se la colocó por encima de los hombros.

—No quiero que te constipes —dijo solícito.

No se lo esperaba.

—Claro, no vaya a ser que entregues producto dañado, ¿eh?... —bromeó

ácidamente.

—De nada.

De nuevo, Markus ignoró el comentario. Le bajó la mesita apoyada en el respaldo del asiento delantero, sin pedir permiso, e hizo lo mismo con la suya.

—¿Qué haces? —preguntó ella—. Todavía no traen la cena.

—No importa. Me muero de hambre. No he comido nada desde que ayer salimos de Parish.

—¿No has comido nada?

—No.

—Ha pasado casi un día entero, Markus. ¿No has comido nada, de verdad? —Lo miró de arriba abajo, sorprendida: un hombre tan grande y fuerte como él debía alimentarse para llenar todos esos músculos. Estaría famélico—. ¿Por qué? Huy, perdona... —rectificó al instante—. Tampoco me vas a contestar a esto, ¿verdad? Solo hablaremos de trabajo y de cosas banales.

Markus la miró fijamente y sus pestañas oscilaron un poco.

—No me acordé.

—¿No te acordaste de qué?

—De comer.

Esta vez, fueron los ojos grises de la joven los que aletearon incrédulos.

—Olvidarse de comer es como olvidarse de respirar —opinó ella, atónita—. Yo no puedo olvidarme de comer. Tengo que alimentar al bicho.

El ruso pestañeó, y después, como por arte de magia, sonrió. Sonrió de verdad.

Leslie, confundida, se vio ensimismada con aquel gesto, profundamente conmovida. ¿Cómo una maldita sonrisa podía provocar aquello? Le salían unas arruguitas adorables en la comisura de los ojos, señal de que no era un chaval. Sino todo un hombre. Un hombre extraño y atractivo; tan sexy que cuando se bañaba seguro que el agua se calentaba sola.

—¿Tienes un bicho? —repitió Markus, entretenido. Ella salió de su particular deslumbramiento y habló concisamente.

—Sí. Se llama Aria.

—¿Aria?

—Sí.

—¿Es un diminutivo?

—Claro.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó interesado.

Leslie arqueó una ceja negra azulada y pensó: «¿En serio?».

—*SolitAria*.

Markus frunció el ceño y a Leslie le subieron los colores.

—A lo James Bond, ¿sabes? —Hizo el símbolo de la victoria con el índice y el corazón y los movió—. ¿Lo pillas?

—¿Eso es un chiste?

—Si me lo preguntas, es que lo he hecho muy mal... Bond... James Bond. Pues Aria... Solitaria.

Leslie quería hundirse en el asiento. Se moría de la vergüenza. Jamás hacía chascarrillos. No tenía ninguna gracia explicándolos, y va, toda lista ella, y los tenía que soltar con el hombre con menos sentido del humor y más obtuso del mundo.

Qué desastre. Markus la ponía ligeramente nerviosa.

Para ocultarse de su mirada rojiza, se abrigó con la chaqueta tejana que él le había prestado y se impregnó de su olor. Olía muy bien.

A limpio.

A macho.

—¿Te olvidas de comer a menudo? —preguntó para cambiar de tema.

—A veces.

—No me lo puedo creer... —musitó, estupefacta—. ¿Y tus horarios?

—Son variables.

La azafata acudió a la llamada del timbre e interrumpió su conversación.

—¿Qué desean? —preguntó aquella chica rubia y sonriente, que llevaba los botones de la camisa demasiado apretados. Saltarían en cualquier momento.

Markus estudió la carta. Y, de repente, como quien no quiere la cosa, pidió cinco especiales de hamburguesa, unas patatas de vegetales, unas olivas, cuatro zumos, dos cervezas, dos colas lights, una caja de pastas y bollería... La lista parecía interminable. El rostro de la azafata era todo un poema. A Leslie le entraron ganas de echarse a reír.

—Deja comida para los demás... —le susurró al oído.

Pero él, impertérrito, inclinó la cabeza hacia la de ella y le dijo:

—¿Y tú qué quieres comer, Les? —preguntó usando su diminutivo.

Les. La había llamado Les, como si fuera su amigo.

Pero eso no era lo verdaderamente sorprendente. Lo escandaloso era que ella pensaba que toda ese arsenal alimenticio era para compartir, y resultaba que era solo para él.

La agente carraspeó y dijo:

—Yo creo que con una hamburguesa especial y una soda será suficiente. Gracias.

La azafata la miró agradecida, porque ya no le quedaba más papel para apuntar y se despidió con su larga lista de platos por preparar.

Markus se acomodó en el asiento y apoyó la cabeza en el respaldo.

Leslie no dejaba de mirarlo y, de repente, se echó a reír como una loca. No se imaginaba que él pudiera actuar de aquel modo, como un hambriento desesperado y, además, pedir la comida con aquella normalidad, como si todo el mundo cenara eso habitualmente.

—Te he dicho que tenía hambre —se excusó, encogiéndose de hombros.

—Claro —dijo Leslie—, los niños de atrás de todo también tienen hambre y estoy segura de que has acabado con todo el depósito de hamburguesas. ¡Les has dejado sin nada! —Se limpió las lágrimas de la risa, intentando tranquilizarse en vano—. Por el amor de Dios..., ¿dónde metes todo lo que comes? Eres como Coco, el monstruo de las galletas.

Fue entonces cuando el ruso dio un respingo y se echó a reír con fuerza, despertando a más de un pasajero que aprovechaba la oscuridad nocturna para dormir.

Leslie rio de nuevo.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó perdida.

—Coco. Me hace gracia ese nombre...

—¿Coco? ¿De verdad?

Leslie miró al mohicano, que temblaba de la risa; lo miró como si tuviera siete cabezas; que un hombre se carcajeara de un chiste comparativo como aquel y no de su broma sobre la solitaria le provocó una extraña ternura.

Y también miedo.

¿Qué tipo de vida había tenido Markus?

Habían salido del aeropuerto de Louis Armstrong International un lunes a las diez y media de la noche, y llegaron a Londres al día siguiente a las ocho de la tarde. Tuvieron veintidós horas de vuelo e hicieron escala en Barcelona.

A Markus le habría encantado visitar la capital de Cataluña, pues le habían hablado maravillas de ella. Tal vez, cuando se retirara, en un futuro, iría a parar allí. Un hombre desarraigado como él podría vivir en cualquier lugar, ¿no? A poder ser, un lugar como aquel: lleno de luz, cultura y alegría.

Estaba cansado, hacía muchísimo tiempo que no dormía; pero al menos, después de sabotear las despensas de los dos aviones que habían tomado, tenía el estómago lleno y la energía suficiente como para continuar así dos días más.

No necesitaba más.

Solo cuarenta y ocho horas. Cuarenta y ocho horas exprés para llegar hasta el *vor*. Y llegaría, por supuesto que sí. Llegaría.

Porque aquel era el objetivo que llevaba persiguiendo desde hacía más de siete años. Porque aquel caso le había arrancado parte de la humanidad que una vez tuvo y había acabado con muchas cosas que él apreciaba, hasta convertirlo, a base de palos, en una tapadera de sí mismo. En una sombra.

De hecho, había días en los que se miraba al espejo y encontraba a un desconocido, cuyo origen ya no recordaba.

¿Quién era? ¿Por qué hacía todo aquello?

E inmediatamente después le salpicaban todas las razones, bombardeando su mente, postrándolo de rodillas, porque solo había una verdad: lo hacía por venganza.

No había nada más poderosa que la *vendetta*. Y se la tomaría por entero.

Mientras Leslie se subía al taxi, un tradicional *black cab* elegante y todo negro, otras muchas preguntas hostigaron su conciencia. Era sorprendente que todavía la conservara.

Esa mujer había tenido la mala suerte de ir a parar con él, en la misión de su vida; y no iba a tener ningún escrúpulo en manejarla como mejor conviniera por el bien de la investigación.

Infiltrarse conllevaba dejar muchas cosas atrás, entre ellas la esencia de uno mismo. Sobre todo cuando se trataba de introducirse en la mafia más

cruel y sangrienta de todas. No dudaría en comportarse como un nazi supervisor si así lo requería la situación.

Por ejemplo, al bajar del avión, le había recogido el pelo y se lo había colocado debajo de una gorra gris oscura de lino un tanto abombada. Le obligó a ponerse las gafas y a vestirse con colores neutros y pocos llamativos. En el baño le hizo quitar la camiseta rosa y le puso una camiseta blanca de tirantes.

—Parezco una seguidora de Bob Marley —murmuró Leslie a desgana—. Tal vez deberías aplastarte la cresta. Así llamas la atención.

—Yo no importo. No me mirarán a mí —repuso él, metiéndole la blusa mal doblada dentro de la maleta de viaje de piel negra de Leslie—. Otean a las mujeres, buscan sus presas fáciles. A las que van solas o en grupos de dos o de tres. Tienes muy buen cuerpo, Leslie, y una cara preciosa... Incluso así llamas la atención —dijo irritado.

—¿Me estás piropeando, ruso? ¿En un baño de señoras? —preguntó ella, malhumorada. No entendía por qué tenía esa necesidad de supervisarlo todo. Ella era controladora, de acuerdo, pero Markus rizaba el rizo—. Porque te recuerdo que estás detrás de una puerta que tiene una placa de una mujer con falda. Y a no ser que seas escocés, tipo *highlander*, dudo que eso te confunda.

Markus hizo un sonido con la garganta, parecido a una risa ronca.

Sí, había entrado con ella para asegurarse de que dentro de las instalaciones y de los baños no había cámaras de ningún tipo. Los miembros de las bandas podrían ponerlas para escuchar conversaciones de todo clase y averiguar si las mujeres viajaban solas o acompañadas.

—Lo sé. Sabes por qué me he metido contigo —dijo en el pequeño compartimento, con el sanitario de por medio. Miró los pechos de la policía, cubiertos por un sostén blanco de encaje, y volvió a sentirse mal. ¿Por qué no podía dejar de mirarla? ¿Por qué le gustaba tanto lo que veía?

—Sí. Y no hay cámaras. Eso también lo puedo mirar yo, Lébedev —le susurró en voz baja.

—Tienes razón —dijo encogiéndose de hombros—. No me interesa que llames la atención hasta que yo lo decida. Y no sé qué tipo de ropa has traído. Solo quería comprobar que no te ponías nada fosforescente ni malas combinaciones de esas que soléis hacer las norteamericanas para gritar a los

cuatro vientos que sois extranjeras.

Leslie arqueó las cejas y negó con la cabeza.

—Quiero que te largues del baño y me dejes tranquila. Necesito intimidad.

—Está bien —cedió, sabiendo que la había ofendido un pelín—. Te espero fuera.

Le había mentado.

No iba a ceder ni un milímetro.

Le encantaba Leslie. Era la mujer más interesante que había conocido nunca. Tenía un sabor único y explosivo, y, siempre que lo recordaba, se encontraba masturbándose como un loco pensando en ella, en cómo se había corrido en sus labios y palpitado contra su lengua.

Pero aquella obsesión insana no le llevaba a ninguna parte y debía hacerla desaparecer de un plumazo.

Nada, nada, era tan importante como llegar al final de todo aquel asunto. Acabaría con la banda de la trata de blancas del *vor* y se enfrentaría cara a cara con el Drakon.

Se jugaría su puesto por ello, aunque, a esas alturas, ya ni siquiera sabía para quién trabajaba ni de qué bando estaba.

Solo sabía que estaba de su propio bando.

Su misión era estrictamente personal e intransferible.

Capítulo 7

Se hospedaron en el hotel Ibis de Londres. Nada demasiado pretencioso, pero sí muy funcional. De ese modo no deberían desplazarse para controlar los movimientos de las llegadas en el aeropuerto y podrían mantener un control de los ganchos que utilizaban para atraer a las mujeres y averiguar dónde se hospedaban para luego ir a buscarlas y secuestrarlas.

—Me sigue dando miedo que haya mujeres que se fíen tanto de su entorno, sobre todo de hombres que no han visto en su vida —dijo en voz alta, mientras, sentada en el pequeño escritorio que daba a la ventana exterior, abría su maleta de viaje y extraía la cubierta, que protegía el compartimento especial, de los rayos láser del control de equipaje y de sus bandas magnéticas. Allí tenía sus armas: su Beretta de bolsillo y su Glock 19 con puntero láser de color rojo. Una preciosa híbrida, negra y elegante como una pantera, de acero y plástico duro. Cargó las dos pistolas con sus balas especiales y las dejó alineadas y juntas la una a la otra—. Todas esas mujeres que se llevan responden a un perfil: son confiadas.

—No son confiadas. Simplemente están desinformadas. No creen que la cosa de la trata de personas vaya con ellas y actúan de forma inconsciente y despreocupada. Estoy convencido de que muchas no saben ni lo que significa el concepto de «trata de blancas». —Markus se había duchado y ahora estaba apoyado en la pared, mirando a través de la ventana, al lado de Leslie. Le gustaba el ritmo de la norteamericana para cargar sus armas; le hipnotizaba cómo las mimaba y las cuidaba, como si fueran...

—Mira esto, ruso. —Leslie levantó su Beretta y le guiñó un ojo—. El mejor amigo de una mujer. Aquí está. Un pequeño revólver que la salve de psicópatas como esos que pululan por ahí... Tiene un proveedor de treinta y

tres tiros. Automática.

Markus sonrió. Sí, era eso. Leslie trataba a sus armas como si fueran sus mejores amigos. Con cuidado y tiento para no rayarlas, para no maltratarlas... Siempre las tendría preparadas; listas para la acción.

La chica se quedó mirando su pelo de punta y su cresta, cuyos extremos más caobas miraban hacia arriba. Se había vuelto a vestir: tejanos, camiseta negra y unas Nike de piel de color negro. Estaba arrebatador. El tatuaje del hombro le subía por el pecho y el lateral del cuello, y se camuflaba por detrás de su oreja derecha.

—¿Quieres ver la mía? —preguntó él de sopetón.

—¿Perdón?

—Mi pistola.

—¿Quieres enseñarme tu pistola? —Leslie arqueó una ceja negra y se echó a reír—. Señor Lébedev, no sabía que era usted tan directo.

Markus alzó las comisuras de sus labios y se llevó la mano a la parte baja de la espalda.

—Una HK USP 45 automática. Está hecha de polímero, no requiere ningún tipo de ajuste o mantenimiento, por su sistema de reducción de retroceso. —Pasó los dedos por la pistola oscura, que tenía una pequeña cámara con láser en la parte baja del cañón—. Y después tengo una Beretta. —Volvió a echarse las manos a la espalda—. Como tú. Pero la mía es mucho más grande y gruesa que la tuya.

Leslie negó con la cabeza y se echó a reír.

—Sabes que el tamaño no importa, ¿verdad?

Markus asintió con la cabeza, y se encontró de nuevo, bromeando con ella, mostrando su pistola plateada con el mango negro.

—Ya lo creo que sí, Connelly. Veintidós centímetros de longitud. Toda de acero —murmuró tocando el cañón como si se tratara de su miembro.

Leslie tragó saliva y elevó las cejas.

—¿Dispara bien?

—Nunca falla.

Los ojos amatista de Markus coqueteaban abiertamente. Y los de ella también. ¿Por qué lo hacían si habían acordado que no debían distraerse entre ellos?

¿Y cómo no iba a hacerlo?, se preguntaba Leslie. No podían engañarse. Se habían comido con la boca el uno al otro y no obviarían eso, aunque Markus sabía hacerse el indiferente mejor que ella.

Leslie se levantó de la silla del escritorio y se colocó frente a él. Estudió sus rasgos cincelados y contundentes.

Cada vez que lo miraba de cerca perdía el oremus. Nunca le había pasado. Nunca se había sentido así con un hombre. Eran sus ojos.

Ni sus tatuajes ni sus músculos ni su barbilla cuadrada... Ni siquiera su pelo.

Sus ojos. En su mirada se escondían miles de secretos y una súplica. Los secretos la asustaban, pero era la súplica la que la atraía.

¿Qué pedía? ¿Qué era lo que clamaban sus ojazos casi rubíes? Aquel ruego había estado ahí desde siempre. Leslie lo identificó nada más verlo.

Markus intimidaba con su presencia y su actitud montaraz y chulesca. Su recurso más utilizado era el sarcasmo. Ácido y agrio en ocasiones, como él. No obstante, Leslie y Cleo estaban especializadas en perfiles y habían aprendido a observar.

Markus callaba. Se hacía a fuego lento, y en algún momento perdería el control. Solo entonces, podría entender la verdadera personalidad del agente soviético.

Mientras tanto, estaba vendida ante él. Porque era incapaz de leerlo, y le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Y eso solo quería decir una cosa: problemas.

El mohicano se dio cuenta de que Leslie intentaba mirar a través de él, y la sensación no le gustó, así que rompió el contacto visual con ella y se dirigió al sofá naranja para sentarse y encender la televisión.

—Mi pistola gana a la tuya, Lébedev —dijo Leslie tomando su Beretta, consciente de que él había roto el momento bruscamente—. Es más pequeña, pero mucho menos pesada. Más ágil y más manipulable.

Markus se encogió de hombros.

—Siempre creí que aquellos que decían que el tamaño no importa eran hombres con pollas pequeñas. En este caso, tú tienes la polla pequeña, *vedma*.

Leslie se encogió de hombros. Aquel mote cariñoso en ruso le encogió el

estómago.

—No te preocupes, Lébedev. Ya me lo agradecerás cuando sea mi pistolita la que te salve de los malos. —Le guiñó un ojo y cogió una toalla del interior del mueble empotrado—. Me voy a dar una ducha rápida.

—¿Hablar de pistolas te ha dado calor?

Leslie negó con la cabeza y soltó una carcajada.

«Guapo, no tienes ni idea...».

—¿De pistolas? *Ne, ne, ne...* Hablar de pollas me ha puesto caliente —le dirigió una última mirada llena de deseo y se dio la vuelta.

Aquello llamó la atención de Markus, que se quedó sentado en el sofá, viendo cómo esa mujer, imprevisible y terriblemente franca, desaparecía tras la puerta del baño, y lo dejaba a él tieso y sin palabras.

¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir a aquella chica?

¿Cómo iban a sobrevivir los dos en aquella misión?

No podía.

Estaba sentenciado en el mismo momento en el que escuchó el agua correr y se imaginó a Leslie bajo el potente chorro caliente.

Markus se levantó y abrió la puerta del baño de par en par.

Leslie se dio la vuelta, sorprendida. Se pasó las manos por el pelo y escupió suavemente el agua que se introducía en su boca. Cerró los ojos y se expuso a él, echando la cabeza hacia atrás.

Abandonándose.

—¿Qué vas a hacer, grandullón? —preguntó Leslie con una sonrisa pícaro y provocativa.

Markus la acarició con los ojos. Era jodidamente perfecta.

Elegante, estilizada, suave y a la vez dura. Blanda donde debía de serlo.

Tenía las mejillas sonrosadas por el calor y... sonreía.

Fue ella quien abrió la puerta de la cabina y dio un paso atrás, esperando a que él se colara dentro.

—¿Me quieres enjabonar, Markus?

Él asintió, fascinado por la voz y la mirada de aquella mujer.

Sí. Era una bruja que lo tenía hechizado.

Leslie se llenó las manos de jabón y se untó el cuerpo con ello. La espuma creció sobre su piel; sus dedos resbalaban por cada rincón, por cada recoveco. Y él deseaba llenar cada uno de ellos.

Después, Leslie se llevó las manos a su entrepierna y la llenó de jabón, acariciándose poco a poco, con cuidado.

—¿Quieres hacerlo tú? —preguntó curvando la espalda seductoramente, apoyando los hombros en la pared de azulejos, posando descarada con las piernas abiertas.

—Sí.

—¿Sí?

—Joder, sí. —Markus la cogió de la muñeca y la atrajo hacia él, hasta casi sacarla de la ducha.

Le dio la vuelta, y la colocó mirando de cara a la pared.

Leslie se apoyó en los azulejos marrones y naranjas con las manos abiertas y levantó el trasero para él. El agua caía sobre la parte baja de su espalda y remojaba sus nalgas y sus muslos.

Él estaba tan cachondo que pasó una mano entre sus globos altos y duros. Tenía un buen trasero, uno que podría cubrir sus exigencias más osadas.

Sabía que Leslie no tendría miedo a nada; la misión de Amos la había preparado para todo. Y aquello era genial, porque así no le tendría que dar explicaciones de ningún tipo.

Él nunca se imaginó que su infiltración lo formaría en el mundo de amos y sumisos; jamás creyó que pudiera practicar el sexo de aquella manera. Y, sin embargo, le gustaba. Era exactamente lo que le gustaba. Como si ese mundo de falsas identidades, en el que estaba perdido como persona y había vendido su alma al diablo, le hubiera dado la oportunidad, al menos, de encontrar sus verdaderas inclinaciones sexuales. Algo en todo aquello, sí era real.

—Apóyate bien, *vedma* —dijo con voz ronca, desabrochando el botón de su pantalón y deslizando la cremallera hacia abajo.

Leslie lo miró por encima del hombro y sonrió, abriéndose más de piernas y afianzando su posición en la cabina.

Markus sacó su erección de los pantalones y apoyó una mano en las nalgas de Leslie. Con la otra guio la cabeza del pene a la entrada de la joven, húmeda del agua y de sus propios fluidos, y lo introdujo poco a poco.

Estudió cómo estiraba su carne y se hacía sitio para entrar, y cuando la cabeza se introdujo por completo, solo la cabeza, lo sintió como una victoria.

Leslie gimió y meneó las caderas instándole a que le diera más duro y entrara por completo.

Markus se empaló en ella con lentitud, disfrutando de su vagina suave y dilatada. Alzó la cabeza y, a través de los cristales de la ducha, miró al espejo de su derecha; quería verse haciéndolo con ella; quería disfrutar de aquella estampa erótica y consentida.

Pero el vaho había empañado parte de la lámina, aunque no la parte en la que se reflejaba la puerta del baño.

Estaba semiabierta, y a través de la rendija había unos ojos perturbados, negros y oscuros como los de un árabe. Tenía tres lágrimas debajo del párpado izquierdo y lo miraba.

Markus lo reconoció al instante.

De repente, la puerta se abrió.

—¡Joder! —gritó Markus.

Tres hombres entraron al baño. Tres hombres que hablaban un dialecto llamado *fenya*. Era el habla de los criminales rusos, con un vocabulario algo distinto al ruso normal.

El hombre de las lágrimas en el ojo se llamaba Tyoma. Era uno de los presos que había compartido celda con él. Le conocían como El chivato sin Alma.

Su chivato.

Antes de que Markus pudiera reaccionar, lo cogieron y lo echaron de la ducha, empujándolo y empotrándolo contra la pared.

Se golpeó con la cabeza en el sanitario, y quedó medio tendido, casi inconsciente.

Uno de ellos le inmovilizó, rodeándole el cuello y obligándole a mirar lo que le hacían a Leslie.

Tyoma cogió a la joven agente y la empujó contra el cristal con fuerza. Ella intentó luchar con él, pero aquel hombre había pertenecido al ejército

ruso, y era un maldito asesino.

Ella estaba desnuda e indefensa. No tenía armas, pero podía utilizar las manos. Le había dicho que podía tumbarlo con dos de sus dedos, ¿por qué no tumbaba a Tyoma?

Porque Tyoma tenía más poder que ella.

El ruso le dio la vuelta y acabó la faena que Markus había empezado.

La violó sin ningún tipo de remordimientos, haciendo caso omiso a sus gritos de dolor y de rabia. A su llanto que suplicaba que se detuviera.

—¡Suéltala, hijo de puta! ¡Te mataré! —Markus se sacó al tipo que lo agarraba de encima. Y le reventó la nariz de un codazo.

Quería coger a Tyoma, ir a por él, pero su otro guardaespaldas se interpuso y lo tumbó sobre el suelo. Le piso la cabeza y le apuntó con una pistola en la sien.

—Mira bien, capullo. Mira bien lo que le hacemos a tu putita —le dijo.

Tyoma puso a Leslie de cara hacia él. Esta tenía todo el pelo negro sobre el rostro, chorreante del agua de la ducha.

—¿La ves? —preguntó Tyoma tirando del pelo de Les y mirando fijamente a Markus—. Mírala bien. Para ser un *vor* debes respetar el código de los ladrones. Tú lo has violado.

Markus se sacó al guardaespaldas de encima, corrió hacia Tyoma para intentar detenerle; pero este ya había clavado un puñal en el estómago de la agente y lo retorció con saña.

—¡Ne! ¡Ne! ¡Dina! ¡Ne!

Markus, muerto de la rabia y de la impotencia, se lanzó con todo lo que tenía a por Tyoma.

Iba a estrangularlo.

—¡Markus! ¡Lébedev! ¡Para!

Leslie había salido de su apacible ducha como una posesa al escuchar los gritos desamparados del agente.

Estaba dormido en el sofá. Era una pesadilla. Su cuerpo, convulso, sufría

espasmos y luchaba contra algo o alguien que le estaba haciendo daño.

En su intento por despertarle, Leslie lo había zarandeado con suavidad, pero cuando el ruso sintió su contacto, aún dormido, la había tumbado en el suelo del pequeño salón y se había colocado sobre ella.

La toalla se le había abierto por completo y ahora tenía a un hombre de unos cien kilos de músculo sentado sobre su vientre: estrangulándola.

—¡Lébedev! ¡Stop! ¡Stop!

La estaba asfixiando y no encontraba fuerzas para liberarse. Así que utilizó uno de sus múltiples recursos de defensa personal y le introdujo los dedos índices y corazón debajo de las axilas, presionando en un punto extremadamente doloroso que propició que el ruso diera un salto hacia atrás y la soltara; pero no se salió de encima.

Markus abrió los ojos, desorientados y perdidos. Miró a su alrededor y se encontró encima de Leslie, desnuda sobre la moqueta. Mirándolo con serenidad, como si comprendiera y hubiera visto todo lo que su mente había creado.

Mierda, se había dormido. Había caído en coma en el mismo momento en que se había quedado pensando en ella, escuchando la voz monótona de la televisión...

En un imperdonable momento se había relajado... ¡y zas!

No podía dormirse. Si lo hacía, venían las pesadillas... Las que lo hostigaban y le oprimían el alma con una boa constrictor. Y no se lo podía permitir.

Se sintió tan avergonzado por su comportamiento ante ella que no supo cómo reaccionar.

Maldita sea, ¡había intentado estrangularla! ¡A ella!

Se puso las manos en la cara y se frotó los ojos y las mejillas.

Leslie respiraba agitadamente debajo de él. Seguro que le había dejado marcas en el cuello; por un momento incluso había temido por su propia vida. La fuerza de ese hombre era extrema y ella tenía una complexión fina. Podría haber muerto.

Sin embargo, ¿qué iba a reprocharle? Markus estaba perdido entre sus dolorosos recuerdos. Ni siquiera entraban en la categoría de dolorosos, pues los sueños que no se diferenciaban de la realidad eran aterradores, los más

peligrosos sin duda.

Y Leslie tenía la necesidad de conocerlos y aplacar su tormento.

Levantó las manos hacia Markus y lo agarró de la cara para que sintiera un contacto humano, la calidez de su piel y la suavidad de sus dedos.

Ella era real. No formaba parte de un sueño. Y quería que el ruso lo entendiera.

Markus se quedó de piedra cuando notó que ella lo tocaba y le obligaba a mirarlo.

—¿Fantasmas? —le dijo ella tiernamente. Parpadeó con comprensión y sonrió, para que supiera que lo había disculpado.

Markus la miró atónito. Tocó su garganta y protestó contra sí mismo. Le iban a salir morados. Después pasó los dedos por su estómago y vientre desnudos, para asegurarse de que Tyoma no le había hecho daño.

—Él no te ha tocado. Estás bien —lo dijo en voz alta para asegurarse.

Estaba desnuda, como Dios la había traído al mundo. Se encontraba encima de ella y no daba con las fuerzas para apartarse.

—¿Él? No. Quienquiera que sea, no está aquí. Solo está en tu cabeza. — Leslie le acarició las mejillas con los pulgares.

—Lo siento mucho, Leslie —musitó avergonzado.

—¿Has dormido en el avión?

—No.

—¿Cuánto hace que no duermes? —Lo tomó de la barbilla y también le acarició allí.

De repente, tenía la necesidad de consolarle y de convertirse en su paño de lágrimas. ¿Qué se sentiría al ser el principal consuelo de un hombre tan frío y dominante como aquel? Se asustó al darse cuenta de lo mucho que deseaba convertirse en su alivio particular.

Markus negó con la cabeza e intentó levantarse.

—Generalmente no duermo mucho. —Se incorporó como si no fuera digno de recibir ningún tipo de mimo.

Leslie no iba a quedarse tumbada sobre la moqueta, en cueros, así que lo siguió, dispuesta a darle un poco de calor. De cobijo.

—¿No duermes mucho? Necesitas descansar.

Markus quería gritarle que se apartara de él. No iba a permitir que esa

mujer corriera peligro alguno por relacionarse con él.

Estaba marcado por las *bratvas*. Marcado por la fatalidad. Podría hacerle daño en cualquier momento.

Y ella... Ella estaba totalmente desnuda.

Markus se dirigió a la nevera y tomó una pequeña botella de JB. La abrió y se la bebió entera, sin pausas.

—Mierda de bar... —gruñó.

—¿Markus? A no ser que ese frasco contenga un poco de relajante, no deberías bebértelo. —Alzó la mano para quitárselo, pero ya estaba vacío.

—Y tú no deberías andar desnuda delante de mí.

—No es culpa mía que me hayas intentado estrangular y me hayas arrancado la toalla.

De repente, la habitación se hizo muy pequeña. Tenía a Leslie detrás, ofreciéndose para hablar con él, para que contara con ella no solo como compañera, sino también como amiga. Y no lo podía permitir.

—¿Te he pedido ayuda? —preguntó de forma arisca.

Leslie apretó los labios y negó con la cabeza. No. En ningún momento le había pedido ayuda, pero ella, que era experta en no meterse en asuntos ajenos, se veía obligada a involucrarse en la vida de Markus.

—No hace falta que me la pidas. La necesitas. Habla conmigo, Markus. No sé nada de ti, y mucho me temo que este asunto de las mafias y las *bratvas* te toca más de cerca de lo que parece.

—Yo no necesito hablar contigo ni abrirte mi corazón, Leslie —se burló de ella—. He venido aquí a trabajar. No a hacer terapia ni psicoanálisis. Y, mucho menos, he venido a follar. Amos y Mazmorras acabó en las Islas Vírgenes. Y mi venganza contra ti finalizó en Nueva Orleans.

—¿Venganza? ¿Te refieres a la felación que te hice?

—Sí. Y ya está. No hay más. Parece que estés detrás de mí buscando ese polvo, esa aventura que no te voy a dar. —La miró de arriba abajo—. Si necesito revolcarme, lo haré en otro lugar, con otra mujer, no contigo. Vístete, joder. Deja de humillarte.

Leslie parpadeó confusa y aturdida por sus duras palabras. Era una maestra en encajar golpes y también encajaría aquella muestra de desdén y rabia.

—Eres un cretino, Lébedev.

—Sí, y más te vale que lo tengas en cuenta. Ahora concentrémonos solo en la misión, ¿de acuerdo? —pidió, más calmado.

Leslie no iba a rebajarse de nuevo ante él. Era ella quien intentaba establecer vínculos, era ella quien se aproximaba al hombre de hielo. Pero este no quería tener nada que ver con ella. Lección aprendida.

—No tendré ningún problema en hacerlo, Lébedev. Pero dale el mismo consejo a tu polla. Es la única que tiene expectativas aquí. —Le señaló la erección que tenía entre las piernas.

Leslie se dio la vuelta y se agachó para coger la toalla y cubrirse con ella. Nunca había sentido vergüenza ni de su cuerpo ni de sus actitudes, a veces, desvergonzadas, directas y faltas de filtro; pero el rechazo tan abierto de Markus a yacer con ella, o a tener sexo, sí la hirió.

Y entendió por qué. Porque Markus era el único hombre que de verdad le llamaba; que la atraía irremediablemente a sus treinta años. El único contra era que, casualmente, se trataba de su compañero, que tenía secretos y estaba un poco traumatizado. Ah, y no quería tener nada que ver con ella físicamente.

Pensándolo bien, eran varios contras.

Leslie se metió de nuevo en el baño y sacó la cabeza por la puerta para preguntarle:

—Lébedev, ¿me llevo la pistola o esta vez, cuando salga, mi vida ya no correrá peligro?

Markus apretó los dientes y negó con la cabeza.

—No volverá a pasar.

Leslie asintió, seria, y desapareció tras la puerta.

Volvió a meterse bajo el chorro de la ducha; tal vez así podría lavarse su humillación y el agua, purificadora, se llevaría las feas palabras del soviético. Puede que el jabón lo limpiara todo.

Ella no era una jodida ninfómana. No lo había sido jamás. Más bien se comportaba como una frígida. Por el amor de Dios, ¡si a su edad todavía era virgen!

El problema era que sentir esas cosas hacia alguien era algo completamente nuevo para ella. De todos era sabido que era competente y

disciplinada en todo lo que se proponía, pero ¿quién le enseñaba cómo actuar frente al hombre que deseaba? ¿Quién le explicaba cómo encajar los desprecios cuando su corazón había salido malparado de aquel enfrentamiento?

Ella siempre había sido fuerte, casi indiferente a todo aquello que intentaba molestarla o sacarla de su espacio vital, sereno y perfecto.

Por eso se extrañó cuando, en el agua que recorría su rostro y colmaba su boca, percibió el sabor salado de sus propias lágrimas.

Markus estaba arrepentido.

Muy arrepentido. No había querido hablarle así, porque la verdad era que mentía. Deseaba acostarse con ella, y no había hecho otra cosa que pensar en eso desde que llegó a sus manos como sumisa. Desde entonces la deseaba.

Pero el deseo podía hacer mutaciones, como en ese momento; si la joven, además, era divertida, inteligente, valiente y comprensiva, como Leslie, se podría convertir en anhelo.

Anhelo por tener lo que nunca había tenido. Y él huía de cualquier vinculación afectiva, porque las vinculaciones reportaban fracasos. ¿Quién iba a querer tener nada que ver con un hombre que no sabía ni quién era?

Además, no estaba siendo justo con ella. Sus motivaciones profesionales tenían una rencilla personal.

Y Leslie era solo el medio que lo llevaría a aquel fin.

El fin de todos.

Seguramente, su propio fin.

Tal vez, entonces, las pesadillas remitirían y él podría vivir más tranquilo.

Capítulo 8

No habían dormido nada durante la noche.

Ni uno ni otro.

Markus descansó en el sofá, y Leslie en la cama.

Estaban agotados del viaje y también de su incomodidad. El silencio se había implantado entre ellos como una norma irrenunciable. Uno no invadía el espacio del otro y, simplemente, solo se dirigían la palabra para tener claros los puntos de la misión que debían emprender al día siguiente.

A las diez de la mañana llegaban los vuelos con más pasajeros. Muchos de ellos directamente desde Estados Unidos para presenciar ese macroconcierto en Hyde Park.

Se habían vestido de manera informal: vaqueros, calzado deportivo y camisetas. Markus llevaba una camiseta sin mangas negra y con capucha, unos pantalones tejanos bajos de cintura y el mismo calzado que la noche anterior.

Leslie se había puesto unas Converse rojas de bota alta semiatadas, una camiseta negra holgada de tirantes que dejaba entrever su sostén rojo y unos tejanos azules gastados.

Markus seguía viéndola preciosa, aunque apenas llevara maquillaje y se vistiera de manera casual y deportiva. Leslie continuaba siendo una belleza.

Los dos se quedaron en la cafetería de enfrente del pasillo de llegadas. Diferentes tipos de pasajeros cruzaban esas puertas con distintas expresiones en sus rostros; los ejecutivos que viajaban solo por negocios; los matrimonios mayores que en época de vacaciones visitaban a sus familiares; los que llegaban con promesas de trabajo y una vida mejor; y los que regresaban a casa derrotados porque esa misma promesa era una falacia en otros países en

los que habían ido a labrarse un futuro. Todos y cada uno de ellos tenían cabida en Londres.

Y después estaban los grupos de adolescentes y mujeres hechas y derechos que llegaban en manadas para el evento londinense y popular, ajenas a los buitres que las captarían y las acecharían para sus propios fines.

Ajenas a la posibilidad de que aquel fuera, para las más confiadas y desafortunadas, su último viaje.

Por eso los dos agentes secretos estaban ahí. Bien es cierto que no podrían detener los movimientos de todos los captadores, pero tenían un plan, uno arriesgado y extremadamente peligroso. No obstante, sin riesgo no habría victoria.

Buscaban a los ganchos: los encargados de atraer a las abejas con el olor inconfundible de la miel.

—El de la camiseta blanca, pantalones negros de pinzas y el pelo de punta y rubio —dijo Leslie.

Estaban sentados en la cafetería y desde ahí controlaban todos los movimientos desde hacía tres largas horas.

Markus también tenía vigilado al mismo sujeto.

Desde que los dos agentes habían llegado para desayunar y hacer sus respectivas guardias, el objeto de su vigilancia, un chico de unos treinta años muy atractivo y muy bien vestido, controlaba las llegadas de los aviones a través del panel de información y hacía llamadas constantemente.

A cada oleada de llegadas, miraba a todas las visitantes y llamaba en cuanto localizaba a grupos de dos o tres chicas que viajaban solas y eran atractivas.

—Míralo. ¿Ves? —decía Leslie tomándose un largo café con hielo—. Ahora sale y se va a la zona de los taxis del aeropuerto. Coge su maleta de mano, se queda allí durante una media hora y después vuelve a entrar.

—Si este es uno de los ganchos, tiene que hablar con los taxistas que formen parte de su *bratva* y avisarlos para que estén preparados. Allí, mientras espera a que lleguen, seguramente, se acerque a algunas de las chicas y entable conversación con ellas.

—Ellas responderán porque es un chico guapo y simpático, y él empezará a hacerles preguntas... Cretino —gruñó Leslie—. Ahora sale de nuevo.

El hombre se colocaba detrás de un par de jovencitas pelirrojas que escuchaban la música de sus iPods y bailoteaban felices de estar en tierra extranjera. No tendrían más de veinte años.

—Vamos —dijo Markus, dejando el dinero encima de la mesa y cogiendo a Leslie de la mano.

La agente se levantó debido al impulso y la fuerza del ruso, y caminó tras él, casi a trompicones.

—Pero ¿qué haces? ¿Markus?

Leslie solo veía la ancha espalda del agente y su pelo insolente hacia arriba. ¿Qué le había dado? ¿Por qué la llevaba así?

—Vamos a ver qué hace el guaperas.

Aquel tono no le gustó nada. De repente, Markus parecía un animal visceral decidido a arrancarle la cabeza al rubio. Y aquello no estaba dentro de sus planes. Se suponía que debían actuar con mucha discreción, pero, si seguían así, despertarían la curiosidad de los que los rodeaban.

—Tenemos que ver con qué taxis trabaja. Vamos a controlar las matrículas. Ellos nos llevarán al siguiente destino. De abajo arriba, pasando por todos los escalones intermedios.

—Pero no tenemos por qué hacerlo así —apuntó Leslie más tranquila—. Tenemos un pasaje directo al *vor*. Y lo tienes delante de ti. *¡Moi!* —Se señaló.

Markus la miró de reojo. Lo que había en la superficie de sus ojos no acabó de convencer a Leslie.

—Un momento, Lébedev. —Intentó detenerle, pero Markus iba más rápido—. No vamos a cambiar de planes, ¿verdad?

—No lo haremos. Vamos —respondió, y tiró de ella.

El chico rubio seguía a las pelirrojas de cerca. Cuando las dos jóvenes se pusieron a la cola de los *black cab*, el chico rubio las detuvo.

—Perdonad, chicas.

Las dos jóvenes se giraron. Cuando vieron al atractivo ejemplar que

tenían en frente, se miraron la una a la otra y sonrieron.

—¿Sois de aquí?

—¿Nosotras? No —contestó la más alta de las dos.

—Ah... —El chico puso cara de circunstancias—. Lo siento. Pensaba que erais inglesas.

La más bajita sonrió.

—¿Por qué has pensado eso?

—El pelo... —señaló el chico rubio con una adorable vergonzosa sonrisa—. Inglaterra está llena de pelirrojas.

Las dos chicas se rieron, y el chico aprovechó para levantar la mirada azul y clara y buscar un taxi. Su taxi particular.

—Bueno, entonces, ¿no sois de aquí?

—No... Somos norteamericanas. ¿Y tú?

—Irlandés.

Las chicas volvieron a sonreírse con complicidad.

—Entonces, ¿no me podéis ayudar? Una lástima —chasqueó, coqueto.

—Depende —contestó la más bajita, flirteando abiertamente con él—. ¿En qué te podemos ayudar?

—Tal vez lo conozcáis. Mañana por la tarde he quedado en el The Church. Y no tengo ni idea de...

—¡El The Church! —exclamaron las dos.

Uno de ellas, la pequeña, con pecas en la nariz y unos ojos marrones y grandes, dijo:

—Nosotras también vamos mañana por la tarde. Es una prefiesta que han preparado los organizadores del concierto de Hyde Park para todos los asistentes. ¿Vas al concierto?

—Sí —contestó él, más relajado—. Pero me han dicho que tenemos que ir disfrazados, con conjuntos llamativos y ropa que no tengo...

—Ropa que no pegue ni con cola, sí —añadió la alta.

—El problema es que no dispongo de ropa de ese tipo y necesitaría ir a comprar algo de eso o no me dejarán entrar. Y no sé dónde conseguirla.

—Si quieres, podemos acompañarte. Me hablaron de un sitio, en Oxford Street. Nosotras nos hospedamos en el piso de una amiga allí mismo.

El rubio miró fijamente al taxi que giraba la curva y llegaba hasta donde

estaban ellos.

—¿De verdad? Pues me haríais un gran favor. ¿No os importaría? — preguntó, acercándose a la acera y llamando al taxi.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —contestaron ellas, confiadas.

—Os doy mi teléfono —dijo el joven, dándoles una tarjeta blanca y abriéndoles la puerta del taxi—. Cuando os apetezca, me llamáis, y vosotras decidís cuándo vamos, ¿de acuerdo? ¿Me llamaréis?

Las dos jóvenes sonrieron al leer la tarjeta.

—¿Te llamas Patrick?

—Sí.

—Te llamaremos, Patrick —dijo la más bajita mientras entraba al taxi.

El *black cab* se llevó a las jóvenes del aeropuerto, y el chico rubio, cuyo nombre real no era Patrick, se dio la vuelta y sacó su blackberry negra para volver a llamar a su contacto al otro lado de la línea.

—Segundo paquete del día preparado. Voy a por más.

Markus y Leslie dejaron que el chico pasara por su lado. Escucharon sus palabras a la perfección y fotografiaron el taxi en el que las jóvenes se fueron.

—Ese coche tiene que volver. Estaremos atentos —murmuró Markus sin dejar de mirar fijamente al rubio.

—¿Has visto la mano derecha del taxista? Tenía un dragón mordiéndose la cola —susurró Leslie, agrandando las imágenes que había tomado con su teléfono móvil—. Se las voy a enviar directamente a...

—No —le ordenó Markus. Sabía que Leslie estaba decidida a informar a Montgomery y a Spurs, pero él tenía otro plan. Un plan en el que no intervenían ni unos ni otros.

—¿No qué, Lébedev? —preguntó arqueando las cejas negras y mirando absorta la mano que cubría su móvil por completo—. He hecho fotos al contacto y al taxista.

—Suelta el teléfono. Dámelo.

Leslie frunció el ceño.

—¿Qué? No. Ni hablar.

—Suéltalo, Leslie.

—¿Por qué? Tenemos que informar a nuestros superiores, Lébedev. Es una misión internacional y debemos seguir los protocolos. Por eso tenemos estos móviles.

—Ya no, Leslie. —Le quitó el teléfono. Tomó una Coca-Cola del McDonalds de la mano de un adolescente rapero y, ante el pasmo del chico, la abrió y sumergió el teléfono en el líquido frío y gaseoso.

—¡Pero ¿te has vuelto loco o qué?! —gritó ella, histérica.

—Lo siento —dijo Markus disculpándose con el chico, que no salía de su asombro—. Toma —le dio dos libras—. Ve a comprarte otra.

—Ve tú, cabrón —le increpó el chico, alejándose de él y enviándolo con su madre una y cien veces.

—Toma. —Markus, impasible, le ofreció la bebida a Leslie—. Tu teléfono.

No se lo podía creer. El único medio de contacto con sus organizaciones nadaba sumergido en una improvisada bañera de Coca-Cola.

Ahora estaban más expuestos que nunca. No tendrían respaldo. ¿Cómo llamarían a los refuerzos cuando los necesitaran? No tenían contactos de la SOCA tampoco. Se habían quedado más solos que la una.

—¿Qué demonios tramas, Markus? —preguntó, irritada y ofendida—. No puedes hacer esto.

—Ya lo he hecho.

El ruso volvió a cogerla de la mano y tiró de ella, pero Leslie se liberó con un movimiento de su muñeca.

—Voy a denunciarte, cretino.

Markus se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Si lo haces, nunca llegaremos al centro neurálgico de los traficantes de personas. Confía en mí. Sé de lo que hablo. —La poca conciencia que le quedaba sabía que se estaba comportando como un mezquino y que iba a ponerla en peligro de muerte. Pero no iba a permitir que le sucediera nada.

—Puede que tengas más experiencia en este tipo de casos, Markus. Pero hago lo mismo que tú y acabas de perderme el respeto.

—Leslie. —Markus se colocó cara a cara con ella y habló en voz baja,

con toda la sinceridad que podía permitirse sin revelar demasiado—. Eres mi compañera.

—No lo soy. No cuentas conmigo.

—Lo que vas a ver, todo lo que vas a descubrir a mi lado, no lo ha visto casi nadie en el mundo. No quiero medallas. No quiero reconocimiento. Solo justicia. Si resolvemos el caso, llévate tú todas las felicitaciones. Yo no las necesito. Pero este es el único modo que conozco para llegar al fondo de la cuestión.

Leslie ya no le creía. Su sentido común le decía que cogiera un billete y se volviera a Estados Unidos. No podía trabajar con un hombre que iba por libre y que acababa de dejarlos incomunicados.

Su honor y su profesionalidad le recordaban que aquel era su trabajo y que le habían confiado una misión que no podía abandonar por un malentendido con su binomio.

Sin embargo, su intuición, a la que casi nunca escuchaba, pues ella era más empírica, le gritaba que se quedara y le siguiera. Algo que no podía ver, una fuerza que la atraía hacia él, la empujaba a seguirle la corriente.

¿Qué era lo que Markus tenía preparado?

—¿Qué modo conoces para continuar, Markus? ¿Cuál es tu plan? —preguntó después de un largo silencio en el que los dos se midieron como agentes y personas.

—Sin normas. Sin protocolos. Mi modo. Una misión exprés.

Markus no titubeaba en su respuesta. Parecía sereno como un comandante y fiable como un capitán.

—¿Una misión exprés?

—Después de lo que vamos a hacer, jugaremos con la improvisación y también con la sorpresa. No tendremos más de cuarenta y ocho horas para dar con el Drakon. Si se mete la SOCA, el FBI y el SVR de por medio, Leslie, perderemos la oportunidad que tenemos entre manos.

—Por Dios... ¿Cuánto hace que tenías planeado esto?

—Desde el mismo momento en el que salí del caso AyM y me adjudicaron compañero. Créeme. Es el único modo de que los dos nos mantengamos con vida. Esta gente te descubre si pasas demasiado tiempo en sus círculos. No puedes confiar en nadie.

—¡Pero mentiste! ¡Mentiste a Montgomery, a Spurs, me mentiste a mí y a tus superiores! Dijiste que me utilizarías como cebo y que nos infiltraríamos.

—¡Ya me infiltré una vez y no funcionó! —protestó él con gesto severo—. Infiltrarse no es seguro ¡y menos con esta gente! No volveré a lo mismo y no arriesgaré la vida de más personas —dijo, rotundo.

Leslie frunció el ceño. ¿De qué hablaba? ¿La vida de quién había arriesgado al infiltrarse?

—No podemos actuar a pecho descubierto —repuso ella, insegura—. Solo somos tú y yo. No tenemos cobertura de ningún tipo, Lébedev —musitó anonadada—. Esto es una locura... ¿No lo entiendes?

—Me han dicho que eres la mejor compañera que puedo tener. Y creo, Leslie, que no me han engañado. Pero todavía no me has demostrado que pueda confiar en ti. En mi tierra, la palabra «compañero» abarca mucho más que ser el binomio de trabajo.

—No tengo que demostrarte nada.

—Si me sigues, lo conseguiremos juntos, Connelly. Regresarás a tu país con más galones de los que tienes.

—No me mueven los galones. Lo hago porque es lo que debo de hacer y porque hay vidas en juego.

—Pero sí te gusta que te respeten. Nadie podrá toserte si cogemos a Drakon.

Leslie meditó sus palabras.

Tenía un contacto directo a tiro. Alguien que podría llevarle a la *bratva* principal de trata de personas sin necesidad de infiltrarse demasiado tiempo y de arriesgarse a que la descubrieran y le hicieran todo tipo de perrerías. ¿Arriesgaría su vida al lado de Markus?

—Eres valiente, Leslie. Sé que te gusta la acción. Te ofrezco cuarenta y ocho horas de pura adrenalina, *Khamaleona. Delo?* —Le ofreció la mano derecha—. ¿Trato hecho?

Leslie, increíble e irremediabilmente, confió en él y aceptó su mano. No tenía nada que perder, ya estaba metida en el ajo y llena de barro hasta las rodillas.

—*Delo.*

Y confió del mismo modo en que las dos pelirrojas se habían fiado de la

bondad de Patrick. Pero, lamentablemente, ellas se equivocaban.

La pregunta era: ¿también lo haría Leslie?

—Ponte la gorra negra que llevas en el bolsillo del pantalón —le ordenó Markus mientras él se cubría con la capucha oscura de su camiseta sin mangas y de algodón—. Vamos a por el rubio.

El chico rubio acababa de entrar en el baño.

Markus y Leslie lo habían seguido. Iban a dialogar con él.

En el argot policial de ella eso quería decir interrogarlo y coaccionarlo.

En el argot de él era algo completamente diferente.

Tenían idiomas distintos, pero se veían obligados a entenderse.

La joven vigiló que nadie entrara en el aseo de chicos y para ello se encargó de robar del carro de la mujer de la limpieza, que estaba trabajando en otros baños, un cartelito amarillo de fuera de servicio.

Patrick se metió en el aseo, seguido de Markus. Leslie colocó el cartel y cerró la puerta tras ella.

El rubio levantó la mirada a través del espejo. Se estaba lavando las manos y su rostro se mostró perplejo al ver a una mujer en las dependencias de los hombres.

—Se ha equivocado —dijo sin más.

Leslie se cubrió con la gorra negra y se cruzó de brazos, mientras seguía apoyada en la puerta.

Markus estaba al lado de Patrick, lavándose las manos. Patrick le miró.

—¿Qué hace una mujer aquí adentro?

Markus se secó las manos en el dispensador de aire caliente y se encogió de hombros sin mostrar su rostro ni una sola vez.

Se dio la vuelta y cuando se colocó detrás del individuo, lo agarró del cuello de la camiseta blanca y le estampó la cara en el cristal.

Al chico no le dio tiempo a reaccionar. Las lunas le cortaron la frente y un escandaloso chorro de sangre emanó de su herida.

—Pero, qué...

—¡Las cadenas! ¡Tira de las cadenas! —le urgió Markus a Leslie, mientras metía a Patrick en un baño.

Leslie no tardó en reaccionar. Le había sorprendido la improvisación de Markus y su violencia desmesurada, pero había tomado una decisión: le seguiría y vería hasta dónde llegaban según sus métodos.

Tiró de las cadenas de tres de los retretes.

Y Markus empezó a golpear a Patrick duramente. Sus gritos no se escuchaban debido al ruido que hacía el agua al correr y al sonido del extractor de aire caliente que todavía seguía funcionando.

Sentado en la taza, con el rostro cubierto de sangre, Patrick apenas se mantenía en pie. Había recibido una buena tanda de puñetazos. Cada vez más fuertes.

—¿Tengo tu atención? —le dio un cachete en la mejilla, amoratada—. ¿Eh, guaperas? ¿Tengo tu atención, Patrick?

El rubio parpadeó atónito y su rictus cambió de la estupefacción al terror.

—No... No me mates...

—Las chicas. Las chicas que has conocido. ¿Qué harán cuando se las lleven? —Le dio otro cachetazo—. ¡Contesta!

Leslie miraba la escena, impasible.

En realidad, si ese tipo que se hacía llamar Patrick hacía lo que hacía, no merecía ningún tipo de misericordia.

—¿Las chicas? —repitió escupiendo un diente.

—Sí, joder. No hagas que pierda el tiempo. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja de doble filo, dentada—. Respóndeme o empiezo a convertirte el cuádriceps en una carnicería. Tú verás.

Patrick negó con la cabeza. No entendía cómo lo habían cazado.

—¡Respóndeme!

—¡No lo sé!

Markus apretó los dientes y miró a Leslie, indicándole con ese gesto lo que debía de hacer.

Leslie volvió a tirar de la cadena, y Markus procedió igual que antes.

Ella se dio cuenta de que era un torturador. Sabía dónde golpear para hacer sucumbir a un hombre por el dolor sin llegar a matarlo.

Sabía cómo mantenerlo consciente.

—El taxista —repitió Markus—. ¿Cuál es su número? —Metió su mano, con los nudillos ensangrentados, en el bolsillo del pantalón de pinzas de Patrick y sacó su móvil para mostrarle la pantalla a la altura de los ojos—. ¿Cómo se llama? —Ante el silencio del chico, Markus lo empezó a ahogar apretándole del pescuezo.

—¡Ye...! ¡Ye...!

—Déjalo hablar o le matarás. Está intentando decírtelo —intervino Leslie con calma.

¿A quién veía Markus cuando golpeaba a Patrick? ¿Qué era lo que registraban sus ojos? ¿Veía a ese hombre, a ese gancho? ¿Veía acaso a uno de sus fantasmas? ¿Quién era Markus y qué había perdido al infiltrarse, además de su alma?

Markus lo levantó de la taza del váter y lo sostuvo en el aire a un palmo del suelo. Que un hombre como él cogiera a otro que no era nada bajito y lo manipulara como una bolsa de gimnasio decía mucho de su fuerza bruta, y también de la adrenalina que recorría su sangre en aquel momento.

—La última vez que te lo pregunto, Patrick. ¿Cómo se llama tu contacto? ¿El taxista?

Patrick tosió e intentó abrir los ojos, pero los tenía hinchados y empezaban a amarrotarse.

—Ye... Yegor.

—Perfecto. ¿Está con ese nombre en tu agenda?

—S..., sí.

—¿Has hablado alguna vez con él mediante mensaje de texto?

—Sí..., sí...

—¿Adónde se llevan a las chicas?

—No..., no lo sé... ¡No lo sé! ¡Lo juro! Yo so..., solo tengo que atraerlas al taxi y asegurarme de que co..., cogen el que tienen que coger.

—¿El de Yegor?

—Sí.

—¿Sabes por qué?

Patrick se calló y se echó a llorar como una niña pequeña que tuviera miedo de la oscuridad o que sabía que había hecho algo muy malo por lo que tendría que dar explicaciones.

—Lo sabe. Se lo imagina —dijo Leslie, asqueada con la realidad.

—A mí me pa..., pagan por esto... Yo no sé nada más —repuso el chico rubio.

—¿Te pagan por lucirte con las niñas, figurín? —Markus le increpó golpeándole en el estómago con la rodilla. Patrick era inglés. No irlandés. Se notaba en su acento, y también en su físico. Sabía que lo que hacía no estaba bien, pero continuaba cumpliendo su cometido, y eso enfurecía a Markus, que no odiaba nada tanto como la vida fácil que se labraban los mindundis como aquel.

—Me voy a asegurar de que pagues cara tu indiferencia. Nunca podrás volver a ser gancho de nada. —Acercó la hoja de la navaja a su mejilla y esperó a que Leslie tirase de nuevo de las cadenas.

Le hizo un corte en las comisuras de los labios, como si fuera un Joker al más puro estilo *Batman*.

El rubio cayó inconsciente en su propio charco de sangre, y Leslie aprovechó para sacar una pequeña jeringa de no más de cuatro centímetros de largo e inyectárselo en el cuello.

—¿Qué mierda le pones? —Markus se limpió la mejilla salpicada de sangre con el antebrazo.

—Rohypnol. —Leslie levantó la cabeza y lo miró—. Por el amor de Dios, lávate las manos. Tienes sangre hasta en los codos. Y remójate la camiseta.

Markus sacudió la cabeza con incredulidad. Se dirigió al lavamanos y se frotó con jabón. A través del espejo estudió a la morena, que llevaba la gorra colocada de manera impoluta y perfecta. La agente le estaba inyectando la droga de la amnesia: la que utilizaban los violadores para capturar a sus presas y aprovecharse de ellas.

—Cuando se despierte, no recordará lo que le ha pasado —explicó ella—. Solo se mirará en el espejo y se dará cuenta de que se ha convertido en un monstruo. No podrá delatarnos.

—¿Dónde demonios te metes todas esas cosas, mujer? —preguntó secándose las manos en el dispensador de aire por segunda vez.

—Utiliza tu imaginación, ruso. —Leslie se levantó la parte trasera de la camiseta negra de tirantes, que le quedaba algo ancha por detrás, y guardó la jeringa metálica vacía en una especie de faja negra con compartimentos—.

¿Cuántos agujeros tenemos?

Markus no podía creerse que Leslie utilizara el sarcasmo en un momento así. Pero era una mujer diferente a todas las que había conocido. Por eso lo turbaba.

—Larguémonos de aquí —dijo Markus abriendo el *whatsapp* de la Blackberry de Patrick—. Vamos a quedar con Yegor dentro de media hora.

Leslie pasó por delante de él y asintió.

—Tenemos que pasar por el hotel y recoger nuestras cosas.

—Coge lo justo.

—Mis armas, mis bragas y mi bolsa con juguetes... —dijo, tensa—. Tengo todo ahí. Ah, por cierto, Markus...

—¿Qué?

Leslie se dio la vuelta de golpe y le dio tal puñetazo en la barbilla que lo tumbó en el suelo.

El ruso se llevó la mano al mentón y la miró sin protestar.

—La primera y la última vez que me la juegas. —Le señaló con el dedo, desafiante e irascible—. ¿Entendido? Me has metido en un lío, capullo. Vuelve a hacerlo y te prometo que no lo contarás.

—Qué agresiva, Leslie... —La miró de arriba abajo y se lamió el labio inferior—. ¿Me matarás?

—No. Te arrancaré la lengua. Y no sería la primera vez que lo hago. —Sus ojos grises refulgieron, coléricos.

Salió del baño rabiosa y dio una patada al cartel de «Fuera de servicio».

La misión había cambiado por completo. Ahora, todo lo que habían planeado conseguir en meses se veía reducido a una persecución por tierras inglesas que no debía alargarse más de dos días.

Tal vez no sobrevivirían para contarlo.

Ni él ni ella.

Capítulo 9

Yegor había recibido un mensaje de texto de Patrick en el que le pedía que, cuando dejara a las pelirrojas, se acercara de nuevo a Heathrow porque había conseguido «un tercer paquete». Le había dicho que apenas tenía batería y no podía llamar.

Al cabo de dos horas le esperaba de nuevo allí. Yegor tardaría eso. Las jóvenes estaban en Oxford, tal y como habían escuchado Markus y Leslie. Y el trayecto hasta el centro de Londres desde el aeropuerto era de una hora.

Hora de ida y hora de vuelta.

Markus y Leslie permanecían en el exterior de las terminales, los dos sin más equipaje que la bolsa que llevaban colgadas a la espalda.

La de Markus era una Calvin Klein negra de piel, lo suficientemente grande para cargar con los utensilios necesarios para permanecer con vida durante cuarenta y ocho horas en Londres y rodeados de la *mafiya*.

Leslie tenía una sencilla Michael Kors gris y negra bien pegada a los omóplatos. Sentía las cartucheras de sus dos armas, que le rozaban la parte baja de la espalda. Las tenía por dentro de la camiseta ancha de hombre que llevaba. Estaba más nerviosa y excitada que nunca.

Durante años había deseado enfrentarse cara a cara con los mafiosos, poner su mundo patas para arriba, como hacían en las películas.

Siempre creyó que era una falacia y que las películas de Hollywood se pasaban de fantasiosas. Al único al que había creído en su papel había sido a Liam Neeson, y también a Matt Damon en su serie de Bourne.

Sin embargo, uno siempre pensaba que las escenas en las películas eran fruto de la exageración. Pero ella ya no pensaba así.

Las personas podían actuar como quisieran y cuando quisieran, tal y

como habían hecho ellos en los baños del aeropuerto. Durante cinco largos minutos, los que había necesitado Markus para dejar inconsciente a Patrick y darle una paliza, alguien podría haber entrado en el baño. Podrían haber ignorado el cartel de fuera de servicio y llamar a la puerta.

Leslie no les habría abierto, por supuesto, pero todo podría haberse desarrollado de otro modo.

¿La clave para que todo hubiera salido bien?

Su naturalidad y su falta de escrúpulos. Actuar fríamente, sin fisuras ni entretenimientos vacuos, proporcionaba una tranquilidad y un disimulo fuera de lo normal.

Eso había propiciado que se encontraran a un paso de meterse de lleno en el primer escalón de la cadena de las mafias. Y, por lo visto, iban a ir a por todas.

Leslie miró a Markus, el cual, la estaba observando a su vez de un modo intrigante mientras se frotaba la barbilla.

Lo cierto era que no tenía muchas ganas de hablar con él.

Había tirado su teléfono de contacto con el FBI, y la había dejado con el culo al aire. Mientras que él conservaba el suyo y estaba un paso por delante de la investigación en todo.

Leslie solo conservaba su pasaporte, el falso que le habían facilitado al inicio de Amos y Mazmorras, y su tarjeta de crédito, que estaba vinculada a una cuenta en el extranjero. Si la cogían, a menos que ella no hablase, no podrían identificarla.

Como mínimo, su tapadera seguía siendo de fiar.

De repente, Markus se sentó a su lado y, sin dejar de mirarla con sus penetrantes ojos amatista, le dijo:

—A partir de aquí, empezamos los dos de cero, Leslie. Ahora sé tanto como tú.

Ella sonrió, incrédula.

—Deja de decir estupideces, ruso. Sabes mucho más que yo, porque tú estás familiarizado con esto. Belikhov dijo que querías ser un *vor v zakone*, que tus tatuajes te delataban y que habías traicionado el código de los ladrones de ley. ¿Crees que soy imbécil? Entiendo que lo que fuera que hiciste a las órdenes del SVR te metió de lleno en las *bratvas* de las cárceles

rusas. Y que lo que fuera que te sucedió ahí te ha reportado varios estigmas. —Eché un vistazo a sus brazos tatuados no solo con tribales, sino con alambres metálicos con pinchos. ¿Por qué no los había visto antes? Estaban difuminados con los tribales, pero, si observabas bien, podías ver que se unían unos con otros hasta que vislumbrabas dibujos en el interior de los dibujos. Era un mapa—. Calaveras, cruces invertidas, gatos, alambres, estrellas, tribales... Todas tus marcas hablan sobre ti. Mi pregunta es...: ¿hasta qué punto te has metido de lleno en su mundo, Lébedev?

Markus apretó los dientes y la miró iracundo.

—¿Qué estás insinuando, *vedma*? ¿Crees que estoy de su parte?

—No tengo ni idea. —Se encogió de hombros—. No te conozco y haces cosas que no me gustan. Solo sé que, hasta que no me cuentes la verdad, tendré que convertirme en una puta estrábica, y utilizar un ojo para controlar a los miembros de la *mafiya*, y otro para controlarte a ti.

—Yo no te traicionaría jamás. No intentes ofenderme.

—Ya lo has hecho —contestó ella, clavando sus ojos grises en los de él—. Me has obligado a jugar tu juego, ¿no? Pero ¿sabes una cosa?

Markus negó con la cabeza, aunque se mostraba visiblemente afectado por aquellas palabras.

—Que si me hicieras partícipe de lo que piensas, de lo que hiciste... Tal vez yo...

—No. No hace falta ese tipo de proximidad entre nosotros. Solo tenemos que trabajar bien juntos. No tenemos por qué hacernos amigos. Yo no soy Lion Romano.

Aquello la enfureció.

—Yo tampoco soy mi hermana Cleo. No te estoy pidiendo que me abras tu corazón, memo. Solo te he dicho que, si quieres que me involucre más y ponga algo más que mis sentidos para salvar mi pellejo, podría ayudarte, podría entenderte. Podría darte más de mí incluso.

—Ya te he dicho que eso no me interesa ahora...

—No te confundas conmigo. No te estoy hablando de nada emocional, que no te entren los miedos... —apuntilló con ironía y despecho—. Créido gallina...

—No tengo miedo...

—Déjame que lo dude. —Lo miró de reojo y clavó la vista al frente. El taxista que esperaban estaba llegando. Exhaló, ligeramente cansada—. Está bien, Markus. Como quieras. —Se apartó de la pared en la que ambos estaban apoyados y se recolocó bien la gorra—. Prepárate, el tal Yegor está al caer.

Markus se quedó mirando a Leslie y la admiró todavía más de lo que ya lo hacía.

La chica no solo era valiente, sino que sabía plantarle cara a su situación y, sobre todo, a alguien tan borde y huraño como él.

Pero era lo mejor para los dos: las distancias.

Suficiente hacía con no dejarse llevar por sus ojos y su cuerpo, como para encima tener que preocuparse de acorazar también su corazón.

No lo iba a permitir.

Los que llegaban a él morían uno a uno.

Leslie Connelly había tenido la mala suerte de cruzarse en su camino y de trabajar a su lado, pero ella debía vivir.

A ella no se la llevarían.

—Pero ¿qué demonios están *haciendo* aquí? ¡Salgan de mi taxi!

Yegor era un hombre moreno de piel, con pronunciadas entradas, un bigote negro muy fino y los dientes blancos y separados. Llevaba gafas de pasta marrón y tenía un tatuaje de un dragón que se mordía la cola en el espacio entre el pulgar y el índice del dorso de su mano derecha.

Escuchaba el *Light them up* de Fall Out Boy.

Por supuesto, esperaba que un nuevo paquete entrara recomendado por su compañero Patrick; sin embargo, en vez de eso, se habían subido en su coche un hombre y una mujer, y ni siquiera habían esperado a que llegara al inicio de la larga cola de clientes.

No veía a Patrick por ningún lado y, para colmo, el hombre, que parecía un punk enorme de ojos embrujados, había tenido la desfachatez de sentarse delante, a su lado.

En el asiento de detrás, una mujer de piel blanca y esbelta miraba al frente. Pero no podía vislumbrar sus rasgos, ya que los tenía cubiertos por una gorra negra lisa.

—Vas a hacer lo que yo te diga si no quieres que te agujeree el estómago.

—Markus cubría su Beretta con la mano en la que tenía tatuada las calaveras.

—¿Eres de las *bratvas*? —El hombre miró los tatuajes de sus dedos y preguntó horrorizado—: ¿De quién?

Lo primero que hizo Leslie fue cogerle del músculo que unía el cuello con el hombro y presionarle lo suficientemente fuerte como para que supiera que estaba de todo menos a salvo.

—Haz lo que te dice mi compañero.

Yegor gruñó de dolor, encogiéndose como un hombre débil y sin fuerzas.

Mientras Leslie utilizaba sus puntos de Hapkido, Markus desconectó la radio y le quitó el móvil del pantalón. Se lo guardaba junto con el de Patrick y le indicaba que siguiera todo recto hasta coger la autopista.

—¿Tu taxi tiene chip?

—No... No.

Markus levantó el brazo y le golpeó el pómulo con el codo.

—*Ne, ne...* No me has entendido.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó en *fenya*.

—No te importa quién sea yo —contestó Markus en el mismo idioma—. Lo único que importa es quién quieres seguir siendo tú. ¿Hombre vivo o hombre muerto? Responde. ¿Tu taxi tiene chip localizador?

El hombre tragó saliva y asintió con la cabeza, nervioso.

Leslie se sacó su mochila y se la puso sobre las piernas; la abrió y tomó entre sus manos un pequeño estuche de color negro. Deslizó la cremallera y sacó un dispositivo circular y metálico. Se lo dio a Markus, para que este lo colocara sobre la consola del coche.

—Antes de nada, déjame mirar la última dirección que has puesto en el monitor GPS. —Markus buscó en el menú la última calle grabada y salió Portman St con Oxford Street—. ¿Las dos chicas que has llevado viven aquí?

—Sí —contestó él acobardado.

—¿Cuándo las van a ir a buscar?

—No..., no estoy seguro...

—¿No estás seguro? —El ruso le puso el cañón de su Beretta en la sien—. Asegúrate.

Mientras le amenazaba le dio una vuelta al anillo rotor metálico del dispositivo y, de repente, la radio, el GPS y las pantallas eléctricas del taxi

dejaron de funcionar.

—Piensa bien lo que me vas a responder, porque no van a encontrar este coche, y puede que tampoco encuentren tu cuerpo. Dependerá de cómo me contestes...

—Al anochecer. Primero recogerán a las dos hermanas. —Hablaba de las dos pelirrojas—. Después irán a por las otras dos.

—¿Qué otras dos?

—Una chica en el dos de Grafton Square; una rubia americana y... otra más; una morena, de ojos claros, en el número uno de Princeton St.

Markus y Leslie se miraron a través del retrovisor y los dos pensaron lo mismo.

—¿Qué harán con ellas? —preguntó Leslie.

—Las pasarán por la criba.

—¿Qué es la criba? —Markus empujó su cabeza con el cañón de la pistola.

—Un local... móvil. No..., no tiene lugar fijo, es una especie de club clandestino donde se reúnen las *bratvas*. Valoran a las chicas y el brigadier decide entregarlas a unos o a otros compradores, dependiendo de lo que exijan.

—¿Cómo se llama el brigadier?

—Ilenko.

Ni un milímetro de su cuerpo se movió. Estaba paralizado, sumido en sus recuerdos.

Ilenko... Ilenko salió en el vídeo que le pasaron en la cárcel.

Ilenko y Tyoma. Ambos habían sido compañeros de celda, ambos se enteraron de que había violado el código de los ladrones. Ambos hicieron de sicarios para el *Pakhan* que estaba a cargo de su evolución como ladrón de ley dentro de la cárcel.

Ambos le jodieron.

Y ahora tenía a tiro a uno de ellos.

Por fin.

—¿Estará ahí la *bratva* al completo? —preguntó con los ojos rebosantes de promesas de venganza.

Yegor no quería decir nada más, pero ya estaba muerto de todas maneras.

Los sicarios de *Pakhan*, que era el jefe máximo de la *bratva*, lo matarían y lo marcarían por chivato.

—No..., no... No lo sé.

—¡Sí lo sabes! —gritó Leslie cogiéndole de la nuca. Yegor dio un volantazo. Markus quien recuperó el control del coche.

—¿Quién estará allí? —preguntó la agente.

—No sé... ¡Estarán los *boyevik*! Y el brigadier.

—¿Ilenko? —repitió Leslie.

—Sí. Pero no podréis llegar a él... Es imposible. Los asesinos os degollarán antes de que le echéis vuestro aliento. No os podéis enfrentar al ejército del Drakon. Es altamente improbable que salgáis con vida de allí.

Markus se acercó a Yegor para hablarle al oído.

—También era imposible que David ganara a Goliat. Y lo hizo.

Yegor observó a Markus de soslayo, como si le perdonara la vida.

—Este Goliat es invisible, asesino. —Le escupió en la cara.

Markus se limpió el rostro con el antebrazo y sonrió diabólicamente.

—Nadie es invisible para el demonio.

Cuando el taxi llegó a una zona descampada todavía fuera de la periferia londinense, hizo que se detuviese.

—Les, avísame si ves que llega alguien —pidió el ruso, sacando a Yegor del taxi a trompicones.

—¡Por favor! ¡Por favor! —Yegor buscaba la complicidad de Leslie—. ¡No dejes que me mate!

Ella desvió la mirada, impasible, hacia Markus y contestó.

—Avísame tú cuando acabes —contestó sentada en el capó del coche.

Les cubría un alto cerco de árboles que solo podría verse desde la autopista. Estaban resguardados de la vista de los conductores y nadie podría adivinar que tras la frondosa vegetación que había en el horizonte, un miembro de la mafia rusa estaba siendo apaleado por un agente de la SVR.

Leslie escuchaba los gritos de dolor y sufrimiento de Yegor, y se sorprendía de que no llegara a estremecerse.

En realidad, ella podía ser muy dura y fría, pero no era partidaria de torturar a nadie. No tenía estómago para ello. Sin embargo, admiraba a aquellos que debían acometer ese trabajo.

¿De qué estaban hechos? ¿Cómo podían martirizar a alguien y continuar, a pesar de las lágrimas y los gritos de pánico?

¿A pesar de la sangre y las súplicas?

Tal vez porque ¿eran personas que habían experimentado aquel tipo de tortura en sus propias carnes? No lograba entenderlo, pero, aun así, ella estaba siendo cómplice de aquella tortura, al no hacer nada por evitarlo.

Y no lo haría. Porque tenía *in mente* a todas las mujeres que ese hijo de puta había llevado a sus casas para que luego las secuestraran y vendieran sus vidas y su sexualidad.

Markus salió de entre los árboles. Como siempre, se había manchado las manos de sangre. En su mano derecha tenía un puño americano tintado de rojo. Se lo quitó mientras se acercaba a Leslie. Respiraba con tranquilidad, como si desfigurar a un hombre fuera su pan de cada día.

—Inyéctale lo que te dé la gana.

Leslie lo miró de reojo al pasar por su lado.

—Supongo que sigue vivo, ¿no?

Markus se encogió de hombros.

Ella siguió hacia delante y se internó en la frondosidad de aquel claro inglés entre la maleza. La maleza de la vida y de la naturaleza.

Cuando vio lo que había quedado de Yegor, supo que si Markus no lo había matado, aquel hombre desearía morir en cuanto se despertara.

Se acuclilló frente a él y, con la jeringa entre sus dedos, se preguntó si era justo emprender la ley del tali3n.

Al hacer aquello, ¿no se convertían tambi3n ellos en monstruos?

Despu3s de dejar atr3s a Yegor en el bosque, cogieron el coche y se dirigieron a Oxford Street.

Markus hizo dos llamadas a la polic3a inglesa. Les llamaron para darles el chivatazo de que en el n3mero dos de Grafton Square y en el n3mero uno de Portman con Oxford Street, se iban a realizar sendos secuestros. La polic3a deber3a quedarse en esas casas y esperar a ver si la noticia era verdadera, que lo era.

A esas alturas sabr3an que tanto 3l como Leslie no daban se3ales de vida, y, si recib3an una llamada an3nima, sabr3an que hab3a sido uno de ellos quienes hab3an alertado a las autoridades, por eso no avisaron directamente a

los miembros de la SOCA.

Detuvieron el coche frente al uno de Princeton St. La chica que se hospedaba ahí, y a la que iban a secuestrar, era una morena de pelo liso y ojos claros. Como Leslie.

Iban a dar el cambiazco. Sería a Leslie a la que se llevaran.

Para ello se presentaron en la casa de Princeton y llamaron a la puerta al grito de «¡Su pizza!».

La chica, esbelta, sonriente y asombrada, miró atónita a Markus.

—¿Es usted Clarie? ¿Ha pedido una pizza? —preguntó con dos cajas del Pizza Hut en las manos.

—¿Clarie? No, Clarie es la dueña de la casa. Pero no está. Está en España, en Barcelona.

—Ups. —Markus sonrió con fingida dulzura—. Entonces, usted no es Clarie. Pero alguien ha llamado desde aquí —insistió, como si no comprendiera qué estaba pasando.

—Bueno, pues yo no —dijo la joven apoyándose en el marco de la puerta y mirando las pizzas con interés—. ¿Qué harás con esas pizzas?

—Las devolveré, supongo.

—¿Tienes mucho trabajo?

—Esta es mi última entrega de hoy.

—Hum —murmuró la joven de modo conspirador—. ¿Tienes hambre? ¿Las compartimos? —Sonrió, tonteando con descaro.

Leslie, oculta tras el marco de la puerta, puso los ojos en blanco. ¿Qué demonios tenía Markus que atraía a las mujeres de ese modo? Y, además, ¿esa chica no tenía ni una sola neurona decente en su cabeza? ¿Cómo se atrevía a invitar a alguien que no conocía a una casa que no era la suya?

—De acuerdo...

—Sofía —se presentó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien, Sofía.

—Pasa, por favor.

Cuando Sofía se dio la vuelta para entrar en la casa, esperando que Markus la siguiera hasta su interior, fue Leslie la que se adelantó, empujando al ruso con brusquedad y tocando en un punto en la nuca de Sofía que hizo que la morena cayera desmayada e inconsciente al suelo.

Markus arqueó las cejas castañas oscuras y sonrió.

—¿No hay inyección para ella? —Leslie lo miró enfadada.

—Es un punto llamado «sentido común», y se lo he tocado para que no se olvide nunca de él. No voy a desperdiciar una de mis inyecciones con una fresca de este calibre.

—Oh, vaya, vaya... —Markus cargó a la joven entre sus brazos—. ¿La llamas fresca por coquetear?

—No, Lébedev —repuso ella—. La llamo fresca por invitar a una casa que no es suya a un hombre que reparte pizzas que no ha pedido. Corrijo: fresca descerebrada.

—No. Es una mujer confiada, no es descerebrada. ¿Dónde la pongo?

—Es una petarda que se ha dejado llevar por un tío bueno.

Él se echó a reír y decidió no insistir en esa descripción de su anatomía. Pero..., finalmente, las ganas de saber más le pudieron.

—¿Le parezco un tío bueno, agente Connelly?

—Oh, por favor. —Leslie bizqueó—. Ahora no me vengas con esas... No voy a bailarte el agua, guapo. Déjala dentro del armario. Cuando vengan a llevársela, registrarán las habitaciones para asegurarse de que está sola de verdad. En el armario no buscarán. Seguro que tiene un habitáculo de resguardo. Esta casa es de gente adinerada.

Y lo era. Lámparas de piedras de cristal que refulgían con la luz del sol que entraba por las ventanas. Suelos de madera pulida, chimenea, altos techos, muebles de diseño, sofás de piel, esculturas de artistas de renombre y cuadros de pintores famosos. Cuadros auténticos.

—La amiga de Sofía es rica —repuso Markus entrando en una de las habitaciones y abriendo el armario de par en par. Golpeó las paredes con los nudillos y escuchó sonido hueco al golpear el lateral—. Bingo. Un armario con un escondite secreto. —Retiró el panel móvil y metió el cuerpo inconsciente de Sofía en el interior oscuro—. ¿Cómo lo has sabido?

—Soy así de lista.

—Tienes uno, ¿verdad?

—Claro, Lébedev. Ahí meto los cuerpos decapitados de mis amantes. —Se dio media vuelta para dirigirse al comedor y atacar las pizzas—. Y estoy hambrienta, así que, como no te des prisa, voy a hacerte lo mismo que les

hiciste a todos los niños de nuestro vuelo.

—¿Qué les hice?

—¡Les dejaste sin comida! —gritó, fuera de la vista del soviético.

Markus se echó a reír en voz baja para que Leslie no descubriera que tenía sentido del humor y que le encantaba el de ella.

La agente Connelly era una bomba de relojería. Y aunque no lo quería, sabía que, estando con él, en cualquier momento podría cortar el cable equivocado y hacer que explotara en el aire.

Y empezaba a sentirse mal, incómodo.

¿De dónde salía aquel temor?

La siguió hasta el salón.

Leslie se había sentado sobre la mesa maciza de mármol negro, como si no le importara romperla ni malograrla. Tenía un pie cruzado sobre el otro y balanceaba las piernas adelante y hacia detrás, mientras saboreaba un trozo de pizza carbonara de las que ellos mismos habían pedido para crear el ardid y entrar en la casa sin levantar suspicacias.

—Diossss... —dijo Leslie cerrando los ojos con gusto y permitiendo que el queso se estirara en su boca y colgara de la pizza como un chicle aceitoso y amarillo—. Hazme un favor.

—¿Qué quieres? —Se detuvo en el marco de la entrada del salón.

—Ve a comprarte otras. Estas son mías.

—Ni hablar.

—Ya —protestó, indiferente—. Sabía que no cederías. Al menos, ve a la cocina, abre la nevera y consígueme algo de beber. Estoy sedienta. Yo ganaré tiempo antes de que me dejes sin porciones.

Cuando Markus desapareció de su vista, Leslie se convenció de que iba a cambiar las cosas entre ellos.

Necesitaba relajar el ambiente. Estaba decidida a acercarse a Markus más personalmente y necesitaba cogerlo con la guardia baja.

Hasta ahora, todo lo que había descubierto sobre él había salido de boca de aquellos a los que acechaban.

Sabía que Markus se había infiltrado con el objetivo de ser *vor v zakone*, según Belikhov, pero una violación del código de honor le alejó de su objetivo de convertirse en un ladrón de ley respetable.

¿Después de incumplir el código? ¿Qué fue lo que le sucedió? ¿Cómo cambió su misión?

Y, lo más importante, ¿qué significaba aquello de *Dina*?

Markus había traído cuatro cervezas y una botella de Coca-Cola light. Estaba sentado sobre la mesa, al lado de Leslie, y disfrutaba de un apacible silencio en compañía de alguien con quien no le resultaba violento no hablar.

—Traigo Coca-Cola para las niñas —había dicho en tono de broma.

—Perfecto, ¿las cervezas son para mí? —repuso Leslie siguiéndole el juego y con la boca llena de pizza.

Ahora atacaban las porciones, intentando hacer una competición para comprobar quién de los dos se las comía más rápido.

La violencia, la acción y el estrés activaban el hambre, y los dos engullían ansiosos aquel plato italiano como si no existiera nada más que ellos y satisfacer sus necesidades básicas.

—Jesús... Este pepperoni está para correrse.

Markus sonrió y la miró como si quisiera desmontar un puzle, o al revés, como si quisiera comprender cómo estaba montada la agente Connelly.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella, relamiéndose una pizca de tomate que había quedado descuidada en la comisura de su boca.

—Me encanta ver cómo disfrutas comiendo.

—¿Te gusta verme comer?

—Hay pocas mujeres que, estando como tú estás, se sientan a gusto comiendo como un zampabollos ansioso, delante de un hombre.

Ella sonrió.

—¿Me acabas de llamar zampabollos? Olvidas que tú no eres un hombre. Eres el monstruo de las galletas: el terror de los niños. Me puedo permitir el lujo de arrasar con la comida en tu presencia. Es eso, o morir de hambre a tu lado.

Markus se echó a reír y se metió la corteza de la pizza en la boca.

—Eres graciosa, Connelly.

—¿Graciosa? Ya... —Decidió seguir con su broma un poco más allá—. Te pongo muy cachondo, admítelo. Por eso me tratas mal... Te gusto tantísimo que quieres regalarme ositos de peluche y anillos. No te avergüences... —dijo, segura de sí misma, a sabiendas de que aquello incomodaría a Markus.

—No me avergüenzo —replicó él—. Me pones cachondo. Pero no del tipo de ositos y anillos, sino de la clase de ponerte a cuatro patas y tirarte del pelo mientras te follo. Del tipo de decirte guarradas al oído y de comerte entera como haría con una bola de helado.

Leslie, estupefacta, lo miró a los ojos y tragó la masa que tenía en la boca.

Glups. ¿Y ese ataque repentino de sinceridad?

«JO-DER. Se me va a ir la conversación de las manos».

—¿Qué has dicho?

—¿Qué? ¿Pensabas que solo tú podías ser osada, agente? Yo también lo soy —aseguró, fulminándola con la mirada—. Y mucho. Pero serlo aquí no nos lleva a ningún lado. Así que no tenses demasiado la cuerda o podríamos echarlo todo a perder.

—Juraría que reconocer que quieres follarme a lo bestia ya es tensar mucho la cuerda, ruso. Pero, allá tú. —Alzó las manos como si fuera inocente de los cargos—. Tal vez en tu país eso no es del todo fuerte.

—¿En mi país? —continuó él dando un largo sorbo a la cerveza con tequila—. Mi país está teñido de corrupción, Leslie. Nada es ya demasiado fuerte. Asesinan a gente en las calles por ajustes de cuenta entre *bratvas*, y ya nadie se sorprende ni se acongoja por ello. Matan a mujeres, secuestran a niños: chechenos, albanos-kosovares, georgianos... Todos están en el negocio de las mafias. Si quieres sobrevivir, si quieres asegurar tus negocios o si solo quieres ganar dinero, tienes que estar dentro. —Hablabla con amargura y desprecio hacia su tierra—. Decirle a una mujer que la deseas no es nada del otro mundo.

Guau. De repente el ruso hablaba de algo serio y que lo afectaba.

—¿Cómo fue crecer ahí?

Markus no sabía qué hacer.

¿Le explicaba la verdad? No. Nadie debía saber demasiado de él, era una de las normas de su trabajo. Pero aquella chica le hacía sentir bien y a salvo;

seguro, como solo el mejor confidente puede lograrlo. Y en su vida solo había tenido dos. Tristemente, las dos personas estaban muertas.

—No me vas a decir nada, ¿me equivoco? —preguntó Leslie mirándolo compasiva—. Debe ser duro no poder confiar en nadie, Markus. —Quiso acariciarle la espalda y abrazarlo como a un niño, pero si lo hacía, teniendo en cuenta el carácter esquivo de aquel hombre, la apartaría como a una mosca. Como había hecho la noche anterior en el hotel Ibis.

—Hablemos de otra cosa —sugirió él de pronto—. Nada de hablar de mí. Yo no soy importante.

—Como quieras. —Leslie se repuso del nuevo varapalo y de la tajante actitud de su binomio y cogió otro trozo de pizza carbonara—. ¿Cómo funciona una *bratva* exactamente?

Markus, al ver que Leslie tocaba terreno neutral, se relajó.

—Siguen una estructura piramidal, parecida a la de la Cosa Nostra, pero mucho más difíciles de desentramar, porque son más complejas. Yo los divido en dos partes. La parte baja de la *bratva* está constituida por el *shestyorka* y los *boyevik*. Los *shestyorka's* todavía no están dentro de la banda, pero hacen trabajos para ellos, para poder entrar: son los asociados.

—¿Patrick era un asociado?

—Sí, eso es. Patrick no está dentro de la banda, pero hace encargos para que lo tengan en cuenta.

—¿Y los *boyevik*?

—Son todos guerreros y forman parte de la cúpula de protección de la parte superior de la *bratva*. Están divididos en cuatro grupos: grupo de élite, de seguridad, de apoyo y unidad de trabajo. Yegor, el taxista, forma parte de la unidad de trabajo de la banda. Digamos que son captadores y facilitadores de presas.

—¿Y la segunda parte de la *bratva*?

—Son los auténticos líderes. El brigadier dirige la célula constituida por los guerreros que forman los grupos y las unidades. Todos hacen trabajos distintos, y eso lo controla el intermediario, que es el que informa a la cúpula superior del trabajo que realizan sus soldados. La cúpula superior —enumeró cogiendo la botella de CocaCola— son los peces gordos. Los verdaderos jefes de todo el entramado. Está el *obshchak*, que es el cobrador; el *sovetnik*,

esto es, el consejero mayor; y el *pakhan*, que es el gran y único jefe.

—Drakon.

—El Drakon.

—Markus... —dijo Leslie de repente—. ¿Conoces al *pakhan* personalmente? ¿Es de él de quien quieres vengarte?

Miró a Leslie, que clamaba por una respuesta, que exigía que la iluminara un poco, pues estaba perdida y a la deriva con él.

Había cosas que no le podía contar; otras que sí. Aquella era una pregunta que podía responder con sinceridad.

—Leslie... Me interné en los *gulags* soviéticos buscando las conexiones internas del *pakhan* que lleva parte de la trata de personas en todo el mundo y que blanquea el dinero en nuestro país. En Rusia hice de todo... No estoy orgulloso, pero me tenía que labrar mi propia reputación y hacer que los presos confiaran en mí.

—¿Mataste?

—Sí. Por salvar mi vida, por supuesto que sí —contestó sin dudar.

Leslie no iba a recriminarle nada ni por asomo. Infiltrarse conllevaba riesgos; arriesgar la vida y luchar por ella era uno de ellos.

—Yo también hubiera hecho lo mismo. Si el caso de Amos me obligase a matar, créeme que no dudaría en apretar el gatillo.

—No tienes ni idea de lo que he llegado a hacer... Rusia es un reino olvidado. Y es en los reinos olvidados donde todos pierden el corazón.

—¿Allí perdiste el tuyo? ¿Ya no tienes corazón? —preguntó cautivada por su expresión salvaje.

—Hay algo que late en mi pecho, pero no me vincula con nada. Es solo un motor.

—¿Lo olvidaste o lo perdiste?

—Decidí olvidarlo —replicó escuetamente, mirando al frente sin ver nada en realidad—. Decidí dejar de sentir.

—No seré yo quien te juzgue —aseguró ella, empática.

Markus había sufrido mucho. Detrás del hielo y la escarcha, residían los restos de una hoguera.

Él se sintió reconocido y agradecido con sus palabras, así que continuó.

—Hice amistad con el ladrón de ley más temido de mi *gulag*. Se llamaba

Tyoma. Era un tío sangriento e iracundo, pero muy inteligente. —Se limpió con la lengua las migas de comida que le quedaban entre los dientes—. Si le caías bien, le mostrabas pleitesía y matabas para él, te ofrecía su amistad sin dudar. Compartí celda con él y me hice amigo suyo. Se estaba preparando para ser un *vor* dentro del mercado negro y de la prostitución. El vecino de nuestra celda, Ilenko, era su mano derecha.

—Así que conoces a ese tal Ilenko de la cárcel —susurró; no le sorprendía. Tenía dos opciones: o lo conocía de haber coincidido con él en la calle, o lo conocía de la cárcel. Al final, la segunda opción había resultado ganadora. Lo que estaba claro era que lo conocía—. Vi tu rostro cuando Yegor lo nombró. Le conocías.

—Sí. Tanto a Yegor como a Tyoma. A los dos. Si todo iba bien, Tyoma iba a salir antes que yo de allí y me facilitaría el acceso a la *bratva* del *phakan* más famoso de entonces. El que movía todos los hilos —aclaró con voz críptica—. No es nada fácil introducirse en las *bratvas*. Por eso la mejor escuela de preparación es el mundo sin ley y sin escrúpulos de los *gulags*.

—Claro, como hacen con las maras y los yakuzas... —dijo—. Y... ¿qué pasó?

—¿Perdón?

—¿Qué sucedió para que acabaras haciendo de amo de un torneo de BDSM y no directamente dentro de la cúpula de una *bratva* que querías dismantelar?

Markus tornó su mirada caliente y rojiza en una expresión vacía y llena de resentimiento.

—Tyoma e Ilenko salieron antes que yo. Una vez en la calle, indagaron sobre mí y descubrieron algo que no les gustó...

—Violaste el código de los ladrones.

—De alguna manera, sí. Y ellos... Bueno, ellos se encargaron de solucionarlo a su modo. —Los músculos de la mandíbula le palpitaron con rabia—. Cortaron mi mancha de raíz.

—¿Tu mancha? ¿Qué te hicieron, Markus?

Lo que hicieron era el motivo por el que Markus había seguido adelante con todo aquello y había aceptado ser el domador de un mafioso hijo de puta. Estaba de vuelta de todo y de todos. Y arrasaría con su objetivo sin importar

a quién pisoteaba.

Las casualidades de la vida, que siempre daba segundas oportunidades, había hecho que el caso de Amos tuviese relación directa con la *bratva* del *pakhan* para el que trabajaba Ilenko y, seguramente, también Tyoma.

¿Cómo se había relacionado todo?

Yuri Vasíliev había adoptado la personalidad de Venger en el torneo de BDSM de Dragones y Mazmorras DS. Markus y el SVR habían seguido sus pasos como mafiosos y blanqueadores de dinero, hasta que había llegado a la conclusión de que era la familia Vasíliev, multimillonarios a cargo de la empresa siderúrgica más importante de Rusia, la que con su interminable poder financiaba a las *bratvas* de trata de blancas, pornografía y tráfico de drogas. Y eso los llevaba directamente de vuelta al principal *phakan* que Markus buscaba. Al Drakon.

—Digamos —continuó el mohicano— que tuve que asumir mi error... Violar los códigos merece un castigo. Sin embargo, otro *pakhan* relacionado con el tráfico de drogas y de esclavas, que tenía en su poder otra parte de la cárcel controlada, me ofreció trabajar para él como domador de sumisas que serían vendidas posteriormente a sus acaudalados clientes.

—¿Decidiste trabajar para la competencia? ¿Te fuiste con otro *pakhan*?

—Sí. Necesitaba a un dominante que preparara a las mujeres para sus compradores sádicos. Probaría la derivación de popper y cristal con ellas, y, si todo salía bien, entraría a trabajar con él. Me marcaron el cuerpo para que los demás supieran que había transgredido el código. —Se tocó el interior del bíceps derecho—. Y, aun así, quisieron que trabajara para ellos, pues confiaban en que ya no tenía nada más por lo que preocuparme y así podría centrarme solo en el trabajo para la mafia. Tuve que empezar de cero y trabajar como un *shestyorka*, un asociado.

—Fueron condescendientes —dijo Leslie, sorprendida, intentando fijarse en el tatuaje del interior del bíceps, que apenas se veía porque lo recorría el tribal—. Normalmente, matan a los traidores.

—Necesitaban a alguien como yo —repuso él.

—¿Alguien como tú?

—Dentro del *gulag*, me llamaban el Demonio. ¿Por qué crees que era?

—Si no me lo cuentas, no lo sabré. Pero, últimamente, los motes están

sobrevalorados... Yo llamaba a mi jefe Hulk y no era un bicho verde.

Markus parpadeó y sonrió.

—Dios, no me lo puedo creer... —dijo Leslie, sorprendida—. ¿Empiezas a coger mis chistes?

—No —contestó muy serio, aunque se le escapaba la risa—. Retomando el hilo... Mi mediador sería Belikhov.

—Así fue como os conocisteis.

—Exacto. Él me facilitaba a las chicas... El *pakhan* para el que él trabajaba tenía negocios con el *phakan* al que yo perseguía. Me dijeron que el jefe se pondría en contacto conmigo una vez que acabara todo el torneo y me haría miembro de su banda, cosa que —se bajó de la mesa de un salto— nunca sucedió..., porque el FBI se metió por medio y echó por tierra todo mi plan.

—Pero sabías que Belikhov podría darte el chivatazo. Por eso le interrogamos... —Leslie se quedó sentada sobre la mesa, viendo cómo Markus se crujía el cuello y rotaba la cabeza arriba y abajo.

—Sí.

—Y eso te ha llevado al *phakan* originario, al que se encarga de la trata y de los secuestros. Al Drakon. Para el que, curiosamente, trabaja Ilenko como intermediario. Incluso puede que Tyoma también esté en la cúpula superior. ¿Cuál es su nombre? ¿Quién es?

—Eso es lo que voy a averiguar. Hay una leyenda alrededor del Drakon. Decían que era inmortal, que nunca moría. Nadie lo ha visto jamás.

—¿Y crees que nosotros podemos dar con él?

Markus se encogió de hombros y contestó:

—Por ahora, estamos dentro de su *bratva*, y él no tiene ni idea. Y pronto habrá una reunión de compradores entre los que estará el Drakon, su consejero y su cobrador. Tendremos a los tres cabezas de su banda. Yo estoy dispuesto a dar con él.

—¿Y cómo lo haremos? ¿Cómo le arrinconamos?

Markus sonrió.

—Él te quería a ti. Ha pagado por ti. Tú eres el negocio que el *phakan* para el que trabajaba tenía con Drakon. De algún modo, él te escogió. Eres su elegida para vivir junto a él la vida eterna. Lo que no sabe es que también

eres la elegida del Demonio. Y cuando crea que lo tiene todo bajo control, le demostraré que nada acaba hasta que acaba.

—¿También filosofas? ¿Nada acaba hasta que acaba? —repitió ella arqueando sus negras cejas.

—Sí. Es como decir: solo yo decido cómo termina esta historia. Y ahora, por favor, debemos preparar el plan para cuando lleguen parte de los *boyevik*.

—Perfecto.

Bajó de la mesa dispuesta a dar el doscientos por cien de sí misma. Era su trabajo. Y quería ayudar a Markus, porque, de un modo que no atinaba a comprender, él le importaba. Le importaba mucho.

—Por cierto... —dijo él poniéndole una mano cálida y enorme sobre su delgado hombro—. ¿Leslie?

—¿Sí, Demonio? —Levantó su plateada mirada con curiosidad.

—Prepárate... porque..., dentro de unas horas, van a secuestrarte.

Capítulo 10

«Ya he hecho esto otras veces», se dijo mientras acababa de colocarse el pendiente en la oreja. Era un brillante rojo y tenía un micro en su interior para que Markus escuchara todo lo que decían sus secuestradores. Además, tenía un localizador que se conectaba directamente al teléfono de Markus. Así sabría dónde se encontraba en todo momento.

Markus hablaba por teléfono para contratar los servicios de una moto en un local de alquileres cerca de la parada de metro de Holborn, a solo tres calles de donde estaban. Mientras tanto, ella aprovechaba el tiempo para concienciarse sobre la misión.

Se había infiltrado como ama en un caso de masoquistas y sádicos. Habían intentado venderla una vez, y ahora se preparaba para que se la llevaran y la vendieran por segunda vez.

Estaba preparada. Era una agente del FBI, adiestrada para ese tipo de situaciones. Pero no era libre de no sentir miedo.

La inquietud, el saberse expuesta y sin armas ante un grupo de hombres que la desnudarían y querrían incomodarla ponía nerviosa a cualquiera. Incluso a ella, que presumía de ser una mujer de hierro que jamás se dejaba llevar por el pánico.

Markus entró en la habitación en la que ella se estaba acabando de preparar. Llevaba el teléfono vía satélite en su mano derecha.

A través del espejo, Leslie miró de reojo el portátil que acababa de utilizar y que estaba sobre la mesa del escritorio de aquel inmenso dormitorio tipo suite. Lo había cerrado de nuevo.

Lo que el ruso no sabía era que se había puesto en contacto con Cleo mediante su cuenta anónima de correo. Le había explicado todo lo que había

pasado desde que habían tomado el avión hacia Londres. Y, además, le había dado la lista de teléfonos que traían los dos móviles que les habían sustraído a Patrick y a Yegor, para que hicieran un seguimiento de sus titulares.

Tal vez todos estuvieran relacionados con las tratas. Le había exigido a su hermana discreción absoluta y que solo hablara de esto con Lion Romano. El agente al cargo de la misión de AyM en las Islas Vírgenes evaluaría bien la situación y sabría qué hacer con todo lo que ella les facilitaba.

Además, había encontrado un documento oficial en Internet, escrito en ruso, que señalaba todos los puntos que se debían seguir en el código de los ladrones de ley.

CÓDIGO DE LOS VOR V ZAKONE

- Los vory se gobiernan por leyes propias.
- El vor debe haber aprendido a vivir en la cárcel.
- El vor debe abandonar a su familia. No debe estar casado y no tiene familia propia. Su familia es la fraternidad.
- El vor no puede trabajar. Debe vivir únicamente de su actividad criminal.
- El vor debe reclutar jóvenes y enseñar el negocio del robo a los principiantes.
- El vor debe limitar el consumo de alcohol y el juego. No debe convertirse en un alcohólico ni jugar si no puede hacer frente a las deudas.
- El vor tiene la obligación de prestar ayuda moral y material a otros ladrones.
- El vor tiene obligación de aceptar y cumplir el castigo que determine la asamblea de ladrones.
- El vor tiene prohibido relacionarse con autoridades, incluido participar en actividades sociales, pertenecer a organizaciones, utilizar armas para su uso personal, prestar servicio militar y participar en campos de trabajo.
- Debe enseñarle el oficio a los principiantes.
- En situaciones inevitables, si un miembro está bajo investigación, asumir la culpa por el crimen de otra persona, si eso compra la libertad del otro.
- Exigir reuniones de investigación para resolver las controversias en caso de un conflicto dentro de la bratva.
- Mantener siempre en secreto el paradero de sus cómplices o lugares: antros, distritos, escondites, apartamentos seguros, etc.
- Tener siempre la información sobre los informantes, y los miembros de la mafia. Con sus respectivos cargos.
- No tomar ni robar armas de la autoridad. No debe servir a ningún tipo de Gobierno.
- Cumplir siempre las promesas hechas a otros miembros.

De entre todas aquellas transgresoras normas que se orientaban mucho a un comportamiento sectario, Leslie no podía imaginar cuál había violado el ruso. Seguramente, el de relacionarse con autoridades. Tal vez, el tal Tyoma e Ilenko descubrieron que había trabajado para la SVR, y por eso le castigaron y lo echaron de su *bratva*.

Lo cierto era que seguía perdida respecto a él, y peor se sentía cuanto más se aproximaban el uno al otro, porque era justamente lo que hacían; llegar a tocarse con las palabras, de modo precavido y cauto. Preguntarse sutilmente quiénes eran...

Y, aun así, aunque Markus se abría a ella a paso de tortuga, Leslie todavía esperaba a que él se interesara por algo de su vida. Y la joven se sorprendía de que hubiera alguien más torpe que ella a la hora de crear vínculos emocionales con las personas.

—¿*Habemus* moto?

—Una Kawasaki Ninja azul eléctrica. Está abajo.

Markus se colocó tras ella en el espejo y la observó atentamente.

—Cuando te cojan, Leslie, no estarás sola. Yo estaré al otro lado.

—Intentas tranquilizarme. —Sonrió sin ganas—. Soy consciente de mi papel, Markus. —Se recogió el pelo en una cola alta, amarrando también las larguísimas hebras de su flequillo negro azulado, echándoselo hacia atrás. Aquel peinado resaltaba más sus facciones gatunas y elegantes—. Creo que sabré cómo llevar la situación.

Markus sujetó su coleta y le inclinó la cabeza, de modo que ella lo viera a través de la línea negra y tupida de sus pestañas.

—No te encares con ellos, superagente —la advirtió—. No lo hagas. Estarás en inferioridad de condiciones. En el momento en que sientas que estás en peligro, invócame. —Sus ojos amatista relumbraron en el espejo, como si fuera un personaje sobrenatural—. Di: «Demon», y yo apareceré.

—¿Que te invoque?

—Sí. —Acarició su cola con los dedos e, improvisadamente, inhaló su olor a fruta, mezclado con su perfume. Aquel aroma que lo embriagaba—. Llama al Demonio.

—¿Me estás oliendo el pelo, Markus? —preguntó sin rodeos, estudiándolo a través de su reflejo. Del reflejo de ambos.

Él gruñó en voz baja.

—Es tu maldito olor. —Se intentó apartar.

Leslie se dio la vuelta y lo agarró de la camiseta para que no se fuera. Markus enviaba señales contradictorias que la molestaban. Porque en cuanto él se alejaba y decía que no la deseaba, de repente actuaba como si la química que ella sentía entre ambos y el deseo latente que no podía sepultar fuera algo recíproco. La atracción los golpeaba como una bofetada que decía: «¡Eh, mira! ¡Despierta! ¿Cuántas veces crees que puedes sentir esto por alguien? ¿Crees que sucede cada día?».

—¿Te gusta mi olor? —preguntó ella, absorta en su mirada.

—Sí.

—A riesgo de que suene como una publicista te repetiré que es Hypnotic...

—Hypnotic Poison. Lo recuerdo. —Soltó su coleta disfrutando de cómo resbalaba su melena entre sus dedos, enredándose ligeramente como si se resistiera a ser liberada.

—Me dejas descolocada, ruso... —dijo resoplando y mirando hacia la punta de sus pies.

Él dio un paso atrás, manteniendo distancias no solo físicas, sino también emocionales. Sacó un nuevo *korouka rushen* de menta de su bolsillo y se lo metió en la boca.

—¿Por qué te dejo descolocada?

—Siempre que coges un caramelo de esos me pones los nervios de punta —protestó—. Me recuerdas al Markus del parque Louis Armstrong.

—Soy el mismo.

—No es verdad. El otro era más amable, más divertido... Me gustaba más. Incluso el de las islas vírgenes era más simpático. Y al menos a él le gustaba un poco —explicó con una sinceridad aplastante—. Lo suficiente como para...

Markus negó con la cabeza.

—Ya hemos hablado de eso. No voy a caer otra vez.

—Para tirarme al suelo y colar su boca entre mis piernas... —continuó ella—. ¿No quieres meter tu mano en mis braguitas y ver si te echo de menos?

—Leslie... —Markus dio un paso adelante y la tomó otra vez por sorpresa. No necesitó tocarla para que ella se derritiera ante su cercanía—. No voy a debilitarme.

—¿No vas a debilitarte? —repitió levantando la cabeza para mirarle a los ojos. Era muy alto—. ¿Pasártelo bien conmigo te debilita? ¿Soy tu kriptonita? —Se rio de él.

—Me distraes. Créeme, es lo mejor.

—No digas tonterías, mohicano —espetó ella fríamente—. Tus explicaciones me aburren. —Se alejó dándole un leve empujón—. Tú no me distraes a mí. Y soy tan profesional como tú. Sé lo que es la misión, y sé lo que es un maldito revolcón para eliminar tensiones.

—¿Un maldito revolcón para eliminar...? —Markus frunció el ceño—. Tú no lo entiendes.

—Oh, sí lo entiendo. —Se echó a reír de nuevo, ofuscada e iracunda por sus reiteradas negativas a sus avances—. Jamás me había prestado tantas veces en bandeja para que me rechacen una y otra vez con esa..., esa... indiferencia, como si se tratara de elegir la bola de un helado. ¿Sabes lo que eres?

—¿Qué soy? —preguntó sin darse la vuelta, pero sin perder el reflejo de Leslie en el espejo.

—Eres de los que elige las bolas de vainilla. Un aburrido, soso y estricto hombre que no acepta el riesgo más allá de lo que él considera seguro. —Se dirigió al armario y escogió otra camiseta distinta a la que llevaba. Se sentía sudada y necesitaba vestirse de otra manera—. Eso no es arriesgarse. Es ser un cobarde. Y un manipulador.

Markus se dio la vuelta y caminó hacia ella.

—No soy manipulador, *vedma*. Elijo lo mejor para los dos...

—Discúlpame, pero seré yo quien escoja lo mejor para mí, ¿no crees, Míster Indiferente? Tú no decides sobre la vida ni los movimientos de tu binomio.

El ruso se llevó la mano al bolsillo, caminando airadamente hacia Leslie. Sacó las braguitas que le había quitado en Nueva Orleans y se las mostró a un par de centímetros de su cara.

—¡Ya me tienes harto! —gritó. Él jamás perdía los nervios. Pero Leslie

sabía cómo picarle y provocarle para que saliera de esa zona de seguridad que no quería cruzar—. ¿Crees que esto es ser indiferente?!

Leslie entrecerró los ojos y se quedó muerta cuando vio que eran sus braguitas las que ocultaba entre sus enormes dedos. Y olían a ella. A su perfume, como si él las hubiera rociado.

—¡Las cosas son como son y no pienso darte más! ¡Pero no me taches de algo que no soy! —le dijo entre dientes.

—¿Y cómo eres, Markus? —preguntó ella en voz baja, compasiva—. ¿Lo sabes? ¿Cómo puedes saber quién eres entre tantas capas de represión y tantas máscaras y dobles identidades? No tienes ni idea...

—¡No! ¡Tú eres la que no tienes ni idea! ¡No me conoces!

—¡Ni tú a mí! —replicó alzando la voz.

En medio de la discusión y del enfrentamiento entre ellos, algo sucedió.

De repente, oyeron cómo intentaban forzar la puerta de la casa.

Se callaron. Él se llevó el índice a los labios, advirtiéndola de que no hiciera un solo ruido.

—Ya están aquí —dijo ella con los ojos muy abiertos.

Markus asintió. Fue el ruego en los ojos de la agente lo que le desarmó.

—Ya están aquí —repitió él, consciente de que, si algo salía mal, no vería a Leslie nunca más. Se la llevarían a cualquier continente y el Drakon abusaría de ella.

—No me abandones, ruso —le pidió ella fulminándolo con sus ojos—. Tenemos una conversación pendiente.

Markus tragó saliva y sintió la necesidad de abrazarla y de besarla, de decirle que todo iba a salir bien.

—No lo haré. Invócame, Leslie. Yo cuidaré de ti —le dijo en voz muy baja, tomándole el rostro entre las manos. Le dio un beso en la frente.

Leslie cerró los ojos y se agarró con fuerza a sus muñecas.

Ya no había tiempo para decirse nada más.

Cuando los abrió de nuevo, Markus había desaparecido y no había nadie en aquella inmensa alcoba; solo ella, su respiración y sus nervios.

Esperó paciente a que los secuestradores de la *bratva* entraran en la habitación. Tomó aire con fuerza y cerró los ojos por segunda vez.

Se abandonaría a ellos. No lucharía. No sabía fingir que no sabía luchar,

porque lo cierto era que era una auténtica máquina de matar si se lo proponía, así que no daría ni un golpe ni una patada ni una llave... Debían llevarla a la criba sin sospechar nada de ella.

Tres hombres vestidos con ropas oscuras entraron en la habitación y fueron a por ella como hienas.

Leslie se dio la vuelta, puso cara de asombro y esperó que todas las expresiones de terror y pánico cruzaran su rostro, antes de fingir que se desmayaba.

Antes de que la cargaran sobre una de sus espaldas y se la llevaran.

Cuando los tres hombres salieron de la casa, Markus dejó que el viento vespertino de Londres acariciara su rostro. Estaba agazapado en la fachada, al lado de la ventana. Miró fijamente como una furgoneta Volkswagen de color blanco, estacionada en el portal del edificio, recibía el nuevo paquete.

El ruso apretó los dientes, encendió el teléfono móvil y esperó a que el localizador de Leslie diera señal.

Cuando empezó a parpadear y a moverse recorriendo las calles de la ciudad, Markus se metió de nuevo en la habitación y corrió para ir en su busca.

No perdería la señal.

Nadie le iba a hacer daño.

Ni hablar.

De lo contrario, el Demonio estaba decidido a quemar la criba con las llamas del Infierno.

La Criba

La trataban a empujones, cogiéndola del antebrazo con fuerza. La llevaban a través de pasillos oscuros y mal olientes. Interminables pasadizos que no sabía dónde acabarían ni a qué infierno la acercaban.

Escuchaba a hombres hablar en *fenya*. Sus mismos secuestradores hablaban en ese idioma, y ella había entendido parte de la conversación dentro de la furgoneta, aguantando todo tipo de frases despectivas:

«Esta está muy buena», «Si yo la pudiera comprar, la tendría todo el día ocupada chupándome la polla», «Tiene unas tetas...»

Uno la había magreado. Leslie había fingido estar inconsciente mientras le retorció el pezón con saña.

«La puta no se despierta. ¿Y si aprovechamos y se la metemos mientras duerme?». «No podemos tocar este material —decía otro—. Se supone que los nuevos paquetes deben venderse a los altos cargos, y ya perdieron sus pedidos hace poco con la sumisas del torneo del *sovetnik*. Nada de malograr el producto, Kirnov».

Sí. Era un producto.

Leslie quería descubrirse los ojos, que llevaba tapados con una cinta negra, y otear su alrededor.

¿Qué era aquello? ¿Un prostíbulo?

Escuchaba llantos y gemidos de mujeres, y palabras susurrantes de hombres que decían todo tipo de obscenidades en voz baja, como si se creyeran que una mujer quería escuchar aquellas cosas mientras estaba siendo violada.

Olía a sexo. A sangre y a humillación.

Después de caminar veinte metros más y descender unas escaleras, se

encontró con otro universo distinto. Todo cambió.

Silencio. Perfumes de colonias caras. Olor a puros cubanos y a cigarros nada baratos. Y música... Música clásica, la típica que pondría un hombre frío y sin alma mientras torturaba a su víctima o elegía a una mujer para comprarla y follársela a su antojo de todas las maneras posibles e imaginables.

Y, entonces, Leslie lo supo.

Estaba de lleno en la criba; de lleno en la subasta.

—Siéntala aquí e inyéctale la droga de Keon —dijo un hombre—. Vamos a necesitar más.

Leslie se alarmó. Joder, usaban la misma droga que en el torneo para subir la libido de las mujeres. Keon había sido en las Islas Vírgenes el diseñador de popper con la variación de cristal, y lo acababan de nombrar.

La empujaron y ella cayó sobre una silla de madera. Le cogieron un brazo y le ataron la parte superior con una goma para cortarle la circulación, y así hacer que emergiera la vena.

—El *pakhan* ha pedido reorganizar a los químicos, pero con Keon entre rejas va a ser difícil elaborar la droga con la misma fórmula... Yegor está valorando a las chicas. Tiene el catálogo abierto de los compradores y está cogiendo a mujeres parecidas a las que ya habían comprado en Estados Unidos. Necesitan darle un suplemento a los clientes. Aunque no sean las originales, cree que se pueden conformar con la nueva remesa.

—Yo me conformo con esta —dijo el tipo que iba a inyectarle la droga—. Un poquitín de líquido del abandono y lubricará como una guarra.

—Ni la toques, Kirnov.

Leslie deseaba crujir a Kirnov a la antigua usanza. Hueso por hueso. Y si Markus estaba al otro lado de la línea, suponía que al ruso le gustaría hacerle lo mismo.

Intentó ignorar el pinchazo en el brazo y controlar su estado mental todo lo que pudo y más. Pero... no lo logró.

La droga recorrió su vena y fue directa a su circulación..., relajando sus músculos y atontando su mente.

El popper era un afrodisiaco y un inhibidor del dolor. Si deseaban hacerle daño y abusar de ella, no pondría demasiada resistencia.

Pero lucharía hasta el final.

—Desnúdala, Kirnov. Déjala en ropa interior. No quiero verle ni una marca —dijo el hombre—, ni quiero que la excites. Tenemos a los clientes actuales en cabinas, al otro lado de la sala, así que pórtate bien.

—Entendido —contestó Kirnov, aunque su tono de voz reflejaba que estaba en desacuerdo.

Leslie tenía pavor a quedarse a solas e indefensa con ese hombre. Estaba claro que lo que él quería era beneficiársela.

¿Cómo iba a pelear con las manos atadas a la espalda y con el caudal de droga fluyendo por todo su cuerpo?

Kirnov le quitó los pantalones y la camiseta, y la dejó en braguitas y en sostén.

—Vaya, morena... Eres todo lo que insinúas. —El mafioso le tocó un pecho y después coló la mano entre sus piernas—. ¿Y ahora qué? Seguro que incluso te gusta lo que te hago...

—Te mataré... —le dijo Leslie en inglés.

—No lo creo —respondió el ruso—. Primero —la levantó de la silla, la obligó a caminar hacia delante y la tumbó sobre una camilla de hospital—, te van a inspeccionar.

Un hombre, de pelo rizado y gafas, entró en el habitáculo y Kirnov le abrió las piernas todo lo que pudo. Leslie no tenía fuerzas ni para luchar.

El hombre le retiró las braguitas, y a Leslie se le saltaron las lágrimas. Con unos guantes le introdujo un dedo y después levantó la mirada negra hacia ella y sonrió.

—Virgen.

—Sí, soy virgen, hijo de puta... —aseguró Leslie.

—No por mucho tiempo —replicó el doctor mientras le miraba los dientes y el cuero cabelludo.

—Vas a salir ahí afuera para que te vean —dijo Kirnov incorporándola—. Y, cuando alguien te compre, si es que te compran, te tendré que preparar para él. Te follaré. Pero te lo haré por detrás, para que conserves tu himen. Pero si nadie te compra, monada —Kirnov le lamió la mejilla—, te quedas en mi club, y pienso sacar una pasta por ti. No me durarás ni un año, guarra.

Leslie apretó los labios y se sintió ultrajada por el vocabulario que ese

tipo utilizaba con ella. ¿Qué se había creído que era? Era una persona. Pero la llamaba puta solo por ser mujer. Incluso las putas tenían más orgullo y honor en la uña de su dedo meñique de lo que él tenía en todo su despreciable ser.

No lo tuvo que pensar demasiado: había llegado el momento.

Lo que fuera que iba a suceder allí le daba pavor, y solo había algo que temieran los hombres que habían vendido su alma: al demonio.

—*Demon...* —susurró Leslie cuando desapareció detrás de las cortinas, para que la llevaran al escaparate principal de la subasta.

Capítulo 11

En Londres, en el Soho, el barrio chino por excelencia de la City, había un edificio que ocupaba toda una esquina de una gran manzana en Old Compton Street, en el que había numerosos negocios orientados al público homosexual.

Esta pequeña área residencial, atestada de industria y entretenimiento, había sido el foco de inmigración principal de Inglaterra.

Franceses, chinos, rusos, italianos... Se había creado un entorno multicultural.

Nadie se extrañaba si veía a gente de otras nacionalidades en ese barrio. Por tanto, ver a tres rusos en la portería del edificio en el que se encontraba Leslie, justo en la calle en la que se ubicaban los cafés abiertos nocturnos y la Patisserie Valerie, no llamaba nada la atención.

Pero sí a Markus, que los había seguido y que sabía lo que estaban tramando.

En el pub que había tras él se escuchaba la canción de Nonpoint, *In the air tonight*.

Se bajó de la preciosa Ninja que había alquilado. La dejó bien aparcada y centró toda su atención en los tres individuos que habían salido a fumar y que volvían de nuevo al local mientras se reían de algún chascarrillo.

El ruso se prometió que no le iban a hacer perder los nervios.

El miedo que sentía era real, porque temía por Leslie. Tenía miedo de volver a revivir lo que sucedió dos años atrás, cuando, inmovilizado tras las rejas del *gulag*, presencié el asesinato de alguien querido. Y no pudo hacer nada por evitarlo.

La ansiedad golpeaba el centro de su pecho y ponía en alerta todos sus

sentidos. Si le ocurría lo mismo de nuevo, acabaría por enloquecer y convertiría el Soho en la antesala de la muerte.

Ya no sentía nada al matar y al torturar. Y no sentía nada porque ya no temía al fin ni al dolor. Pero Leslie tocaba una tecla en él que lo llenaba de inseguridades. Y odiaba sentirse así. Era tan extraño...

Odiaba pensar que, con la llegada de esa mujer, todo lo que se había esforzado en construir y reivindicar a su alrededor se desmoronara como lo hacía un castillo de arena mecido por el aire.

Leslie era el aire.

Y él no era más que arena.

Markus se colocó la capucha sobre la cabeza. Su rostro quedó oculto entre las sombras. Sus tatuajes seguían viéndose, revelando, para el entendido, que había estado en la cárcel y que era un maldito asesino.

Y como buen asesino le encantaba la destrucción. Con el paso de los años, había dejado atrás su meticulosidad y se había convertido en un animal salvaje. Los años en la prisión lo habían fortalecido, convirtiéndole en un superviviente, en alguien bruto que dejaba atrás sus estrategias para buscar siempre el cuerpo a cuerpo.

En las prisiones, el culto al cuerpo era una religión. Los presos se pasaban horas ejercitándose, preparándose para formar parte de alguna *bratva* o para mejorar sus aptitudes como guerreros. Pocas veces se musculaban para tener un cuerpo sano en una mente sana, pues muchos eran ya delincuentes desde su nacimiento. Así que se tomaban el tiempo que pasaban en la cárcel como un periodo de preparación física, como un gimnasio quemagrasas, a la espera de salir a la calle para demostrar sus nuevas habilidades al *pakhan*, o a un jefe de alguna *mafiya* de tres al cuarto.

¿Reformarse? El que había violado, matado, asesinado o robado con violencia ya no se reformaba. Tenía la conciencia marcada con las garras de la perdición.

Pero Markus no, porque no era ni una cosa ni otra.

Él había trabajado su cuerpo para utilizarlo en su propio beneficio. No para el FBI ni para el SVR, ni siquiera para meterse en las *bratvas*. Él se había ensanchado y musculado para inspirar respeto a los demás; para tenerse incluso más respeto a él mismo.

Y porque centrarse en cómo le quemaban los músculos o en cómo le faltaba el aire para respirar, durante sus duros ejercicios en sus horas perdidas entre rejas, lo alejaban del dolor de haber fracasado y de no haber podido cuidar de aquello que se suponía que debía proteger con su infiltración.

Por esa razón, desde hacía un tiempo, ya no se vinculaba con nadie. El vínculo más potente lo tenía con la muerte.

Y era ese mismo vínculo el que iban a experimentar los tres hombres que vigilaban la entrada del garito en el que tenía lugar la subasta de mujeres. La criba, la llamaban.

Lo que nadie sabía era que Markus iba a ejecutar su particular criba. Elegiría quién viviría y quién moriría, porque era un demonio, y su alma estaba tatuada con las llamas del Infierno.

Y todos los demonios respondían a las invocaciones, sobre todo si los reclamaba la mujer que avivaba su fuego interior, aunque él no quisiera.

Leslie lo invocaba, y él respondía. Más aún si lo invocaban las brujas.

«Demon», había pronunciado su bruja particular. Su rostro se tornó inescrutable, cubierto por la máscara de la venganza.

El mohicano entró en el local como si fuera el amo y señor de todo lo que pasara ahí dentro, y decidió el destino de las tres almas que querían impedirle la entrada.

Primero vio en su mente lo que iba a hacer.

Uno moriría de un tiro entre ceja y ceja. Al otro le rompería el cuello, y lo utilizaría de escudo para los disparos del tercer guardia, al que sometería con sus piernas, que enlazaría en su cuello; le haría crujir todas las cervicales hasta acabar con su vida.

Y así lo hizo.

Markus tarareó mentalmente la canción que se oía del pub de afuera y la interiorizó: «*I can feel it holding in the air tonight. Oh Lord. I've been waiting for this moment for all my life. Oh Lord...*».

Ejecutó los movimientos que había visualizado.

Al primero lo mató de un disparo certero en la frente.

Uno de los guardias sacó su pistola y le disparó, rozándole el brazo, pero Markus cogió al segundo de rehén y lo utilizó como escudo. Las balas impactaban inclementes en el estómago del mafioso.

Markus hizo una finta con su cuerpo, dejó caer el cadáver que le había cubierto y dio un salto hacia delante para amarrar el cuello de su atacante.

El tipo soltó la pistola y llevó sus manos a los durísimos gemelos del mohicano, que, impasibles, le estrujaban el cuello, hasta partirle poco a poco las vértebras cervicales. Hasta matarlo.

El agente se levantó y buscó el arma del tipo que le había herido. Una Kalashnikov automática con silenciador. Podría utilizarla hasta que se acabaran las balas. Después utilizaría las suyas.

Markus se internó en aquel pasillo oscuro, solo iluminado por unas luces tenues y rojizas, como las de un puticlub.

Pero sin el «como»: era un puticlub. Tenía compartimentos tercermundistas cubiertos solo por paneles de madera y cortinas, algunas casi transparentes y todas de diferentes tonalidades.

Markus se asomó en el interior de uno de ellos y encontró un catre sucio y mal oliente. Sobre las sábanas manchadas de sudor, una chica de no más de diecisiete años, pelo rizado y castaño, de mirada ojerosa, se incorporó levemente para recibir a su nuevo cliente. No llevaba ropa, solo un tanga de hilo fino y negro.

Pero Markus no era un cliente.

Asqueado por aquella visión, atisbó a ver que la joven tenía marcas de pinchazos en los brazos; sobre la mesita, en la que había varios condones, descansaba una jeringa vacía, abandonada como aquella chica perdida. Era popper líquido.

Markus salió de ahí y abrió tres nuevos compartimentos.

Joder, dos chicas más estaban ocupadas con hombres sebosos, atendiendo sus necesidades sexuales. Una de ellas era rubia y preciosa. Era menor de edad, y, a regañadientes, había accedido a hacerle una felación al inglés calvo y sudoroso que tenía en frente.

La chica miró a Markus y detuvo sus manos.

El cliente se dio la vuelta para increpar a quien fuera que los estuviera estorbando. Pero, se encontró con el cañón de la Kalashnikov de Markus.

La joven se apartó, para encogerse en una esquina y taparse los oídos, aterrorizada como estaba. Markus decidió que ya había tenido suficiente.

—¿Qué mierda...? —dijo el cliente.

—¡Déjeme libre! —exclamó la chica en ucraniano, llorosa y acobardada.

Markus apretó los dientes al ver que también tenía marcas de pinchazos en sus antebrazos. Las drogaban a todas para que pudieran trabajar sin ápice de asco ni de conciencia. El popper era afrodisíaco e inhibidor del dolor si se mezclaba con cristal.

—Yo no he hecho nada... —dijo el tipo, levantando las manos, indefenso.

Markus no perdería el tiempo con él: no lo dudó ni un segundo.

Decidió su destino. Lo mató. Le disparó porque él, al contrario de lo que pensase, sí había hecho algo. Porque, por personas como él, viciosas y perversas, esa chica había sido vendida y esclavizada. Porque él era el primer eslabón del negocio. El primero que debía erradicar.

Era la demanda. Y sin demanda no había negocio.

Por eso apretó el gatillo. No le dio en la cabeza, sino en lo que hacía que aquel tipo se comportara de ese modo sucio y depravado. Le dio en los huevos y dejó que se desangrara.

Bajó las escaleras, decidido a acabar con aquel agujero viciado.

Había una puerta abierta por la que salía humo de tabaco.

Markus apareció en el umbral y se encontró con que un grupo de nueve hombres, todos con el símbolo del Drakon en sus manos. Jugaban al póker mientras fumaban puros.

«*Well I remember. I remember don't worry. How could I ever forget. It's the first time. The last time. We ever met*», canturreaba Markus en su cabeza al apretar el gatillo automático y exterminar a todos los miembros del grupo de apoyo y seguridad de la *bratva*.

Los casquillos volaban a su alrededor mientras él agujereaba sus cuerpos sin piedad. No les daría descanso. El retroceso de la Kalashnikov le obligaba a mantener los brazos y las piernas en tensión, y a hacer fuerza con su duro abdomen.

Estaba decidido a estucar las paredes con su sangre, una sangre que ni las lágrimas de todas sus víctimas podrían limpiar.

Como decía la canción: él lo recordaba todo. Todo lo vivido y sufrido a manos de las *bratvas*. Y aquel sería el primer y último momento en el que se iban a encontrar de nuevo y a verse las caras.

Ya no estaba infiltrado. Ya no trabajaba para nadie, sino solo para él mismo. Por su propia paz mental buscaba una venganza que la consideraba suya por derecho propio. Lo echarían del cuerpo cuando acabara con todo, pero disfrutaría arrasando aquel lugar y con todos los miembros que pululaban en él.

Se aseguró de dejar a uno vivo. El pelo se había enmarañado sobre su cara, manchada de las salpicaduras de su propia sangre. Markus lo agarró de la melena negra como la noche y le levantó la cabeza.

—Ilenko. ¿Dónde está?

El tipo no podía ni hablar. El esfuerzo hacía que la sangre de los pulmones se le agolpara en la boca.

—A..., abajo...

—¿Dónde?

La víctima no quería hablar más, pero Markus no permitió que le dejara a medias. Hundió los dedos en las heridas de las balas y el dolor le despertó de golpe.

—¡El uno! ¡El uno!

Después de la revelación, que no entendía, le dejó morir, para proseguir su camino de muerte y destrucción.

El silencio y la música clásica ambientaba un pasillo inacabable y circular. Por el leve olor a humedad, dedujo que se encontraba bajo tierra. Las paredes estaban pintadas en rojo chillón, y las luces eran muy claras. Cada puerta negra tenía un número dorado.

Había un total de diecisiete puertas y había empezado por la última.

Ilenko estaría en la puerta número uno.

«I saw it with my own two eyes. So you can wipe of the grin, I know where you've been. It's all been a pack of lies».

Markus se detuvo frente al número uno. Tras aquella puerta, se reencontraría con Ilenko, la mano derecha de Tyoma.

Ambos habían trabado amistad en la cárcel.

Pero entre ladrones de ley no existía la amistad, era todo mentira; solo importaba la ambición y el ansia de prosperar. Y Markus, que se había infiltrado para hacerse un sitio entre su organización, lo había experimentado de la peor manera.

El ladrón solo era fiel al billete y a la moneda; si debía venderse y traicionar a su compañero para escalar nuevas posiciones dentro de la *Organizatsja*, lo haría sin ningún escrúpulo.

Como Ilenko y Tyoma habían hecho con él.

No obstante, el demonio no desaparecía sin un buen exorcismo. Y a él lo habían herido, pero no lo habían matado.

Ahora regresaba por su propio pie, la vida lo había puesto otra vez en el camino del Drakon, y en su camino por llegar hasta él se encontraba con viejas caras conocidas. Y..., ¡sorpresa!, no tenía besos ni abrazos para ellos: estaba decidido a establecer su nueva ley.

Giró el pomo dorado de la puerta. Lo hizo con muchísima lentitud y cuidado, y, como una sombra invisible, se internó en la cabina.

Estaba iluminada por una pequeña lámpara de luz blanca que alumbraba unos cuadernos con fotografías y descriptivas fichas de mujeres. Unas robustas manos, tan marcadas como las de él, giraron la nueva página de aquel catálogo de mujeres a la carta. La cabeza totalmente tatuada y rapada del hombre se inclinó para ver bien a la joven de la foto y después oteó al frente, hacia el cristal enorme que ocupaba todo lo ancho del cuarto y que daba a una sala central con una tarima redonda cubierta por una alfombra roja. A través de ella, pasaba una joven drogada, que se mecía, perdida y desorientada, en ropa interior.

Los diecisiete cuartos restantes con sus respectivas ventanas daban a la misma sala de exposición como si fuera un mero escaparate, a excepción de que los maniquís se movían y tenían nombres y apellidos.

—Señor Sarawi —dijo Ilenko con su profunda voz, presionando uno de los botones rojos del teléfono centralita que ponía en contacto a todas las cabinas de la sala—. Esta preciosidad es muy parecida a la que usted compró en las Islas Vírgenes.

—Pero ¿esssss... virguen?

—Todas han sido inspeccionadas por nuestros médicos. Y todas son vírgenes. Puras, como usted las desea.

—*Entonses...* la quiero.

—Perfecto —repuso Ilenko, sonriendo—. La número veinte ha sido adjudicada para la cabina once —anunció en voz alta para que nadie más

pujara por ella.

Markus dio un paso al frente y le colocó el cañón de la Kalashnikov en la nuca. El ruso levantó las manos de golpe y encogió el cuello.

—¿Es así como funciona, Ilenko?

El tipo levantó sus ojos azules y vio el reflejo de Markus en el cristal opaco. Sin embargo, no le veía el rostro, pues llevaba una capucha de color negro.

—¿Quién eres? Por Dios, no me mates...

Markus sintió repulsión hacia él. Todos los mafiosos lloriqueaban cuando sabían que les iban a dar su merecido.

—El Demonio.

Ilenko frunció el ceño, sin comprender.

De repente, la sala se iluminó y la voz de Kirnov anunció la aparición de una belleza entre las bellezas. Una dama elegante y única, de lengua afilada y carácter que necesitaba aleccionarse y someterse, pero un diamante en bruto al fin y al cabo. Una virgen de pelo largo y liso, de ojos de plata.

Markus atendió a la sala y le recorrieron las mil angustias cuando Leslie apareció, con mirada soñolienta y provocadora, justo en medio de aquel escenario. Sus caderas se meneaban y sus piernas esbeltas parecían interminables con aquellos zapatos de tacón negro improvisados que le habían prestado. Tenía un culo de infarto, y sabía que eso era justamente lo que pensaban el resto de los hombres que babeaban tras los cristales.

Sintió rabia al saber que su cuerpo era admirado por pujadores lascivos y millonarios que lo único que querían era satisfacer sus depravados deseos. La utilizarían hasta la extenuación y después la abandonarían o la obligarían a trabajar para ellos. En el peor de los casos, moriría.

La droga se aseguraría de que el carácter rebelde y disciplinado de Leslie no emergiera en ningún momento, para que se comportara como una niña obediente mientras su amo la magreaba.

Muchas luces de la central telefónica de Ilenko se iluminaron. La agente llamaba la atención del sexo opuesto y era una realidad como un templo. Sin embargo, ella misma ignoraba su poder.

Ilenko tragó saliva. Sudaba de un modo exagerado.

—Huelo tu miedo desde aquí. Sigues siendo un cagado, Ilenko.

El mafioso no podía ver bien el reflejo de Markus, solo veía sus brazos y manos tatuadas, pero no vislumbraba bien los diseños. No podía reconocerle.

—¿Te conozco?

—No. No tienes ni idea de quién soy. —Y era cierto, porque nunca descubrieron que era un agente infiltrado.

—Tu voz... Me suena de algo.

—¿Las cabinas están insonorizadas? —preguntó mirando el cubículo en el que se hallaban.

Ilenko asintió, nervioso.

—Si me mientes, morirás de un modo terrible. —Le pegó el cañón a su nuca para que fuera consciente de que no iba de farol.

De repente, el móvil de Ilenko empezó a sonar. Markus lo sacó de su americana y se lo colocó sobre la mesa.

—Atiende a la llamada.

Ilenko lo amarró con fuerza para descolgarlo, pero Markus se le acercó al oído y le dijo:

—Conozco todas tus señales y jergas. Más vale que no reveles que estás en peligro o te despellejaré poco a poco. No hay nadie más aquí dentro que te pueda ayudar. Toda la gente de tu unidad de apoyo y de tu grupo de seguridad ha muerto. Ahora conecta el altavoz y responde con cuidado. Quiero escuchar con quién hablas.

Ilenko asintió, temeroso por su propia vida, y contestó en ruso:

—Ilenko.

—Esa chica —dijo la voz masculina al otro lado—. Se parece mucho a la que eligió el Drakon. Es la *vybrannoy*.

Markus prestó atención a las palabras. El Drakon estaba en línea con la subasta y había reconocido a Leslie.

—¿Es la misma? —preguntó Ilenko, sorprendido.

—No está seguro... Pero es casi idéntica. ¿Quién la ha traído?

—Una de nuestras unidades de trabajo. Viene de Princeston St. La atrajo Patrick y la dejó Yegor.

Hubo un largo silencio en la línea y después anunció:

—De acuerdo... El Drakon la quiere. Pagó muchísimo por ella en las Islas Vírgenes y quiere asegurarse de que se trata de la misma persona. La

quiere ver antes de que zarpen en su barco.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde. En el Marriot Lon County Hall. Habitación 103. A las siete.

Ilenko permaneció en silencio, y eso hizo que Markus le empujara el cráneo con el cañón.

—Hecho —contestó apresuradamente.

El hombre al otro lado de la línea cortó la comunicación y volvió a dejar a Ilenko a solas con Markus y sus ansias de venganza.

—Vas a responderme algunas cosas —dijo Markus—. Pero antes retira a esa chica de la puja.

Ilenko, con dedos temblorosos, conectó el botón del altavoz de la sala y pronunció las palabras mágicas.

—La número veintidós es una *vibrannay*. Queda definitivamente fuera de la subasta.

Las luces de la centralita se apagaron una a una.

—Diles que te la traigan —ordenó el mohicano.

—No hace falta que se lo diga. Si la quiere el Drakon, la traen a mi camerino de inmediato —contestó aflojándose el botón de la camisa roja que llevaba.

En la sala apareció un tipo delgado y rubio, de ojos castaños y pequeños y nariz aguileña, y sonrió a Leslie de modo intrigante, para llevársela de allí.

Markus sintió una gran ansiedad cuando dejó de tenerla controlada por la vista, pero sabía que la tendría ahí con él al cabo de un par de minutos. Minutos que se harían interminables para Ilenko.

—Ha hablado de un barco... ¿Cuál es el barco del Drakon? ¿Cuándo zarparán?

—Mañana, cuando la seguridad londinense esté centrada en la inauguración del evento del Hyde Park —contestó siguiéndolo con los ojos claros.

—¿Cómo se llama su barco?

—No lo sé. No lo sé, lo juro. Tiene muchos y...

Markus agarró la mano de Ilenko, tomó su dedo índice y corazón y se los rompió al tirárselos completamente hacia atrás. El ruso gritó, preso del dolor

y empezó a llorar desconsolado.

—¡No lo sé! ¡Digo la verdad! ¡Para, por favor! Te..., te diré lo que quieras... ¡Pero deja de hacerme daño!

Markus negó con la cabeza.

—Quiero el nombre del barco. —Le agarró la otra mano.

—Son varios... ¡Son varios los que lleva! ¡Es una jodida flota! ¡Créeme, por favor!

Markus sonrió malvadamente y dijo:

—Habla. Te escucho.

—Mañana es un día especial y ha invitado a muchos compradores a pasar una noche con él y las *vibrannay* en sus barcos, en compensación por las pérdidas que sufrieron en las Islas Vírgenes.

Así pues, los compradores de ahora eran los mismos clientes que compraban en línea y vía paypal a las sumisas del torneo, pensó Markus.

—El Drakon recibe dinero por esas compras. —No lo preguntaba. Lo afirmaba.

—Sí.

—Pero no va a recibir dinero de la compra de estas mujeres, porque la cuenta de ingresos está congelada por la seguridad norteamericana —recapituló.

—Lo sabe... Pero... —Ilenko se agarraba la mano con fuerza para soportar el dolor de sus huesos rotos— no puede perder sus contactos ni sus relaciones. Por eso ofrece a estas chicas completamente gratis, o sus clientes se irán con otro *pakhan* de la competencia.

—Y mañana sirven a las chicas en la flota del Drakon.

—Sí. Después se las llevarán a sus respectivos países y allí harán con ellas lo que quieran.

—Entendido. —Markus sacó una jeringa de su riñonera y clavó la aguja en el cuello de Ilenko.

—¡Hijo de puta! —clamó el ruso llevándose la mano al cuello. Intentó darse la vuelta, pero, al hacerlo, perdió el equilibrio y cayó al suelo, boca abajo.

Markus le dio la vuelta con el pie y pisó su pecho para mantenerlo en el sitio.

—Mírame bien, Ilenko. —Markus se descubrió el rostro.

El ruso entrecerró los ojos y después los abrió con asombro.

—¿Sigues vivo? ¿*Demon*?

—El mismo.

—¿Cómo sobreviviste después de que nosotros saliéramos? —preguntó, incrédulo.

Markus se encogió de hombros. Se llevó una mano a la parte trasera de su cinturón y sacó una navaja.

—Simplemente... otro *pakhan* de la competencia, como tú dices, me acogió. Trabajé para él y tuve su protección.

Ilenko estaba aturdido y perdía movilidad.

—A una amiga mía le encantan estas cosas —explicó Markus alzando la minijeringuilla y observándola con curiosidad—. Y a mí me están empezando a gustar. Te he inyectado un paralizante. No podrás hablar, pero verás y escucharás todo lo que te haga.

—No... ¡Entiéndeme! Debí hacerlo... De..., debía *harlo*...

—¿Se te traba la lengua, Ilenko? Sí, claro —dijo Markus con sorna—. Debiste hacerlo porque era el modo en que te ganabas el favor de Tyoma y el Drakon, ¿verdad? No importaba que fuéramos amigos. —Markus se asombró de la verdad. Él había considerado tanto a Tyoma como a Ilenko una especie de amigos dentro del *gulag*. ¿Hasta qué punto había perdido el oremus en su trabajo? ¿Leslie tendría razón?—. Te salvé el culo más de una vez cuando te pillaban con las pelotas de tenis que nos lanzaban desde los patios y que estaban llenas de cocaína. Te encubrí cuando mataste al guardia de seguridad novato que pensaba que iba a limpiar la cárcel de corruptos como tú. Pero no importaba nada, solo escalar posiciones.

—El código... lo violaste...

—El código —gruñó a un centímetro de su cara, arrodillándose en el suelo— es una mierda. ¡Una falacia sectaria! ¡Nunca importó!

—¿Qué... vas a hacer, *Demon*?

Iba a hacer todo lo que tenía pensado hacerle desde que decidió que lo encontraría solo para matarle.

Le desabotonó la camisa y le dejó la piel del torso al desnudo.

—Soy un experto tatuador, ¿sabes? —Alzó el cuchillo y esperó a que

Ilenko dejara de parpadear, víctima completa del paralizante—. No te preocupes —dijo, y le clavó el puñal en el corazón—. Seré muy rápido.

Capítulo 12

—¡Hija de la gran puta! —gritó Kirnov, llevándose la mano al arañazo en la mejilla que le había hecho Leslie.

La agente iba drogada hasta las cejas, pero se resistía a desfallecer. Rehusaba la idea de que ese tipo la violara en un club de mala muerte, cuando ella había salido airosa de otras situaciones más comprometidas. Pero la droga la debilitaba.

Se sentía extraña, caliente y totalmente descontrolada.

Veía algo borroso y todo parecía un sueño confuso de luces y sombras.

¿Dónde habían ido a parar las demás chicas a las que estaban subastando? ¿Qué habrían hecho con ellas? De repente, sintió unas horribles e incontenibles ganas de llorar.

Lloraba porque sabía que sus extremidades se relajaban y dejaban de luchar.

Lloraba porque se sentía vacía y deseaba que alguien la llenara, y se odió a sí misma por sentir aquella necesidad humillante en un momento como aquel.

Kirnov la cogió del pelo negro y la empujó contra la camilla en la que, momentos antes, el supuesto doctor con guantes de goma blanca le había metido un dedo para saber si continuaba virgen.

A las vírgenes las mostraban en la criba.

A las que no eran vírgenes las pondrían a trabajar allí mismo. Como si fueran meros cromos con los que se pudiera coleccionar.

Kirnov le bajó las braguitas con rabia, y le arañó la pierna con el diamante que tenía en uno de sus dedos. Sostuvo su cabeza con una mano.

Leslie escuchó como el tipo se bajaba los pantalones y le abría los globos

de las nalgas.

—Eres del Drakon. Pero incluso el caviar también puede ser para los pobres, ¿eh, guapa? Ahora —le dijo pasando su sucio dedo por el agujero fruncido del ano— voy a follarte el culo.

Leslie levantó la mano y le agarró del pelo con fuerza.

—¡No! —gritó ella.

Pero Kirnov le golpeó a la altura del hígado, entre las costillas, y eso dejó a la joven sin respiración.

—Ya lo creo que sí —gruñó Kirnov en su oído, mordiéndole duramente—. Ya verás cómo te duele, zorra. Voy a meter...

¡Zas!

Kirnov salió despedido hacia atrás y Leslie dejó de sentir su contacto. Eso hizo que se deslizara por la camilla, todavía sin aire y dolorida por el puñetazo, y cayera desmadejada como una muñeca de trapo al suelo.

Abrió los ojos solo para ver a su héroe. A su salvador.

Markus estaba pateando a Kirnov en el suelo, como si fuera una pelota de fútbol. Después, lo agarró por la camiseta y buscó una tira de goma como la que utilizaban para drogar a las jóvenes y buscarles las venas.

Cuando la localizó, le ató las manos a la espalda y lo subió a la camilla, atándole los tobillos a cada pata y manteniendo sus piernas abiertas. Aquella consulta médica improvisada debería de tener aparatos hidrófugos para preparar a las jóvenes para todo tipo de prácticas sexuales, y Markus encontró lo que buscaba.

Encontró la bombona llena de agua y el tubo de goma de tres centímetros de grosor: un kit de lavativas.

Le bajó los pantalones y los calzoncillos.

—Se te ha bajado el empalme, campeón —gruñó Markus completamente ido por la rabia y la impotencia de haber visto a Leslie tan sometida. Le metió un par de rollos de vendaje en la boca, para que sus gritos no se escucharan. Cogió el extremo del tubo de goma y se lo introdujo en el ano, colando un

centímetro tras otro hasta que estuvo bien dentro—. A ver si el agua purga tus pecados, cabrón.

Enganchó el tubo a su cuerpo con esparadrapo para que no lo extrajera con el movimiento involuntario de los músculos internos y después abrió el agua.

Kirnov moriría. Le reventaría el estómago.

Markus no encontraba muerte más dolorosa para un tipo que había estado a un segundo de violar a la bruja.

La bruja y el demonio eran un equipo. Y si le hacían daño a uno, se lo hacían al otro.

El ruso se dio la vuelta y fijó sus ojos asustados en Leslie, que estaba doblada como un ovillo y se sostenía el estómago, sin dejar de mirarle.

Markus caminó apresuradamente hacia ella y la levantó en brazos para colocarla sobre la camilla. Encontró su ropa mal doblada sobre una silla empotrada en la pared. Le colocó la camiseta de tirantes por encima y después intentó meterle los pantalones, hasta que se dio cuenta de que había un hilo de sangre en el interior del muslo de Leslie.

Markus palideció y sus ojos enrojecieron.

Volvía a pasar. Volvía a recordar. Volvía a verlo todo, secuencia tras secuencia... Pero, sumado a ese duro recuerdo, se le añadían nuevas sensaciones. Extrañas e indescriptibles para él.

Lo que sucedió dos años atrás le dolió como compañero.

Lo que le había pasado a Leslie le dolía como hombre, como persona. Sus sentimientos se mezclaban con instintos posesivos, y su rabia era la del hombre que había sido herido por lo que le habían hecho a la persona que deseaba.

Kirnov había tocado a Leslie, que, para su sorpresa, era virgen. Y solo el demonio podía tocar a la bruja. Nadie más. Solo él.

Posesión. Dominio. Salvajismo respecto a ella. Todo le azotaba la cara y el corazón para dejarlo inmóvil, dispuesto a volar aquel lugar por los aires. Dispuesto a acabar él mismo aquella misión y resguardar a Leslie en algún refugio donde solo él pudiera tocarla. Donde nadie le hiciera más daño.

Leslie lo tomó de las mejillas y le obligó a mirarla.

—No me ha hecho nada.

—Tu sangre...

—No. No es lo que tú crees. Me ha cortado con su anillo... —explicó fascinada por la expresión de su rostro. ¿Qué era lo que se reflejaba en sus ojos bermellones?—. ¿Markus? Eh, Markus, ¿me oyes? —Leslie necesitaba hacer desaparecer la mirada atormentada de aquel rostro tan atractivo y exótico. Se subió los pantalones ella misma.

—¡Te ha tocado! —gritó como un hombre que se resistía a aceptar una realidad.

—¡No! *Ne, ne...* —susurró Leslie mirando a su alrededor y colocándose los zapatos de tacón—. Estoy bien. Solo... Solo estoy mareada... No me ha hecho nada porque tú has llegado a tiempo. Me has salvado... —Renqueante, caminó de nuevo hacia él y le acarició la mejilla con dedos temblorosos y calientes—. Sácame de aquí, por favor... Busca una salida y sácanos de este agujero. Yo no... No puedo mantenerme en pie... La droga me deja fuera de juego —añadió, agarrándose a sus hombros.

Markus apretó la mandíbula y la cargó en brazos, arropándola con su cuerpo, dándole el calor que a ambos les faltaba. El ruso cargó con ella para salir de la sala, y, justo cuando estaban a punto de cruzar el marco de la puerta, alguien le disparó por la espalda y le dio en todo el hombro derecho.

Leslie llevó su mano a la parte trasera del pantalón de Markus y tomó entre sus dedos la Kalashnikov que el mohicano había dejado ahí mientras pateaba a Kirnov. Levantó el arma, apuntó al hombre que la había inspeccionado, y que tenía pinta de médico, y le disparó en la frente.

El tipo murió en el acto.

Markus se aguantó en el marco de la puerta, y Leslie soltó el arma para taponar la herida.

—¡Mierda! —La joven apretó la herida con fuerza por delante y por atrás—. Dios, Markus... ¿Puedes continuar?

—Sí, sí...

—Eso espero, ruso. Tienes que sacarnos de aquí a los dos, vivitos y coleando, ¿de acuerdo?

Markus levantó el labio en una sonrisa ladina y la miró de soslayo.

—Buena puntería, superagente.

—Soy buena, nene. —Ella le guiñó el ojo, instándole a que continuara—.

Vámonos.

Markus asintió y la obedeció. Pegándola más a su cuerpo, subió las escaleras y buscó una salida de emergencia que les sacara a la calle.

La encontró. Salieron a un patio exterior en el que solo había dos pastores alemanes, atados con cadenas. Les ladraron, pero eso no evitó que los dos agentes salieran a toda prisa y abrieran la verja del patio interior.

Estaban al otro lado de la calle, así que Markus aceleró el paso y corrió hasta dar la vuelta a la manzana y llegar hasta su moto.

Se subieron en ella.

Leslie rodeó su cintura con fuerza y pegó el torso a la espalda del chico.

Markus arrancó la Ninja y salieron del Soho derrapando por las esquinas.

Buscarían un lugar para pasar la noche y curarse las heridas.

The Goring

Leslie estaba decidida a sacar partido de la tarjeta en la que habían ingresado los quinientos mil dólares del torneo de Dragones y Mazmorras DS. Markus estaba herido y no podían ir a ningún hostel de mala muerte a compartir literas con otra gente. Por eso necesitaban discreción.

La discreción que otorgaba la buena educación inglesa.

Irían a un lugar en el que, pagando, podías entrar sin dar explicaciones. Se llamaba The Goring, y estaba muy cerca de Buckingham Palace.

Antes de viajar a Londres, Cleo le había dado una lista de lugares que debía visitar. Leslie dudaba de que viera uno siquiera, si estaba en medio de una misión como aquella, pero se le presentaba la oportunidad de hospedarse en el hotel donde Kate Middleton pasó su noche de bodas y, la verdad, no le daba la gana de perderselo.

Antes de ir a la recepción, habían comprado un maletín de primeros auxilios y una bolsa de viaje negra en la que poder meter varias prendas nuevas de ropa que compraron en las tiendas nocturnas londinenses. Markus se cubrió con una sudadera negra de manga larga para que nadie viera su herida, y tomó a Leslie de la mano cuando bajaron de la moto. Sacó sus respectivas bolsas con todas sus armas y dispositivos del interior del asiento, y se colgó las dos en su hombro sano.

El botones de la entrada los saludó educadamente, y los dos se internaron disimulando el dolor y el colicón lo mejor que sabían.

Leslie dio su tarjeta y su identificación. Pagaron por adelantado y se dirigieron al ascensor que los llevaría a una de las sesenta y nueve suites del hotel.

En silencio, en el ascensor, uno en frente del otro, se dirigían al Deluxe

King. El botones los guiaba a su habitación, concentrado en mirar cómo se encendían los indicadores de los pisos que iban pasando. El chico era ajeno al olor a sangre y al estrés que sufrían los dos agentes.

La sangre empezaba a asomar por la manga larga de Markus, y Leslie entrelazó los dedos con los de él y le obligó a meterle la mano en el interior de su bolsillo delantero.

Ni un gesto de dolor cruzaba el rostro del ruso. Era de piedra. O, al menos, lo parecía.

Aunque Leslie ya se había dado cuenta de que no era tan duro e indiferente como él creía.

Al llegar a la habitación, ella le dio al botones unas cuantas libras como propina, solo por guiarlos, como si ellos solos no hubieran sabido encontrar su suite.

Después de un escueto «gracias», el botones los dejó.

Cuando entraron en la habitación, Markus cerró la puerta y se quedó apoyado en ella. Cerrando los ojos. Ni siquiera miró la lujosa decoración, ni el caro tapizado de las sillas ni la preciosa moqueta clara ni tampoco los muebles y las lámparas de estilo inglés.

Simplemente, cerró los ojos y cedió.

Fue entonces cuando se permitió relajarse. Y con la relajación llegaron los sudores fríos, el destempe y también los pinchazos de dolor.

Leslie se descalzó y lo llevó de la mano hasta el baño; un híbrido de mármol negro y láminas de madera en color pistacho. Tenía una amplia cabina de ducha y una preciosa bañera antigua de color negro, con las patas plateadas que simulaban garras de animales.

Las toallas, todas blancas, acabarían desdobladas y manchadas de sangre. Un precioso centro con tulipanes blancos reposaba sobre el mueble del baño. El suelo de cerámica negro y lustroso solo se empañaba por las leves gotas escarlatas que caían desde las puntas de los dedos de Markus.

La chica se quitó los pantalones delante de él, sin una muestra de vergüenza. Le bajó la cremallera de la sudadera y se la retiró con cuidado. Después lo liberó de la camiseta y le desabrochó el botón del pantalón. Le bajó la prenda por las caderas hasta llegar a los musculosos muslos.

Markus, sin dejar de mirarla, pateó el pantalón y se lo quitó de los pies.

Ella abrió la puerta de la cabina y dejó que corriera el agua hasta que se calentara.

—¿Prefieres la tina? —preguntó mirando la bañera—. La puedo llenar si quieres...

—No. —Markus la empujó adentro y cerró la puerta de la cabina tras él. El agua los empapó a los dos poco a poco.

Se sentía cansado y emocionalmente derrotado. Que Leslie hubiera estado a punto de ser cruelmente violada había reabierto todas sus heridas. Y no sabía como hacerle frente.

Jamás había padecido tantas emociones juntas, y estaba descubriendo que era un inepto para encararlas.

En cambio, Leslie actuaba con precisión y dulzura. Ahora lo estaba enjabonando, limpiándole la sangre y mojándole la herida, tanto el agujero de entrada como el de salida de la bala, con agua muy fría.

—¿Has encontrado a Ilenko? —preguntó de modo profesional.

—Sí.

No dijo más al respecto. A Leslie no le hizo falta más para entender que lo había matado. Igual que había matado al grupo de seguridad y de apoyo que tenía Ilenko tras él.

—¿Has descubierto algo más? —preguntó, evitando mirar la sangre que teñía el suelo de la ducha.

Markus afirmó con la cabeza.

—Sí.

—¿Te han dado un balazo en la lengua? —preguntó de repente.

—No, joder.

—Entonces, habla conmigo —protestó Leslie—. No tiene sentido que no me cuentes las cosas cuando estoy metida hasta la cabeza en este desacato total a mis superiores y a mi organización. Me podrían echar del cuerpo, ¿lo sabes?

—No te echarán cuando les des los nombres y apellidos de todos los implicados.

—No tenemos los nombres de la cúpula del Drakon.

—Mañana los tendremos. Confía en mí.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo incrédula por saber cuál era su pecado—.

Que confío. Confío en ti por razones que ni yo misma entiendo —añadió irritada.

Markus le dirigió una mirada imperturbable y ella puso los ojos en blanco.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Mañana el Drakon te espera, Les. Te ha reconocido.

—El Drakon no es tonto. Es mucha casualidad reencontrarme. Sabrá que alguien...

—No está seguro de que seas tú. Quiere comprobarlo con sus propios ojos.

—¿Y cuál es el plan?

—Te llevaré hasta él. No cuentan conmigo. Mañana tiene pensado utilizar una flota para movilizar a todos sus clientes y regalarles a unas cuantas mujeres por haber perdido dinero en las islas vírgenes.

Leslie tragó saliva y asintió.

—Y él... me quiere a mí.

—Sí.

La chica se quedó callada y sacó a Markus de la ducha. Lo secó como buenamente pudo y después lo sentó en una silla. Abrió el botiquín de primeros auxilios y extrajo esparadrapo, aguja e hilo.

—¿Sabes coser? —preguntó él de golpe.

Leslie lo miró a los ojos y sonrió.

—Y cocinar, señor —contestó mientras le daba las primeras puntadas al agujero de la espalda.

—Tienes las pupilas dilatadas.

—Bueno, es el *shock*, supongo. —Se encogió de hombros.

—O es el popper, que te excita de un modo que no puedes controlar.

Leslie pasó a la herida de delante y le cosió con rapidez, pero no contestó a su suposición.

Después se dio la vuelta para no seguir viendo toda aquella piel tersa y tatuada, con heridas de guerra. En su muslo derecho tenía otro alambre que le rodeaba el cuádriceps y le subía por la cadera.

Leslie no iba a hacerle más preguntas que él no iba a contestar, pero se moría de ganas de saber cuántos años había pasado entre rejas. Cada espina

del alambre era un año. Así que, teniendo en cuenta el que le rodeaba el bíceps, con dos espinas, y el del muslo, con otras dos, Markus había pasado cuatro años entre rejas. Infiltrado.

¿Cuánto podía llegar a atormentar al alma una estancia tan larga en un *gulag*?

—Cuatro años, Les. Pasé cuatro años en la cárcel —le explicó él sin esperar ninguna pregunta—. Entré en el *gulag* por robo a mano armada. —Le señaló el gato negro que reposaba en su antebrazo derecho, el que simbolizaba que era un ladrón que trabajaba solo—. Allí, maté para sobrevivir —le enseñó las calaveras en los dorsos de sus dedos; una calavera por cada muerto—, y también para entrar en la *bratva* con Tyoma. Tenía que cumplir los cuatro años, así que me forjé una vida y una personalidad en las celdas. Vendí droga como ellos, consumí y me convertí en un especialista; en un negociador. El que me desafiaba lo pagaba caro —aseguró pasándose los dedos por la cresta húmeda y medio levantada—. Pero, a los dos años de estar ahí, Tyoma e Ilenko salieron y me jodieron. Me echaron de la *bratva*.

—¿Qué te hicieron?

—Lo que me hicieron ya no importa. No sé cuándo la misión de Amos y los Reinos Olvidados dejó de ser un caso institucional para convertirse en uno personal. Bueno —rectificó haciendo una leve mueca de dolor—, sí lo sé. Pero lo único que cuenta es que ya no los puedo perdonar. Y no descansaré hasta que acabe con ellos. Lo demás ya no importa.

—Sí que importa, Markus. Puedo morir por algo que no sé. Sí que importa... —aseguró Leslie, cansada de las mismas respuestas.

—Mis tatuajes hablan de lo que me pasó. Ahí está todo lo que necesitas saber. Solo tienes que ver para mirar.

—Conozco el simbolismo de los tatuajes —repuso ella, disgustada—. Lo que no entiendo es por qué te cuesta tanto hablar de ellos. Pero no importa. —Se dio la vuelta y se quitó la camiseta para quedar en braguitas y en sostén frente a él—. Tienes calaveras, cruces invertidas, estrellas, y un tribal en el hombro que me recuerda a un tatuaje hawaiano... Pero nada de lo que veo me habla de tu pecado.

Markus miró hacia otro lado.

—Yo ya no puedo decirte más. Solo te aseguro que estoy de tu parte y

que no permitiré que nadie te lastime de nuevo. Estamos juntos en esto. Y la misión es la misma para los dos: acabar con la principal *bratva* de trata de mi país.

—Sí, Markus. La misión es la misma. Pero los métodos han cambiado para mí. Estoy matando para conseguir mis objetivos, y, no solo eso, no estoy informando a mis superiores sobre mis avances. Simplemente, no sé lo que hago. Pero, sea lo que sea, lo estoy haciendo por ti. —Se pasó los dedos por el pelo—. Y eso es lo peor: que hago las cosas por un tío que no se molesta en explicarme por qué las hago.

—¿Tú no querías ser como María L. Ricci? —replicó él—. Ella tampoco se preguntaba demasiado por qué hacía las cosas que hacía. Solo se centraba en intentar hacer el bien a su manera. Y créeme que anular a los traficantes de personas, se mire por donde se mire, se anule como se anule, es algo bueno para todos. Eres... Eres una compañera excelente, Leslie —dijo él con sinceridad—. La mejor que puedo tener. Aunque, seas también la peor opción para mí. —Se levantó de la silla y quedó en calzoncillos, ante ella, con sus tatuajes, sus cicatrices y sus puntos en la piel.

—¿Y ahora de qué hablas? —Leslie se iba a quitar el sostén delante de él, sin importarle si le provocaba algo o no, porque, lo cierto era que Markus le había dicho por activa y por pasiva que no iba a suceder nada más entre ellos. Así que, ¿qué más daba si se desnudaba?

—Hablo, joder... —Markus se relamió los labios y la observó sin vergüenza alguna—. Hablo, Leslie, de que, como te quites eso delante de mí, no voy a poder evitar ponerte las manos encima.

Ella detuvo los dedos que hurgaban en el broche delantero de su sujetador. Levantó la mirada y arqueó una ceja negra.

—¿Qué has dicho?

—Lo que oyes. Puedo ignorarte dos veces, pero la tercera será muy difícil. —Aquella mujer le licuaba el sentido común y echaba por tierra todas sus reservas—. Estás tan excitada que veo tu humedad entre las piernas. Es la droga, y vas a necesitar que alguien te baje el calentón o podrías sufrir un *shock* debido a una sobredosis. Y te juro que nadie va a tocarte otra vez para calmartte.

Él se aproximaba a ella con agresividad.

—¡Ese hijo de puta no me tocó para calmarme! ¡Me quería violar! — exclamó ella dando dos pasos hacia atrás para guardar las distancias con el ruso.

—Lo sé, Les —aseguró con gesto arrepentido.

—¡Y me hizo daño! —protestó ella. Sí que le había hecho daño. Había intentado forzarla por atrás, y la había irritado—. Y lo peor es que..., es que... ¡mi cuerpo iba a permitir que me lo hiciera! ¡Porque lo deseaba! ¡Pero no lo deseaba a él! —gritó, confundida y avergonzada por haber tenido esa reacción—. ¡No deseaba aquello! ¡Pero la droga...!

Markus la agarró de la muñeca y tiró de ella hasta abrazarla con fuerza. Leslie hundió el rostro en su pecho y se derrumbó sobre él, sorprendida por la actitud de ambos.

—¡Es horrible! ¡Podría haber dejado que cualquiera me follara! ¡Incluso ahora! ¡Estoy tan caliente que necesito...!

—Chis, Les... —Markus le acarició el pelo con dulzura. Hacía tiempo que no tocaba así a ninguna mujer. Muchísimo tiempo. Lo había hecho con Dina, cuando estaba sobrepasada por la situación y el miedo había podido con ella. Cuando la extorsión la obligó a delatarlo a sus espaldas. Pero la había tocado sin deseo, solo con compasión. Y a Leslie, ahora que la tenía entre los brazos, no la compadecía. La admiraba, la respetaba y la deseaba como un poseso—. Tranquilízate, por favor...

—¡Y no me quito la sensación de encima!

—Lo sé, *vedma*. Lo sé. —Apoyó la barbilla sobre su cabeza y sonrió indulgente—. Pero yo voy a quitártela.

—¡Y lo peor es que el único hombre que quiero que me toque y que me folle eres tú! ¡Y es humillante saber que no quieres nada de eso conmigo!

Markus la tomó de la barbilla y la obligó a que lo mirase.

—Te equivocas. Sí que lo deseo.

—¡Mentira!

—Ah, no. —Sonrió malignamente moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Pero me dijiste que...

—Al diablo con lo que dije. Al diablo con las consecuencias. Y al Demonio..., joder, ¡al Demonio lo que es del Demonio!

Markus la besó poseído y sobrepasado por todas las emociones.

Tal vez se equivocara al ceder a la necesidad que tenía de esa mujer, pero se había equivocado tantas veces haciendo cosas que no quería hacer que ¿qué más daba si se equivocaba cediendo a aquello que deseaba y que le enloquecía?

Capítulo 13

—¡Markus!

Leslie no sabía de dónde venían tantas manos, hasta que se dio cuenta de que solo la tocaban las del ruso. Se suponía que tenía dos, como todos los seres humanos. Pero la verdad era que sus dedos exigentes hurgaban por todas partes con una intensidad y una velocidad que hacían pensar que tenía ocho brazos, como los pulpos.

Ella le rodeó el cuello y se colgó de él cuando le metió la lengua en el interior de la boca para, de un modo vehemente, acariciarla con la suya, rozarse y frotarse como si quisieran crear fuego con la fricción.

Markus tenía un sabor tan excitante, sabía tanto a su caramelo que a ella le apetecía comérselo entero.

Él la alzó por las nalgas y la obligó a que le rodeara las caderas.

Solo los separaban sus prendas íntimas del contacto directo de sexo con sexo, pero se frotaban como si ya estuvieran el uno dentro del otro.

Markus la sacó del baño a trompicones y la llevó a la habitación, en la que una inmensa cama King, con el cabezal de roble, cubierta con una colcha con estampados dorados y naranjas, los esperaba para que la estrenaran. A través de la ventana se veía el precioso jardín que rodeaba el hotel por la parte trasera y las copas de los árboles que poblaban las parcelas.

Parecía irreal que después de salir del turbulento Soho, envueltos en un círculo de abuso y prostitución, pudieran tener aquel paréntesis en una suite de lujo como aquella.

Sin embargo, para Markus, que no se fijaba en los detalles elegantes ni en lo cara que podía resultar la estancia allí, había algo aún más sorprendente que los excelentes tapizados y toda la clase del edificio.

Leslie era virgen. ¿Cómo era posible?

La estampó en la pared veneciana que había junto a la ventana, y una lámpara de pie cayó al suelo, sobre la moqueta.

Leslie se agarró a la cortina dorada oscura que cubría el ventanal blanco. Markus movía las caderas hacia delante y presionaba la vagina abierta de Leslie.

—¿Cómo es posible? —preguntó él como si le faltara el aire. Pasó la lengua por su cuello y la mordió ligeramente.

—¿El qué? —gimió rendida a las sensaciones.

—Que seas virgen, Leslie. Que una mujer de treinta años, atractiva y bonita como tú, no se haya acostado con ningún hombre.

Leslie le agarró de la cresta y tiró de ella de modo dominante.

—Ahora no vamos a hablar de esto, ¿verdad? Quiero que me quites la virginidad. Y después quiero que me folles como tú sabes...

No quería charlas. Estaba a punto de entregarse a alguien que realmente le gustaba y le quitaba horas de sueño desde que lo conoció. ¿Por qué?, preguntaba Markus. Sencillo. Porque para Leslie era, o él, o nadie. Lo había esperado demasiado tiempo y en cuanto su cuerpo reconoció que era un hombre de bandera, dominante, un macho, un zar ruso que escondía más de lo que enseñaba, tal y como ella quería, sus instintos no lo pudieron negar más.

Lo exigían.

Exigían a Markus entre sus piernas.

—¿Como yo sé? ¿Y cómo follo, Leslie?

Ella le agarró la barbilla y le dio un beso húmedo en los labios.

—Follas como luchas. Como un bestia. Como un salvaje que sabe que tiene entrada libre en los clubes más selectos del Infierno. Pues bien, Markus: seré virgen, pero no mojugata. Y te aseguro que te doy entrada libre en mi infierno. Pero tendrás que hacerte con él.

Markus parpadeó una vez y, cuando reconoció en aquellas palabras su abierto desafío, la competición que él deseaba encontrar, el ganarse el trofeo, ya no pudo echar marcha atrás. Iba a por todas.

Iba a por ella.

La echó sobre la cama. No le bajó las braguitas: se las arrancó, tal y como

ella esperaba.

Totalmente desnuda, Markus la cogió por los muslos y la acercó a su paquete. La cama era lo suficientemente alta como para tener la altura perfecta para la penetración y las embestidas al hacer el amor.

Pero lo que él hizo, lo que aquel gigante con cresta y dibujos en el cuerpo hizo con ella, no tenía nada que ver con hacer el amor.

Cuando le abrió las piernas de par en par y apoyó los muslos en sus hombros, no hablaba de hacer el amor al uso; cuando colocó sus manazas bajo la parte inferior de su espalda y arqueó su cuerpo hacia él, como si la obligara a entregárselo, no era sexo a lo clásico; y cuando le introdujo la lengua profundamente en su vagina y comenzó a rotarla y a succionarla hasta volverla loca por la estimulación, tampoco era copulación.

Markus no conocía el misionero. Pero para él, Leslie era la misión. La misión más importante en aquel momento. Y por eso, con ella, de repente, le apetecía ser quien era en realidad; al menos, en la cama.

Aquella parte de él sí que podía mostrársela. Con aquella mujer sí que no se avergonzaría de expresar todo lo que le apetecía hacer con su cuerpo, y lo mejor era que ella estaba ahí porque lo deseaba.

Por eso la saboreó y la saboreó, obligándola a aceptar su deseo y a suplicar más y más estocadas de su lengua. Por eso, cuando se corrió, siguió lamiéndola, a pesar de sus quejas de placer-dolor, y la excitó de nuevo hasta que pudiera correrse por segunda vez.

—¡No lo aguanto! —gritó ella sin poder cerrar sus muslos.

—Sí lo vas a aguantar —le ordenó él sorbiendo toda su excitación y mordiendo el camaleón tatuado que tenía en el interior del muslo, como su hermana Cleo, pero el suyo era diferente. Tenía una cresta roja en la cabeza. ¿Sería una casualidad? Tal vez las brujas como Leslie sabían quién iba a poseerla, y por eso tenía ese tatuaje de camaleón con cresta pegado casi a la zona de su sexo—. Lo vas a aguantar porque lo que viene ahora es lo mejor, y te estoy preparando para eso.

—¡No necesito tanta preparación! —protestó ella temblando, encogiendo y expandiendo el vientre. Siguiendo sus convulsiones.

—La necesitas porque yo no voy a poseerte como los demás, Leslie. — De repente, le introdujo un dedo y, a continuación, otro más. Los removió y

la dilató ligeramente para la intrusión mucho más gruesa de su verga. Podía tocar el himen con la punta del dedo corazón—. Qué cachondo me pones... —Empujó un poco la telita de carne que rompería de una estocada.

—¡*Argh!*

—Me has elegido a mí, ¿verdad?

—Sí.

—Sabes cómo soy y lo que soy.

—Sí. Creo...

Él levantó una ceja, sorprendido por la matización.

—Te llevaré hasta el límite y tal vez hasta lo cruce. —La lamió de arriba abajo—. Hace mucho que deseo hacer esto contigo.

—No hace tanto que nos conocemos —bromeó ella.

—Suficiente, Leslie. Suficiente para mí... —gruñó lamiéndole el clítoris al mismo tiempo que la penetraba con los dedos—. Ahora ya no te puedes escapar.

—No me voy a escapar. Pero házmelo ya, Markus, no aguanto más...

—Tú no das órdenes aquí, ¿recuerdas? —Markus deslizó las manos sobre sus nalgas desnudas y duras y las amasó como si fueran la masa de una pizza—. Las obedeces. —Sus ojos rojizos destellaron con malicia y lujuria.

—Maldito seas...

—¿Te arrepientes de haberme escogido? —preguntó con sus labios todavía pegados a su sexo. Sacó los dedos, le introdujo la lengua de nuevo y volvió a encenderla.

—No. Dios, Markus... —Cerró los ojos y gimió—. Creo que me voy a correr otra vez...

—Perfecto. Córrete. Mójate para mí.

Markus se limpió la boca con el antebrazo y dejó el cuerpo laxo de Leslie sobre la cama. La droga haría que cada vez deseara más y más. Leslie no sabría cómo hacerla parar, cómo detener el efecto de sus lenguas de fuego, pero Markus tenía todo lo que ella necesitaba para apagar la olla de presión

en la que se habían convertido sus pechos, su vientre y su sexo.

La agente tenía las piernas abiertas y el centro de su cuerpo palpitante, húmedo y brillante. Hinchado y rosado, y le obedecía. Se mojaba para él.

—No tengo condones —murmuró Markus con la esperanza de que aquello no fuera ningún impedimento—. ¿Es un problema? Estoy limpio y sano. Me hice las últimas pruebas para el torneo de Dragones y Mazmorras DS.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y dijo:

—Tomo la píldora. Me hago análisis mensuales y estoy muy sana.

—Lo que estás es muy buena... —dijo él acariciando su cintura y sus caderas—. Agárrate a algo, Leslie. —Se arrodilló entre sus piernas y se acarició él mismo de arriba abajo.

Leslie echó la cabeza hacia atrás y se agarró los pechos.

—¿Esto sirve? —preguntó con tono caliente.

Markus sonrió y le abrió las piernas. Después apoyó la parte trasera de sus rodillas en sus antebrazos y le alzó las piernas.

Leslie tragó saliva y lo miró fijamente.

—Trátame bien, ¿eh, mohicano?

Él sintió que algo en el pecho estallaba. Se inclinó sobre Leslie y juntó su frente a la de ella.

Entonces guio su erección a su entrada y comenzó a introducirla lentamente. Leslie podía ser virgen, pero estaba dilatada y tenía ganas de aquello tanto como él.

Le introdujo primero la ancha cabeza, después centímetro a centímetro desapareció en su interior su grueso tallo venoso y oscuro. Ella se relamió los labios y frunció el ceño en un gesto de incomodidad y dolor.

Markus llegó hasta el himen y sonrió.

—¿Quieres que sea yo?

—Sí.

Leslie no lo dudó ni un instante y la respuesta cautivó al ruso en el que nadie confiaba. Solo la superagente creía en él en todos los aspectos, y se sentía tan agradecido que tenía incluso ganas de llorar.

Markus empujó con fuerza y desgarró el himen. Después, de la misma potencia, se introdujo por completo, hasta la empuñadura, en el interior de la

mujer que, con los ojos abiertos y llenos de lágrimas, lo había detenido por los hombros hasta clavarle las uñas en la piel.

Él dejó escapar un gruñido de triunfo y se dejó caer sobre ella, disfrutando de sus espasmos.

—Por el amor de Dios... —susurró una impresionada Leslie sobre su hombro—. Me estoy corriendo...

—Lo noto.

Y vaya si lo notaba. La matriz de Leslie se contraía y lo estrujaba con una intensidad abrumadora.

—Joder, Les... —Markus se incorporó, la tomó del pelo para anclarla en un lugar fijo en la cama y, sin dejar de mirarla, empezó a moverse en su interior.

Sin compasión. Sin ningún tipo de consideración. Les daba a los dos lo que querían en ese momento.

—¿Te gusta? —le gruñó él al oído.

Leslie se abrazó a su ancha espalda y le rodeó la cintura con las piernas.

Markus tomó aquella señal para hacerlo con más fuerza, para sumergirse en ella con profundidad y certeza, sin dudas.

Leslie lo aceptaba y se abría para él. Le apretaba, era estrecha y, a la vez, se esforzaba por dilatarse y por dejarle entrar hasta lo más hondo de su ser.

Los golpes de la carne contra la carne, de la humedad contra la humedad, llenaron la habitación con su ritmo constante y despiadado.

—¿Te duele?

Ella asintió y se encogió de hombros, perdida en el dolor-placer que la lanzaría a la nada.

—Pero no pares, me encanta...

Markus le soltó una parte del pelo para dirigir su mano al clítoris hinchado y duro de la agente. Sin embargo, ella le cogió de la muñeca para detenerlo.

—No. No me toques...

—Así sentirás más placer...

—Llevo corriéndome por ahí toda la vida —explicó ella—. Haz que me corra por dentro. —Acercó su cabeza a la de ella y lo besó.

Markus se quedó de piedra ante la honestidad y la franqueza de Leslie.

Pero no podía ser de otro modo. Era la mujer más segura de sí misma, sincera y directa que había conocido jamás. En el sexo, sería igual que en la vida.

Iría de cara, sin subterfugios, sin máscaras.

Y frente al derroche de transparencia, Markus se sintió sucio. Sucio porque no le había dicho la verdad.

Por eso respondió al beso con desesperación, como si fuera una boya a la que amarrarse en un mar de turbulencias y mareas altas.

Mientras le hacía el amor de un modo demasiado duro e intenso para su primera vez, tuvo un sentimiento de rechazo hacia él mismo por no haberle explicado a esa superagente con ojos plateados de bruja y rasgos felinos cuál era la verdad.

Tal vez, pensó mientras le sostenía las manos por encima de la cabeza y empezaba a moverse a un ritmo duro y conciso, pudiera absorber para él mismo parte de esa luminosidad diáfana que transmitían los ojos de su *vedma* y así poder limpiar sus pecados y todas las manchas de su espíritu.

Tal vez, Leslie podría exprimir de él parte del sentimiento de culpa y fracaso que acarreaba desde hacía dos interminables años...

Ella le besó los tatuajes de los hombros y pasó su lengua por su cuello con desidia, completamente en sus manos.

Gemía dispuesta a darlo todo.

Lucharían los dos por su orgasmo.

Y con la liberación de ella, que nacía en su interior como un remolino que todo lo chupaba, también nació la de él, que aguantaba el momento para correrse junto a ella.

Y la última estocada poderosa los llevó a ambos al limbo.

Leslie medio lloró al alcanzar su éxtasis. Markus la sostuvo bien fuerte entre sus brazos.

El ruso cerró los ojos y, egoísta como no era desde hacía tantísimo tiempo, decidió que, si todo salía bien, tal vez encontrara el valor para regresar a ella de nuevo y pedirle que volviera a limpiarlo.

Tal vez Leslie podría convertirse en su última esperanza.

Porque esperanza era lo que le daban sus dulces besos, ahora teñidos por sus lágrimas, que le besaban los tatuajes y que lamían, principalmente, el que lo llevaba al purgatorio y que Les no sabía ver.

No era fácil verlo, pues el tatuaje tenía diseños maoríes y polinesios. No eran solo tribales. Era algo más. Algo más difuminado en el interior de sus cenefas. Un tatuaje en el interior de otro tatuaje, eso era.

Tal vez la joven que temblaba bajo su cuerpo, si salía viva de allí, si ambos lo hacían, pudiera borrarle las marcas de la piel.

Leslie no tenía ni idea.

Pero con su entrega acababa de alumbrar su oscura alma.

Markus dormía sobre ella, y todavía no se había salido de su interior desde que lo habían hecho.

Llevaba una hora y media durmiendo.

Leslie le acariciaba la espalda y la nuca. A veces, jugaba con las puntas más claras de su cresta, que solo se levantaba en la parte superior de su cabeza. El ruso estaría igualmente guapo con el pelo todo peinado hacia atrás, pensó con una sonrisa.

Intentaba tener pensamientos vacuos y superficiales para no concentrarse en la intensidad de sus emociones, pues lo que había experimentado con aquel hombre había sido algo casi místico, fuera de lo normal.

Leslie siempre se había reído de los sentimientos que Cleo tenía hacia Lion. Para ella, el amor estaba sobrevalorado porque era como una quimera. Todos lo buscaban, y esas mismas ansias por encontrar a esa media naranja hacían que la gente quisiera ver en ranas a sus príncipes; y en mosquitas, a sus princesas. La gente no escogía bien, y era el miedo a quedarse solos lo que hacía que eligieran mal.

Pero entonces un día la secuestran y le ponen en frente a ese mohicano con aspecto de zar. Y entonces todos los inconvenientes de vivir una aventura y todos los contras de entregarse a alguien se desmoronan con solo una de sus miradas.

Creyó que podría follar con Markus sin entregar nada más; creyó que el sexo era solo sexo, pero se convertía en algo más cuando lo hacías con la única persona que te llamaba la atención.

Y Markus..., Dios, Markus le había enseñado que con él no había nada descafeinado ni a medias tintas. Era todo al rojo, todo al ruso, y podías perder incluso el corazón si no te ibas con cuidado.

Sin embargo, ya estaba perdida. Le escocía el vientre y se sentía irritada, y, aun así, el dolor era una medalla. Acababa de ganar un trofeo fantástico. Su primera vez con el Hombre, con mayúsculas, y sentía ganas de aplaudirse a sí misma por haber esperado tanto.

Ahora a ver cómo se las arreglaba para no sufrir más de lo necesario. Porque Leslie nunca había sido tonta ni soñadora en cuestión de amores. Y sabía que Markus no quería liarse con ella.

Perfecto.

En realidad, era una mierda, pero perfecto en lo que se refería al trabajo.

Le acarició la pantorrilla con el empuje y le besó detrás de la oreja. Encendió la mesilla de noche y focalizó sus ojos en el tatuaje que finalizaba justo ahí, recorría su ancho hombro, los músculos de su brazo y del antebrazo y nacía en su pecho.

Los dibujos eran negros y tenían un diseño peculiar de líneas y figuras simétricas que llenaban el espacio de la piel con distintos tipos de trazos gruesos y finos. En algunas zonas, los trazos dibujaban caras, estrellas y soles... Vaya, eso no lo había visto antes. Tampoco había tenido a Markus para ella, de aquel modo tranquilo y relajado como para darle acceso a estudiar sus tatuajes.

No solo eran cenefas. Eran dibujos. Un lenguaje dentro del tatuaje.

Markus le había dicho que no sabía ver.

Ahora lo estaba viendo.

Podía apreciar también que parte de la tinta era distinta en los trazos del tribal. Como si el dibujo hubiera sido posterior. Como un embellecedor de los dibujos que rodeaba: una rosa de los vientos, una cruz invertida... y una calavera. ¿Una calavera solo?

Leslie repasó el dibujo con el dedo.

No, no solo era una calavera... La calavera estaba dentro del cuerpo de una muñeca rusa. En la cabeza tenía dibujada la calavera, y esta tenía una pequeña lágrima en el ojo derecho. El cuerpo de la muñeca rusa tenía flores, y en el centro una cruz.

Si observabas con atención, veías como el dibujo salía del tribal como si fuera una imagen tridimensional. Pero no lo era. Simplemente, se difuminaba con los diseños y perdía magnetismo.

Pero no ahora.

¿Qué significaba la muñeca rusa con una calavera? Además, estaba situada sobre su hombro y, a través de su silueta, otras líneas y trazos subían por el cuello y se escondían tras la oreja.

Leslie se quedó pensativa. Abrazó al ruso para recordarse que, en ese momento, no importaban sus dibujos.

Solo importaba que él estaba allí con ella.

En su interior.

Acercó su boca a su oído y le dijo en voz baja:

—No sé quién eres, Markus... Sé que no me has contado la verdad y sé que no eres fácil, pero... *menya s uma*. Me vuelves loca.

Markus tembló entre sus brazos, sacudiéndose, intranquilo.

Leslie sonrió con tristeza y lo besó.

Y así, dándole leves besos en la mejilla y acariciándole el pelo, empezó a quedarse dormida, con un gigante soviético sepultado en su interior.

Hasta que los fantasmas la sacaron de su entumecimiento.

—¡No, *Dina!* ¡No! —gritó Markus entre dientes.

Peleaba contra sus pesadillas, sacudiéndose con violencia sobre el cuerpo de Leslie. La agente, asustada, intentaba atraerlo a la realidad.

Y volvió a suceder lo mismo que en el hotel Ibis.

En un intento por defenderse de sus fantasmas, acabó por rodear el cuello de Leslie, que, indefensa, sometida bajo su cuerpo y ensartada todavía por él, intentó sacárselo de encima.

—¡Markus! ¡*Prosnut'sya!* ¡Despierta, me estás ahogando!

Los ojos rojos del agente parpadearon confusos, pero seguían sin verla a ella, mientras le apretaba el cuello.

Leslie movió las caderas para que él notara que estaba en su interior, y levantó la cabeza para besarlo a la desesperada en la boca...

—¡Mar... Markus! ¡Mírame! ¡Mírame! —gritó con los ojos enrojecidos, y le dio una dura bofetada.

Eso lo despertó al momento.

Sacudió la cabeza y la miró, con las pupilas dilatadas, envuelto en sudor frío. Respiraba agitado y los estremecimientos le recorrían como olas incontrolables llevándolo a la deriva. Tragó saliva y negó con la cabeza.

—No vuelvas a dejar que me duerma... —suplicó derrumbándose sobre ella. Empezó a mover las caderas y a encontrar algo de alivio y cobijo en el cuerpo de aquella mujer.

—Por el amor de Dios, Markus... —Leslie, que estaba tan descontrolada como él, no podía ni moverse. ¿Qué pasaría si un día no pudiera despertarle? Le dolía la vagina, la tenía irritada, pero no encontró fuerzas para decirle que se detuviera—. Cuéntamelo —pidió, rendida a él.

—No, Les. Lo siento. No puedo.

—Cuéntamelo, por favor. Tal vez así las pesadillas no te den tanto terror —suplicó conmovida por sus temblores.

Que un hombre tan enorme y corpulento se despertara atemorizado como un crío, la dejaba conmocionada.

—No te quiero para eso —contestó a la defensiva—. No tienes por qué...

—Chis. Cállate, ruso. —Leslie le tapó la boca. Si en ese momento de vulnerabilidad él le decía algo hiriente como que solo quería un polvo, no le iba a sentar nada bien, así que lo acalló—. Está bien, Markus... Hazme lo que quieras. Úsame para sentirte mejor.

Él apretó los dientes y la miró rabioso, como si no le comprendiera.

Si Markus necesitaba aquello de ella en ese instante, se lo daría. Porque, a Leslie, nada le había tocado el corazón como los ojos llenos de tormento y lágrimas sin derramar de aquel hombre traumatizado por su pasado.

Él la poseyó hasta el fondo y no le dio cuartel. Se corrió de nuevo en su interior, y cuando ella gimió llegando de nuevo al orgasmo, tampoco se detuvo.

Entonces, Leslie lo comprendió.

Markus no dormiría de nuevo en toda la noche. No cerraría los ojos a su lado nunca más.

Se entretendría con ella, con su cuerpo. Con su boca, pues no dejaba de besarla. Pero no dormiría otra vez con ella.

Y no le importó. El dolor pasaría.

Pero, al menos, podría darle algo de paz a ese guerrero. Por una noche se

convertiría en su particular cazador de sueños.

Capítulo 14

Al mediodía, Markus dejó de utilizar el cuerpo de Leslie. Después de horas de sudor y placer, de dolor y agarrotamientos, de músculos tensos y zonas sensibles e inflamadas, el ruso decidió que ya había saciado todo su apetito y que ya era hora de ponerse en marcha.

No se atrevió a hablar más con ella. No era bueno en eso: enfrentar el día después siempre había sido fácil para él. Las chicas se iban y punto.

Tampoco se sentía capacitado para dar a la agente las respuestas que buscaba.

Llevaba años ocultando quién era, años enteros sin acercarse demasiado a los demás por miedo a involucrarlos en su mierda y en sus miedos.

Tampoco lo haría con Leslie, a pesar de que le había demostrado que ella no era como los demás.

Ella no flaqueaba, no delataba y no temía a ningún enfrentamiento. Y lo más importante, no le temía a él.

Pero no la inmiscuiría en sus problemas porque, precisamente, Les era diferente y temía por ella en todos los sentidos.

Le importaba.

Por ese motivo, le dolía saber que se había abierto con él, que le había entregado a él su primera vez; que, en vez de echarle en cara su comportamiento sexualmente arrollador de la noche anterior, la joven le había entregado su cuerpo para que hiciera con él todo lo que quisiera.

Se había ofrecido como su paño de lágrimas, y él la había inundado con su esencia una y otra vez, como un egoísta carroñero que quisiera marcarla para siempre.

Y, aun así, sabiendo que no le podría dar más, en ese momento, mientras

preparaba sus armas y repasaba su munición, lo miraba y le sonreía, como si así le disculpara.

Como si le comprendiera a la perfección.

Para llenar el silencio reinante en la habitación, habían puesto el canal de las noticias. En ellas, explicaban el hallazgo de los cuerpos del Soho, en un prostíbulo ilegal y clandestino donde se traficaba con menores; los cuerpos de los hombres mutilados pertenecían a rusos. En especial, se centraban en la carnicería que habían hecho con uno de ellos. Un hombre de pelo rapado y muy alto, con tatuajes de la mafia rusa en su piel.

En las noticias aseguraban que se trataba de un ajuste de cuentas entre bandas de traficantes.

Sin embargo, no mencionaban nada sobre los millonarios que se suponía que habían pujado en las cabinas... Seguramente, habrían huido al ver que no aparecía ninguna mujer más para subastar. Uno de ellos habría llamado a Ilenko para preguntar por ellas, y al comprobar que no contestaba, habría mandado a sus guardaespaldas a buscarlo. El guardaespaldas descubriría que Ilenko había sido degollado y que lo habían abierto en canal, y entonces habría encendido las alarmas.

Todos los compradores se fueron y, hoy, estarían pidiendo explicaciones al Drakon en esa intrigante flota donde iban a entregar a las mujeres compradas.

Markus seguía las expresiones de Leslie al escuchar las noticias, porque lo cierto era que no las veía; atendía tan solo a sus armas.

La joven no mostró ninguna sorpresa al escuchar lo que él había hecho con Ilenko, ni tampoco cuando el informador había dicho que en su boca se había hallado el propio pene de la víctima cortado, junto a una muñeca rusa en miniatura.

Esa chica era una caja de sorpresas.

Leslie parecía fría y dura. Pero, también, altamente inflamable si le tensabas demasiado la cuerda.

Y en vez de enviarlo a freír espárragos por usarla así, se había dado con todas las consecuencias.

Markus observó la curvatura de su espalda, la palidez de su esbelto cuello y la toalla que cubría su torso. Se acababa de dar una ducha, tenía el pelo

húmedo y peinado todo hacia atrás.

Sus labios seguían hinchados de sus besos y lucía marcas de chupetones por hombros y pechos.

—El Drakon va a comprobar que ya no soy virgen. —Aquella era su única inquietud.

—El Drakon no te va a tocar ni un pelo. No te voy a entregar. No te acercarán a ellos a más de diez metros.

Leslie arqueó las cejas y echó hacia atrás el cargador.

—Entonces, será difícil infiltrarme.

—No lo harás.

Ella levantó la mirada y se la sostuvo durante unos segundos.

—¿Has cambiado de planes otra vez? ¿Cuándo ha sido eso?

—No sé. Tal vez cuando te follaba por décima vez —espetó él con dureza.

Leslie parpadeó incrédula.

—¿Cuando me follabas? ¿Y eso cambia algo entre tú y yo? No comprendo.

Un músculo palpitó en su mandíbula y se mordió la lengua para decirle que sí. ¡Lo podía cambiar todo! Pero, en lugar de eso, giró la cabeza y miró hacia otro lado.

—Tenemos su habitación y el hotel en el que se va a hospedar —explicó él—. Iremos a por él. Localizaremos sus barcos y nos aseguraremos de que los vigilen.

—Entonces, ¿por fin vas a ponerte en contacto con nuestros superiores? ¿Por fin hablarás con tu subinspector y le dirás todo lo que estás haciendo? ¿Por fin hablarás con el mío antes de que me echen del FBI de una patada en el culo?

—No, Leslie. Ni tú ni yo podemos informar a nadie. Enviaré un mensaje a la policía local. Eso es todo.

—¿Por qué no? No vas a matar a nadie más, Markus. No puedes hacerlo. Te has cargado a Ilenko y a sus unidades, joder. Esos hombres tienen que ser juzgados por la ley que...

—¡Deja de decir chorradas, Leslie! —gritó él, ofuscado—. ¿Crees que permanecerá mucho tiempo en la cárcel? ¿Crees que lo condenarán? ¡Ni aquí

ni en mi país harán tal cosa! Yo soy la única justicia que conozco, y esa gente tiene que morir. De lo contrario, nunca descansaremos.

—¿Y de qué te sirve a ti luchar contra todos?! —preguntó Leslie, levantándose como un polvorín—. Conseguirás que te maten. Tienes que aprender a delegar. Tienes que aprender a confiar en tu institución... Para eso entraste a trabajar con ellos, ¿no? Ellos sabrán lo que hacer. Los juzgarán y...

—¿Y pondrán a los malos entre rejas? —preguntó mofándose de la honestidad de la agente—. Superagente, a veces, parece que hayas salido de la guardería...

—Y tú que hayas salido de *Gangster Squad*.

—¿De qué sirve llevarlos a prisión si desde ahí también maquinan? Llevarlos a la cárcel es como darles unas vacaciones pagadas.

—En mi país no permitirían eso... Los aislarían. Hay cárceles como la Supermax en Florida. Quedan completamente aislados, solos, no pueden tener comunicación con nadie.

—¿En tu país? ¿Estás de broma? —preguntó, incrédulo—. Antes de viajar a Nueva Orleans, asistí a la entrevista que le hizo Montgomery a Yuri Vasíliev. Se rio en su cara de tu subinspector... Le dijo que la guerra contra la *mafia* era una guerra perdida. Le amenazó. Y le aseguró que él saldría de allí al cabo de un par de semanas. Y que mientras Montgomery siguiera luchando contra la mafia y las *bratvas* en Estados Unidos, él se encargaría de follarse a su mujer. —Se peinó la cresta con frustración—. ¿Crees que Montgomery no se acojonó? ¿Crees que no se vendería por proteger a lo que quiere? ¿No se vendería por salvar su vida?

—Todavía hay gente con principios, ruso —contestó mirándolo con compasión—. ¿Qué demonios te han hecho?

—¿Y qué sueños románticos tienes tú sobre la bondad? —Su tono era arisco y sentenciador—. ¿Por qué crees tanto en las personas?

—Porque, si no, ¿por qué estoy luchando? —preguntó, anonadada por su visceralidad.

—Me sorprendes mucho, Les... La mafia es como un virus que se expande y va tocando a la gente. La gente se vende por ellos porque los temen. Se infectan de su malicia y del terror que despiertan. ¿Sabes por qué he cortado la comunicación con mis superiores?

—¿Por qué? —le desafió.

—Porque estoy convencido de que mi jefe está metido hasta las cejas con las *bratvas*. Lo han comprado.

Leslie se quedó con la boca abierta.

¿Su jefe?

—Vladímir Vólkov. Ese es el nombre del inspector jefe de la SVR —la informó—. Es mi jefe, y está con ellos.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Porque alguien tuvo que dar el chivatazo sobre mi violación del código de los *vory* a Tyoma y a Ilenko. Y ese chivatazo solo podía venir de la persona que me adjudicó el caso. Era el único que sabía la verdad. El único que conocía ese detalle sobre mí.

—¿Y esa persona es Vladímir?

—Sí. Estoy cien por cien seguro. Y estoy a unas horas de descubrir la verdad.

Leslie se dejó caer en la cama y clavó la mirada en sus pies desnudos.

—¿Me estás diciendo que tu propio jefe te tendió una trampa? ¿Que tu propio jefe te delató? Todo esto..., ¿también es por él?

—Sí, Leslie. Por eso decidí cortar la comunicación desde el preciso momento en el que salimos de Nueva Orleans. Él ya no iba a tener más control sobre mí.

—Pero... ¿por qué iba a hacer eso? ¿Por qué iba a traicionarte de ese modo?

—Porque yo ya estaba muy cerca del *vor* principal en el *gulag*. Porque, cuando saliera, Tyoma e Ilenko me iban a meter en su *bratva*, y, al hacerlo, habría descubierto que era él quien le cubría las espaldas en todos sus golpes y secuestros. Entonces me alejé, delatándome. Pero el torneo me puso en contacto con el FBI, y para su mala suerte me redirigió a la *bratva* principal. Al origen de todo.

Leslie no se lo podía creer. ¿Qué despropósito era aquel? ¿Cómo podían haber tantos misterios dentro de las organizaciones para las que trabajaba?

—¿Montgomery sabe que tú sospechas de Vladímir?

—No. Él no sabe nada.

Leslie frunció el ceño. Sabía detectar cuando alguien mentía. Y acababa

de pillar a Markus en una nueva mentira.

—De acuerdo... —dijo decepcionada—. Me has metido en medio de tu ajuste de cuentas, ¿verdad? Es una maldita venganza y me has utilizado para eso. Has accedido a cargar conmigo para tener al FBI contento y que no molesten más de lo debido...

—No. En realidad, no. Has resultado ser la mejor compañera que he tenido nunca. Y si consigo mi venganza, será gracias a ti. Siempre te lo agradeceré.

—Guárdate tus agradecimientos, capullo. Has matado a Ilenko. ¿Quiénes vienen ahora? Tyoma, Vladímir y... ¿el Drakon? ¿Los matarás a ellos también?

Markus asintió con la cabeza. No pensaba dejar títere con cabeza.

—Entiendo... —concedió ella, cada vez más ofuscada. Si Montgomery estaba al tanto de las sospechas de Markus sobre el inspector jefe Vladímir, ¿por qué diantres no le había dicho nada a ella? ¡Debería tenerla informada! —. Haz lo que te dé la gana, pero quiero la flota de barcos del Drakon para mí. Y la quiero entera, con todos sus clientes y compradores en su interior. Vivos —especificó—, a poder ser.

Una expresión de contrariedad cruzó la mirada del ruso. Leslie supo que, le diera la respuesta que le diera, mentiría, pues no estaba en sus planes dejar a nadie con vida. Aquello la entristeció.

—Hecho.

«Puto mentiroso», pensó con rabia.

—Prométemelo —le exigió ella.

—Yo no prometo...

—¡Déjate de frases hechas, Markus! —Leslie se acercó a él y lo miró de frente. Estaba más seria que nunca.

La actitud de la agente hizo que él la respetara más aún.

—He accedido a todas tus triquiñuelas desde que empezamos a trabajar juntos. —Le echó en cara ella—. Me merezco que cedas en eso. Tú puedes tener al Drakon, a Vladímir y a Tyoma. Déjame a mí a todo lo demás. Prométeme que no tocarás ni un puto barco de esa flota.

Él levantó la barbilla y sonrió, indolente.

—Markus... —le advirtió ella con tono amenazante.

—Si te tranquiliza más, entonces sí: lo prometo.

—Hazlo por la muñeca rusa que tienes en el hombro. —«Ahí está. El rostro le ha cambiado por completo. Ya no hay señal de soberbia ni petulancia. Ahora veo vulnerabilidad e indefensión. Y mucha pena», pensó Leslie sin sentirse triunfante por ello—. Ya he visto tu tatuaje, ya lo he podido ver entre tanto trazo y tribal...

—Eso no quiere decir nada. No significa nada para mí.

—¡Deja de mentirme, cretino! —le gritó, emocionándose y sintiendo una bola de congoja en la garganta y en el pecho—. ¿No entiendes que conmigo ya no tienes por qué hacerlo?

—¿Por qué te crees diferente a otros, Leslie? ¿Porque hemos echado un polvo? —preguntó, para hacerle daño.

Leslie sonrió ofendida y se limpió una lágrima de frustración que se deslizaba por la mejilla. La miró con asombro, pues no estaba nada acostumbrada a perder el control de sus emociones de aquella manera tan deplorable. ¿Un polvo? Un polvo detrás de otro durante horas y horas... Y era su primera vez. Le dolía todo el cuerpo y sentía que se había hecho daño ahí abajo. Lo sentía arder continuamente.

Markus no supo cómo reaccionar a la emotividad repentina de Leslie: se quedó callado.

—La tienes en el hombro —continuó ella ignorando la dureza de sus palabras—, le metiste una muñeca rusa en la boca de Ilenko. No sé qué significa, pero creo que es importante para ti... Hazlo por eso.

—De acuerdo. Lo prometo por la *matrioska*. Tú te encargarás de la flota.

Leslie se dio la vuelta para dejar de humillarse y asintió, aun sabiendo que el mohicano no decía la verdad. Le mentía para tenerla contenta. Era un déspota calculador.

Lo que él no sabía era que estaba preparada para todo.

Y no iba a permitir que un hombre como él, aunque le hubiera tocado de lleno el corazón, llevara las riendas de una misión que le reportaría éxitos y respeto profesional, aunque como mujer se sintiera fracasada.

—Prepárate, Leslie. Dentro de una hora vamos a por el *vor v zakone* que nos quita el sueño —ordenó Markus saliendo de la habitación.

—No me lo roba a mí —respondió ella, dejando sus armas alineadas

sobre la cama. Se metió en el baño para acabar de arreglarse y recuperarse de aquella discusión. Sin embargo, antes de cerrar la puerta, le dijo—: Te lo quita a ti. Eres tú el que vives obsesionado con él. No yo. Yo soy lo suficientemente profesional para seguir actuando con la cabeza fría.

Aquello dejaba las cosas claras.

Leslie no iba a permitir que Markus se saliera con la suya y convirtiera aquella misión en una matanza.

Markus no iba a permitir que Leslie se interpusiera en un caso que, para él, estaba claro y definido desde que Tyoma, Ilenko y Vladímir le jodieron: los iba a matar a todos.

Y no importaba quién se pusiera por delante.

Capítulo 15

Marriot Lon County Hall

El mundo era una bola suspendida en el cielo, que giraba sobre sí misma y que sostenía sobre su superficie a millones de personas, que ni siquiera tenían la noción de saber si estaban boca arriba, boca abajo o de lado. Ni siquiera se lo preguntaban, cuando era muy obvio que algunos vivían con la cabeza arriba y otros abajo.

Y del mismo modo que la gente era ignorante en esos aspectos y no se hacían preguntas de ningún tipo más allá de su día a día, también lo era en aspectos mucho más conflictivos como el que ocupaba a los agentes en ese momento. Y no se preocupaban ni se hacían preguntas porque, sencillamente, no les tocaba de cerca; y, era bien sabido, que el ser humano solo se involucraba en ese tipo de asuntos cuando al final golpeaban su propio tejado.

Los ingleses no dejaban de leer los periódicos que hablaban del caso del Soho. Y lo hacían con interés, estupefacción y terror. ¿Cómo podía suceder eso en sus calles y que nadie se diera cuenta?, se preguntaban.

Leslie tenía otras preguntas: ¿cuánto habían pagado a los policías que se encargaban de la zona del Soho para que hicieran la vista gorda? ¿Con qué los habían amenazado? Después de todo lo que le había explicado Markus sobre la corrupción dentro de la propia Fiscalía y de la organización del SVR, ¿por qué no iban a extender sus tentáculos a las bases principales de la seguridad ciudadana?

Pero, como siempre, esas preguntas llegaban tarde o en último momento.

O te golpeaban directamente o no hacías nada.

Como habían golpeado a Markus.

Aun así, si eras un ciudadano de a pie, no podrías luchar contra las *bratvas*, a no ser que denunciaras todos los movimientos raros que vieras en tu propio barrio. O a no ser que tuvieras una conciencia social muy desarrollada, como Leslie Connelly.

Las personas como ella tenían un alto nivel de responsabilidad y empatía. Debido a ello se prestaban a ayudar a la sociedad, y algunos como ella se convertían en agentes de la ley.

Leslie era agente pura de vocación.

Markus, en cambio, se había convertido en un sicario, salpicado por la brutalidad y la dureza de la vida.

Los dos eran héroes a su manera. Y solo eran villanos para aquellos a los que jodían.

En el Marriot Lon County Hall iban a enfrentarse cara a cara dos agentes infiltrados del FBI y de la SVR contra la parte superior de la estructura de la *bratva* más influyente, posiblemente, de trata de personas de los últimos tiempos. Al menos, la más poderosa económicamente hablando.

Leslie pensaba en eso mientras esperaba sobre la Ninja, apoyada en los hombros de Markus, vestida con tejanos, unos Martins negros y una camiseta de tirantes verde oscura un tanto ancha, que ocultaba un chaleco antibalas ultra-Slim y todas sus valiosísimas armas. Llevaba su inseparable mochila negra colgada a la espalda y sostenía entre sus dedos unos miniprismáticos digital Minox.

Markus estaba entretenido con un microportátil de alta gama de aspecto militar. Iba vestido todo de negro. El ruso había entrado en el sistema informático del hotel y estaba buscando si la habitación 103 estaba ocupada y, en caso afirmativo, por quién.

Al hacerlo, descubrió algo que no le gustó nada.

—Hace media hora que el inquilino de la suite 103, llamado John Charles, ha abandonado la habitación. Se ha registrado esta mañana y acaba de salir.

—Mmm... ¿John Charles existe? —preguntó Leslie.

—No. Según el registro de identidades oficial de la SOCA, John Charles tercero no existe, no está registrado en el banco de datos tampoco del FBI —contestó mientras revisaba dicho registro.

—Es él. Es el Drakon.

—Sí. Es él —afirmó Markus mirando al frente—. ¿Qué ves tú?

Leslie no bajó los prismáticos en ningún momento.

—Hay dos gorilas hablando tranquilamente en la zona exterior de la entrada del hotel. Uno de ellos es rubio, parece un armario y tiene un dragón en el dorso de la mano. Creo que nos esperan —dijo Leslie.

Markus chasqueó con la lengua.

—El Drakon huye por patas, superagente.

—Claro. La carnicería que hiciste en el Soho pasa factura, ruso —espetó ella—. Ese hombre no es tonto... No va a esperar a que le traigan a su elegida después de que mataran a su brigadier. Seguramente, él y su equipo se dirijan al puerto. Pero ha dejado a sus gorilas para que investiguen y nos cacen.

—Pues no le vamos a dar ese gusto —replicó Markus dando gas a la moto. Guardó el portátil en la bolsa que tenía colgada a la espalda y esperó a que Leslie escondiera sus prismáticos y se agarrara de nuevo a él—. ¿Te apetece ir de caza, Les? —preguntó por encima del hombro.

Ella lo miró desconfiada, pero forzó su sonrisa más auténtica y asintió, como si las palabras de la suite se las hubiera llevado el viento.

Como si, en realidad, ella creyera en él y en sus promesas, a ciegas.

Pero no lo hacía. Estaría loca si lo hiciera.

Markus iba segundos por detrás del Drakon, pero estaba ansioso porque ya le veía la cola.

Del mismo modo que Leslie olía el humo que le salía al ruso por la boca, pues no solo los dragones podían escupir fuego. Los demonios habían vivido eternidades envueltos en las llamaradas del mal y estaban familiarizados con ese elemento.

¿Quién era más peligroso?

¿Quién era más letal? Lo verían.

Buscar una flota de un *pakhan* ruso no era nada fácil.

Markus, como experto violador de sistemas informáticos, se había

internado en los sistemas de la PLA, la autoridad del puerto, fundación pública responsable de los canales del Támesis. Además, el puerto no tenía una sola área, porque se extendía a lo largo del río.

En los canales había atracados transatlánticos, transbordadores, barcos con contenedores que transportaban todo tipos de materiales.

Markus revisaba las entradas de todas las embarcaciones y los nombres de los barcos, fueran del tipo que fueran.

En el área central de Londres había gran cantidad de embarcaciones extranjeras. Y todas tenían nombres inverosímiles.

—¿Qué has encontrado en el ordenador? ¿Hay algo que nos ayude a orientarnos? —preguntó Leslie, impaciente—. Las autoridades están haciendo un despliegue en Hyde Park, donde empieza el macroconcierto, y aquí va a haber poquísima gente vigilando. Está oscureciendo y...

—Ya lo sé —lo cortó él igual de desesperado, con la mirada fija en la pantalla—. Todos los propietarios de los barcos tienen nombres ingleses. No hay ni una embarcación a nombre de alguien ruso, árabe o chino, por pedir... —maldijo él.

—Prueba por los nombres de las embarcaciones. Tal vez así...

—Mira los nombres: *North Star*, *Demon Soul*, *BigChocolate*, *PandaBallet*, *The Black Pearl*, *LittleSun*, *Neltharion*, *DeepSea*, *Deathwing*, *Sintharia*, *Cloudnine*, *Daval Prestor*...

—Un momento, Markus —dijo Leslie oteando los cabos del puerto de Londres—. *Daval Prestor*... *Deathwing*...

—Sí, ¿qué sucede?

—Vengo del mundo de los roles. Me informé muchísimo en la misión de A&M en las Islas Vírgenes, y había muchísimo fanático del mundo de las novelas de *Warcraft*.

—Te escucho —dijo él bajándose de la moto. Le pasó el portátil.

Leslie se aclaró la garganta.

—Resulta que el mundo de *Warcraft* tiene que ver con la magia y los dragones. La primera parte de la novela se llama «El día del dragón».

—Ilenko dijo que hoy era su día. El día del Drakon —resumió Markus cruzándose de brazos.

—Pues bien —prosiguió Leslie sin titubear—. En «El día del dragón»

aparece una organización formada por dragones oscuros que buscan someter a Azeroth. El vuelo negro es liderado por *Deathwing*, o sea, *Alamuerte*. Alamuerte es el dragón más maligno de todos; destruye ciudades, hace tratos con otras bandas de especies inteligentes e intercambia esclavos y rehenes para torturarlos. Y eso es justamente lo que hace el Drakon. Trata con personas y asesina.

—Su flota está compuesta por cinco barcos. *Deathwing* es solo una embarcación —apuntó Markus, ansioso.

—De acuerdo, pero hay más. El Demon Soul, Alma de Demonio, es el artefacto en el que los dioses antiguos capturaron el alma de Neltharion, el motivo por el cual se convierte en Alamuerte y se vuelve en contra de los demás dragones ancestros.

El rostro de Markus mostró la congoja que le había provocado escuchar las palabras de la superagente. Leslie era una mujer inteligente y no le extrañaba nada que estuviera tan valorada dentro del FBI.

—*Sintharia* —continuó Leslie señalando la pantalla— era la primera consorte de Alamuerte. Y, Lord Daval Prestor fue la identidad que adoptó Alamuerte en su forma humana para hacerse con el trono del reino humano de Alterac.

—Cinco barcos.

—Sí. Y todos son *alter ego* de Alamuerte o nombres relacionados con él en «El día del dragón». Se trata de su flota del Vuelo Negro. Ahí tienes a tu Drakon. El *pakhan* está en uno de ellos.

Markus se echó a reír y negó con la cabeza. Maravillosa, Leslie era maravillosa.

—Hay que joderse, Les. Eres una máquina.

—Lo sé —admitió ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Ambos se quedaron mirando en silencio. Markus con unos ojos extraños que hablaban por sí solos, llenos de una admiración que no sabía expresar con palabras.

Leslie estaba expectante. No iba a esperar que él respetara la promesa que le había hecho, pues Markus no lo haría. Lo conocía perfectamente. Cada paso que había dado desde que lo traicionaron le había llevado a aquel momento, y Markus no lo desaprovecharía. Querría acabar con toda la flota.

Tenía la venganza a tiro. Pero ¿qué locura tenía pensada hacer? El solo no podría con todos. Y ella no podía cubrir a un compañero que lo único que quería era exponerse y actuar a quemarropa.

—El Drakon estará en el *Daval Prestor* —dijo Markus, disimulando.

—No tengo ninguna duda de ello —aseguró Leslie.

—Entonces, rodeemos el barco y vayamos a por ellos —ordenó.

Leslie asintió con la cabeza, aunque sabía que los dos habían mentido.

Markus pretendía que actuaran los dos por lados diferentes. Rodearían el barco y él se escaparía para ir a Alamuerte.

Porque de una cosa estaban seguros: el Drakon, fuera quien fuera, estaba en Alamuerte no en *Daval Prestor*. Un hombre con tanta ansia de poder y tan vanidoso se ocultaría en el barco que poseyera el nombre más atemorizante de todos. Jamás se ocultaría tras su forma humana más débil, porque él era un dragón.

Y Alamuerte era el líder del Vuelo Negro.

Habían intentado engañarse el uno al otro con un descarado pasmoso.

Las mentiras estaban servidas, pero Leslie también tenía preparada una sorpresa para Markus.

En la moto, le había quitado el móvil sin que él se diera cuenta, y aprovecharía ese falso rodeo al *Daval Prestor*, para enviar un mensaje a su unidad de apoyo particular. Una unidad con la que estaba en contacto desde que llegaron a la casa de Princeton St y la secuestraron.

Markus se enfadaría mucho con ella, pero le daba igual. Porque, si se enfadaba, significaba que continuaba con vida. De lo contrario, no sobreviviría.

¿Cuál era su objetivo? Que salieran ganadores contra esa ejército negro en el mundo de los dragones más despiadados de todos.

Los cinco barcos estaban atracados en la misma zona portuaria. Eran yates ostentosos de lujo de color negro; auténticos palacios flotantes pagados por manos que dominaban el mercado negro y que tenían, muchos de ellos,

las manos manchadas de sangre.

Cuatro Mercedes Benz CLS y el espectacular Yacht Plus One conformaban ese vuelo negro del Drakon. *Alamuerte* era el yate más grande de todos.

Dos gorilas trajeados resguardaban las entradas por los puentes levadizos de cada yate. En total eran diez guardaespaldas.

—Cada uno de estos individuos forman parte de la unidad de élite. Son máquinas de matar —informó Markus a Leslie mientras se resguardaban detrás de un yate de menor estatus que los que tenía enfrente.

No hacía falta ser un lumbreras para darse cuenta de que esos hombres eran auténticos guerreros.

—¿Cómo vamos a hacer para entrar sin que nos vean? —preguntó ella en voz baja—. Se me ocurre que podríamos sumergirnos en el agua. Todos los yates tienen una entrada trasera y ahora mismo sus miembros están en las cabinas interiores. No oigo música ni voces ni brindis en copas de champán... No están cenando afuera. Además... —Leslie se detuvo—. ¿Qué pasa?

—¿Mmm?

—¿Por qué me miras así?

Sus ojos rojizos brillaban mientras la escuchaban. El ruso sonrió con ternura y levantó una mano para colocarla sobre la mejilla de la agente.

—Leslie, préstame atención.

Ella frunció el ceño. Siempre le escuchaba y le prestaba atención. ¿Por qué le acariciaba el pómulos con tanto cuidado?

—¿Qué quieres?

Markus se aproximó a ella y unió sus frentes para observarla con más profundidad. No quería meterla en aquello, pero, si no salía vivo de allí, alguien tendría que hacerse cargo de su problema.

—Necesito que me hagas un favor.

Leslie parpadeó prendida de su expresión. Por primera vez desde que lo conocía, veía a un Markus completamente sincero, como si lo que dijera a partir de ese momento fuera la mayor de sus verdades.

—¿El qué? —preguntó ella queriendo abrazarlo para que se sincerara.

Markus le miró los labios y después clavó sus ojos amatista en los plata

de ella.

—Cuando salgas de aquí, tienes que decirle a Montgomery que te entregue el paquete.

—Decirle a Montgomery que... —repitió hipnotizada—. ¿Qué? ¿Qué paquete? —Se cuestionó de súbito—. ¿A Montgomery?

—Chis —le ordenó él poniéndole el pulgar sobre los labios—. Sí, Les. No hables con nadie más de esto. Ve a Montgomery y dile que te entregue el paquete. Él sabrá qué hacer.

—Pero... —Leslie estaba confundida. ¿Se estaba despidiendo de ella? No lo comprendía.

—Solo confío en ti. Solo en ti —murmuró embebiéndose de ella.

—No te entiendo... Manda huevos que me digas estas cosas ahora, ruso.

—No hace falta decirlas en otro momento. Es ahora o nunca —carraspeó—. Yo tengo otro plan para encararnos a los guerreros —le contó, cambiando de tema bruscamente y mirando al frente.

—¿De qué hablas ahora? —preguntó perdida—. ¿Otro plan? ¿Cuál?

Markus le dirigió una última mirada y la besó.

La besó en los labios.

Fue un beso rápido y tierno. Uno que expresaba una ternura que no mostraba en ningún momento del día. Y a Leslie le tocó directamente el corazón, por lo novedoso y lo hermoso del momento.

Envueltos en una guerra malvada, a punto de morir y de arriesgar sus vidas, uno por venganza y la otra por deber, Markus le acababa de regalar un beso de verdad.

Uno nacido de la pureza que decía que no tenía su alma.

Y descubrirlo la llenó de luz y empatía. Si ese era Markus, entonces, había valido la pena vivir toda aquella experiencia con él.

Cuando la soltó, Leslie cayó sin fuerzas sobre la tarima de madera del puerto.

—Este es mi plan —dijo él lanzando algo al aire, como si ese beso no le hubiera afectado en absoluto.

—¿Qué haces? —preguntó Leslie desde el suelo.

El artefacto cayó al mar, entre dos de los buques insignia del Drakon. El *Sintheria* y el *Devil Soul*.

El mohicano le guiñó un ojo y le dijo:

—Te veo en el Daval Prestor. —Volvió a mentirle.

A esas alturas ambos sabían que *Alamuerte* era su destino. Se levantó y se mostró ante los guardias de la unidad del *pakhan*.

Ellos lo miraron con cara de pocos amigos y frunció el ceño, pues no comprendían qué hacía ese hombre de pelo pincho saliendo de un yate menor que, se suponía, no tenía inquilinos.

Y entonces sucedió.

Una inmensa explosión que nacía en el interior del mar y que pilló de pleno al *Sintheria*. Los daños colaterales también alcanzaron al *Devil Soul*. Hizo que se tambaleara y destrozó parte de su esqueleto.

Los guardias se dieron la vuelta para ver qué había sucedido. Varios hombres salieron volando debido la fuerza centrífuga de la explosión.

Leslie agrandó los ojos y se dio cuenta de que el ruso le había robado sus microexplosivos DIME: unos pequeños dispositivos de diseño ideados por la ingeniería del Ejército norteamericano. Leslie había adquirido tres explosivos de ese tipo. Tenían forma de pila redonda y se imantaban a aquello que se quería detonar.

Se sacó la mochila de la espalda y los buscó. Le había dejado sin ninguno.

¡Será hijo de puta!

Se levantó con rapidez y lo siguió a través del humo que rodeaba la sección del puerto en la que se encontraban.

A lo lejos, se empezaban a escuchar las sirenas de la policía.

Y lo más importante, ya no tenía que avisar a su equipo de refuerzo para indicarles dónde se encontraban. La humareda y el espectáculo los llevaría hasta ellos.

Esperaba que llegaran antes de que fuera demasiado tarde.

Pero Markus había empezado a disparar su HSK con una mano y su Beretta con la otra. Avanzó sin dudar, sin grietas, con un hacer y una profesionalidad que a Leslie le recordó a los héroes de las películas.

Los casquillos volaban a su alrededor mientras seguía avanzando metros, hasta entrar en el *Deathwing*.

Los guardias salían a su encuentro, pero Markus no fallaba.

Leslie corrió tras él para cubrirle y ayudarle en su avance. La joven agente cargó sus dos pistolas, y le siguió, con ambas manos ocupadas con su Beretta mini y su Glock 19. Se encargó de acabar de derribar a los guardias que seguían en el puerto y que intentaban derribarlos.

Cuando la cubierta del impresionante yate Yacht plus one quedó limpia de enemigos, Markus ya había desaparecido en su interior. Leslie, que seguía en el exterior, se dio cuenta de que empezaban a navegar por el Támesis. Habían soltado amarres.

El *Alamuerte* acababa de zarpar con los dos agentes a bordo.

Markus empuñaba las pistolas y no titubeaba al disparar. Le recordaba a su adiestramiento en las salas de tiro. Diana que aparecía, diana que agujereaba en el centro.

Aquello era más o menos lo mismo. Solo que esta vez las dianas se movían y sus balas te herían si te daban. Como ya habían impactado una en su muslo, y otra le había rozado la mejilla.

Pero eso no importaba.

Las chicas, semidrogadas en las camas de lujo, vestidas con braguitas de brillantes y cubrepezones, estaban demasiado inconscientes como para gritar o asustarse. Lo miraban y le dejaban continuar, como si aquella guerra no fuera con ellas.

Como si esa realidad no les hubiera tocado de lleno y hubiera manchado su pureza o su conciencia. No había llegado a tiempo para que algunas de ellas no fueran violadas por hombres mucho mayores ansiosos de adrenalina y lujuria, pero, al menos, seguían con vida.

Cada camerino del yate había quedado vacío. No había más guardias en la cubierta ni en su interior. Y no dudaba que iba a encontrar a sus principales objetivos en la sala principal.

Las manos le temblaban por la ansiedad de encontrarse de nuevo con Tyoma. Él sería el último escollo antes de llegar al Drakon. Estaba seguro de que el expreso era su mano derecha, su seguridad particular.

Markus no era de fijarse en detalles, y no se desconcentraría con el increíble interior de aquel yate de alto *standing*. Olía a limpio con una mezcla incómoda de pachuli. Las puertas de cristal negro se abrían automáticamente, las paredes eran paneles delicados de madera lisa, el suelo de parqué ahora estaba moteado por las gotas de sangre de sus víctimas, pero antes había permanecido impoluto.

Tampoco era consciente de la cojera de su pierna. Una bala se había introducido en su cuádriceps y le rasgaba los músculos impidiendo que se pudiera mover cómodamente. Aun así, seguía adelante, con la mirada fija en la última puerta que no había abierto y que permanecía cerrada al final del pasillo.

Allí era. Allí el Demonio acabaría por enfrentarse al dragón y a su vuelo negro. Allí por fin...

¡Pum!

Recibió un impacto por la espalda en el hombro malherido. El chaleco detuvo el avance de la bala, pero le dolió igual.

Markus se dobló sobre sí mismo y miró hacia atrás.

¡Pum!

Otra bala le atravesó el antebrazo derecho y eso hizo que dejara caer su Glock.

El hombre con las tres lágrimas bajo uno de sus ojos; el hombre que fue su amigo en la cárcel y que después le traicionó de la peor de las maneras estaba ante él.

Tyoma, atónito, le apuntaba con una pistola cuyo cañón desprendía un pequeño hilo de humo.

Leslie actuaba de coche escoba.

Recogía a todas las chicas que se hallaban libres y drogadas en los camerinos en los que había entrado Markus para apuntillar a los multimillonarios pederastas, violadores y fetichistas.

Markus no los había matado. Los diez hombres, todos de diferentes nacionalidades, habían sido derribados por balazos en sus rótulas. Nunca podrían volver a caminar bien, y Leslie se aseguraría de que, si caminaban, lo hicieran siempre entre rejas.

Cuando acompañaba a una de las chicas a la cubierta, para que escapara

del tiroteo y de todo lo que estaba pasando ahí dentro, oyó el sonido de las hélices de un helicóptero, justo encima de sus cabezas.

El foco entraba a través de los pasillos y de las ventanas, e iluminaba todo a su paso.

Llevó a las chicas al exterior y miró hacia arriba.

Asomados a la puerta externa de un helicóptero negro, con el cuerpo medio echado hacia afuera como si estuvieran a punto de saltar, Lion Romano y su hermana Cleo sobrevolaban el *Alamuerte* en un helicóptero de la SOCA inglesa.

El agente Romano y su hermana habían ido en su busca. Leslie se había puesto en contacto con ellos, porque no sabía a quién más recurrir para pedir ayuda. Ya no se fiaba de nadie.

Les los miró a ambos y sonrió, abriendo y cerrando los brazos para que la localizaran.

Los dos la vieron y la saludaron alzando el pulgar hacia arriba. Llevaban ropas de operación. Cleo tenía el pelo recogido en un moño alto perfectamente recogido. Su flequillo se mecía con el viento y miraba a su hermana como una mezcla de orgullo y miedo por ella. No se tranquilizaría hasta que estuviera a su lado.

Leslie jamás había querido tanto a su hermana como en ese momento. Había corrido en su ayuda, cruzando el océano por ella. Estaba arriesgando su pellejo. No había más gesto de amor que ese.

Lion estudiaba con sus ojos azules claros todo el percal. El yate seguía avanzando por el Támesis y lo principal era detenerlo. Calculador como era, ordenaba al piloto aterrizar en la parte de arriba del yate, el techo principal, en el que había un helipuerto. El piloto hacía maniobras para conseguirlo.

Los otros dos yates, el *Daval Prestor* y el *Altherion*, que habían intentado huir con el *Alamuerte*, estaban rodeados por lanchas motoras de la policía inglesa.

Leslie supo que la situación estaba controlada, pero ni mucho menos finiquitada.

Ella consideraría la misión cerrada cuando, tanto Markus como ella, salieran de allí vivitos y coleando.

Por eso, cuando el helicóptero aterrizaba, gritó a su hermana y a su

amigo:

—¡Las chicas están todas vivas! ¡Sacadlas de aquí y dadles asistencia médica! ¡Sus compradores han sido derribados, pero siguen con vida! ¡Rusos, jeques, japoneses..., hay de todo! —Repasó la munición que tenía en sus dos pistolas y añadió—: ¡Voy adentro a sacar a Markus!

—¡Espera, agente, voy contigo! —gritó Lion, a punto de saltar del helicóptero.

Pero Les no le oyó. Markus estaba solo con el *pakhan* y la cúpula de la *bratva*.

Le ayudaría.

Capítulo 16

—Joder, *Demon*. —Tyoma se acercó a él sin dejar de apuntarle, mientras no paraba de negar con la cabeza.

El moreno de pelo largo y piel semiaceitunada, vestía con camisa blanca arremangada hasta los codos, pantalones negros de pinza, zapatos impolutos y brillantes, y tenía la melena recogida en una cola.

Sus ojos, negros como el betún, lucían incrédulos ante la aparición de un hombre que todavía seguía vivo, a pesar de todo lo que había hecho para destruirle.

Sus manos sostenían una Magnum plateada, con el mango de oro. En su mano tenía el famoso tatuaje del dragón. En cada dedo se había grabado una calavera.

Era un asesino. Un torturador. Un mafioso. Un *vor*.

Markus, malherido, en un arrebato de rabia, corrió a placarle por la cintura. Lo estampó contra la pared, pero Tyoma alzó el codo y se lo clavó en la cabeza con un golpe seco, que le provocó un corte, y lo atontó dejándolo de rodillas ante él.

—Ya has hecho demasiado —le dijo Tyoma, sonriendo con malicia—. ¿Fuiste tú quien jodió la criba del Soho? Debí sospecharlo... La *matrioska* en la boca de Ilenko me dio qué pensar. —Tyoma le golpeó en la cara con el culo de su Magnum, lo que le abrió una brecha en la ceja derecha.

Markus cayó de lado sobre el suelo, pero se levantó de nuevo, mirando a Tyoma con toda la ira de su infierno interior.

—Es una pena, en serio —se lamentó Tyoma tirando de su cresta—. Tenías un gran futuro como *vor*. Pero el código es inviolable. Y tú nos engañaste.

—Ella no os hizo nada. ¡No teníais por qué matarla! ¡No tenías por qué hacerle nada de eso...! —replicó él.

—El *vor* no tiene esposa, ¿recuerdas? ¡No haberte casado, capullo!

—¡Dina no se merecía una muerte así! ¡Ella no tenía culpa de nada!

—¿Recuerdas el vídeo? —preguntó él levantándolo por el pelo—. Yo sí. Recuerdo cómo gritaba mientras Ilenko y yo la violábamos. Y cómo lloraba cuando la matamos...

—¡Cállate! ¡Cállate!

Los guardias del *gulag*, pagados por la *bratva* de Tyoma, permitieron que sus secuaces le mostraran el vídeo entero de lo que los mafiosos habían hecho con Dina.

Dina había sido su mujer mientras vivió en Rusia. Sin embargo, el haberse casado complicaba todo para su infiltración, pues era una de las reglas de todo *vor v zakone*.

Markus y Dina nunca habían tenido gente a su alrededor, solo se habían tenido el uno al otro. El inspector jefe de la misión, Vladímir Vólkov, accedió a guardarle el secreto para que pudieran infiltrarle en las cárceles soviéticas. Prometió que ella siempre estaría protegida. Pero cuando Tyoma e Ilenko salieron del *gulag*, les dieron el soplo sobre Dina.

Aquello echaría por tierra los avances de la infiltración de Markus dentro de los *gulags* y lo alejarían de la misión.

La mataron sin compasión, después de torturarla durante horas.

—Dina nos decía: «¡Os diré todo lo que sé!». —Tyoma se rio. Le dio un rodillazo en el estómago—. «Pero, por favor, no me hagáis daño...».

Markus apretó los dientes. Una ira satánica se desató en su interior. Markus y Dina tenían un secreto: ninguno de los dos era lo que aparentaba ser.

—Debiste haberla escuchado... —susurró mientras se agarraba el vientre y luchaba por coger aire, rendido, en el suelo.

—¿Cómo? —Tyoma acercó su oído a la boca del ruso.

—Que debiste haberla escuchado, gilipollas...

El *vor* se apartó y sonrió sin ganas.

—La escuché. La escuché durante horas. Escuché sus gemidos...

—Si no la hubierais amordazado, sabríais toda la verdad. Pero perdisteis

la oportunidad... —Markus volvió a incorporarse—. Estaba vendiendo su voluntad y no le hicisteis caso.

—¿No te cansas de que te den hostias? —preguntó Tyoma, que hizo crujir los dedos de las manos y se guardó la pistola en el pantalón—. Dina se quedó sin voluntad después de que Ilenko y yo nos la folláramos a la vez — soltó con crueldad.

—Sí, la voluntad de su cuerpo..., pero yo hablo de la voluntad de su juramento. De un juramento que hizo ante la ley de su país. Ante su bandera.

Tyoma frunció el ceño y se echó a reír.

—Las promesas y los juramentos del este no valen nada. ¿Acaso no lo sabías?

—Las del este puede que sí. Pero no las de Estados Unidos. Si no os hubierais cegado en torturarla y en actuar para la cámara, para intimidarme, ahora yo no estaría aquí, echando todo vuestro negocio por tierra.

—¿Qué dices? Estás loco.

Markus agarró el pescuezo de Tyoma con un movimiento rápido y sin fisuras.

El ruso abrió los ojos como platos, sorprendido por la velocidad de Markus. Intentó soltarse de su agarre. Como no pudo, luchó por coger de nuevo su Magnum.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, Tyoma alzó la pierna e impactó la rodilla contra las costillas del mohicano. Markus lo soltó, muerto de dolor.

Tyoma le apuntó a la cabeza, echó el martillo hacia atrás y dijo:

—Estás muerto, *Demon*. Incluso tú tienes que morir algún día.

¡Pum!

Una bala atravesó la mano de Tyoma que sostenía la pistola.

El ruso levantó la mirada, llevó la mano izquierda a la parte trasera de su pantalón y extrajo una hoja de navaja para lanzarla contra la agente morena y de ojos plateados que tenía lágrimas en los ojos.

La hoja rozó la parte izquierda del cuello de Les y la cortó. Chocó contra la pared. Con su mano libre, taponó la herida profunda que había sufrido.

Markus gritó con todas sus fuerzas, recogió la HSK del suelo y aplastó a Tyoma contra la pared. Después le obligó a abrir la boca y le metió el cañón en el interior.

—¿Te han follado alguna vez por la boca, Tyoma? —preguntó con inquina—. Se acabó tu juego, hijo de puta.

El hombre negó con la cabeza, intentando apartar a Markus. Pero este había recobrado las fuerzas y parecía más fuerte que nunca.

Markus voló la cabeza de Tyoma y estucó la pared lisa del yate con color rojo sangre.

Después se dio la vuelta y miró a Leslie. Observó su herida. Quiso ir a socorrerla, pero la joven le quitó las ganas de hacerlo cuando levantó la mano que sujetaba su Glock. Esta tenía una cámara que lo grababa todo y un puntero láser que iba dirigido a la frente de Markus.

—Te dije —dijo Markus, malherido como ella— que tu barco era el *Daval Prestor*.

—Sí, también creía que era el tuyo. —Hizo un gesto de dolor y se miró la mano llena de sangre de su cuello.

—Es solo un corte superficial —le explicó él para tranquilizarla.

—Claro, y tú solo estabas casado. Y el tatuaje de tu *matrioska* con calavera representaba a tu esposa. Solo eso —apuntó con sarcasmo.

Markus ensombreció la mirada y echó hacia atrás el cargador de la HSK.

—Montgomery te dirá la verdad.

—¿Ah, sí? ¿Montgomery? ¿Tengo que esperar a que él me diga todo lo que tú, capullo, te has negado a explicarme?

—Déjame ir, Les...

—No te vas a ir de aquí, Markus —le aseguró Leslie desde el suelo, apuntándole mientras se levantaba renqueante, apoyándose en la pared—. No vas a entrar ahí a matar a nadie más. El Drakon y tu inspector son míos.

—Esta misión nunca fue tuya —dijo él—. Siempre perteneció al Demonio. —Dio un paso hacia atrás, acercándose a la puerta en la que se ocultaba el verdadero Drakon.

—No des un paso más, maldito mentiroso —dijo ella, dolida con él y con sus secretos—. Ya has vengado suficiente a tu mujer. Ya está bien. Si das otro paso, no dudaré en dispararte.

—Si me lo impides, superagente, yo tampoco dudaré en dispararte a ti.

Ambos se atravesaron con los ojos.

Los de Leslie estaban llenos de lágrimas de resentimiento y de dolor.

Todo lo que había hecho Markus tenía que ver con su mujer. Markus había estado casado y enamorado. ¿Por qué no se lo había dicho?

¿Por qué no le decía que solo buscaba vengarse por la muerte de su esposa?

Dina...

Sin embargo, no podía sentir rabia. Pero sí celos. Pero no rabia hacia esa mujer, pues le daba pena todo lo que le hicieron. Dina tuvo que sufrir lo indecible a manos de esos sanguinarios sin escrúpulos.

—No es lo que tú crees. Deja que acabe con esto —suplicó Markus apuntándola con su arma—. No me obligues a hacerte daño.

—Tal vez ya me lo hayas hecho, cretino. Pero, claro, entiendo que no te hayas dado ni cuenta, tullido emocional. —Leslie echó el martillo de su semiautomática hacia atrás. Sí. Se sentía herida y engañada.

Markus tomó la decisión rápidamente.

Apuntó a la parte del gatillo de la Glock de la agente del FBI para distraerla.

—No serías capaz de dispararme —dijo él, confiado.

—No me des motivos —Leslie se limpió las lágrimas con el antebrazo.

Mientras tanto, con la mano de su brazo herido, Markus hurgó en su cinturón y sacó una pequeña ampolla metálica. La abrió y la dejó caer al suelo, a los pies de Leslie.

—Deja eso, Markus.

La ampolla de gas lacrimógeno estalló cuando Markus disparó sobre ella. Leslie salió propulsada hacia atrás y una nube de humo blanco llenó el pasillo.

La agente se golpeó la cabeza contra la pared y quedó aturdida, percibiendo un leve pitido en su oído izquierdo.

A través del humo blanco, oyó los gritos del Drakon y a Markus insultando a Vladímir.

Tal y como sospechaban, el inspector jefe de la SVR estaba metido en el ajo.

Ahora solo faltaba saber cuál era la identidad del Drakon.

Leslie se levantó al cabo de unos minutos, desorientada. Sabía que Markus no le dispararía, igual que ella sería incapaz de dispararle a él. Pero el

ruso la había sorprendido. No sabía que el impacto de una bala en un artefacto de gas lacrimógeno pudiera detonar de ese modo, con aquella fuerza centrífuga.

Todavía inestable, penetró en el camarote en el que había entrado Markus. Oía sirenas y gritos por todas partes. Los agentes ingleses estarían ayudando a organizar las detenciones, pero ella sentía que, en esa parte del barco, estaba en un universo alternativo y solitario.

Una realidad de ajustes de cuentas.

Leslie enfocó la cámara de su pistola a los dos cuerpos que se encontró. Ambos estaban frente a una mesa con dos ordenadores portátiles abiertos. Se encontraban sentados uno al lado del otro, con un puñal clavado en sus respectivos corazones, que, a su vez, sostenían un folio en blanco con un nombre: se trataba del inspector jefe de la SVR, Vladímir Volsov, y de Aldo Vasíliev, el emperador de una de las dinastías siderúrgicas más ricas de Rusia. Aldo era el padre de Yuri Vasíliev, el Venger del torneo de *Dragones y mazmorras DS*.

Sin embargo, hubo algo que la dejó sin palabras.

El cartel que sujetaba el puñal de Aldo Vasíliev tenía una palabra escrita en ruso: *sovetnik*, consejero. Y si Aldo era el consejero de la bratva, entonces el que tenía al lado, Vladímir Volsov, era el *pakhan*, tal y como indicaba su cartel. Vladímir Volsov, el inspector jefe de Markus era, para su estupefacción, el auténtico Drakon.

Markus había necesitado tan solo cinco minutos para convertir sus cuerpos en coladores. Ni siquiera les dio tiempo a levantarse de las sillas. Después, les ató las manos a la espalda y los retrató para dejarles claro, tanto al FBI como al SVR y a la SOCA, quién era cada cual.

Eso sí. Estaban bien muertos, pues Markus había dejado claro que no creía en el castigo de la cárcel para ese tipo de delincuentes y asesinos.

Leslie revisó la cabina en busca del mohicano, pero no lo encontró.

Una de las ventanas de cristal se había roto por completo. Daba directamente al mar.

Les corrió a asomarse para buscarle entre las aguas del Támesis. El viento refrescó su rostro y el olor del río golpeó sus sentidos, pero la desilusión llenó su alma.

Markus no solo había hecho lo que le había dado la gana.

No solo había conquistado su propia venganza. Además, había huido. Había escapado y la había dejado más sola de lo que jamás se había sentido.

—¿Les?

Leslie se dio la vuelta y se encontró con su hermana Cleo, que avanzaba lentamente y con profesionalidad, con su Glock por delante.

—Tu cuello... —advirtió la pelirroja, preocupada—. Te han herido.

Leslie parpadeó con los ojos llenos de lágrimas, y Cleo tuvo la empatía necesaria para mostrarle su apoyo. Su pelo rojo y sus ojos claros le dieron algo del calor y, sobre todo, el cariño que necesitaba en ese momento cuando la más joven corrió a abrazarla.

—¿Y Markus? —preguntó Lion Romano desde el marco de la puerta de la cabina.

Leslie se sintió perdida y decepcionada, y arrancó a llorar sobre el hombro de su hermana.

Lion Romano miró a Cleo. Esta, asustada por ver a su hermana de esa guisa, se encogió de hombros y la abrazó con más fuerza.

—Buscad en el río... Ha saltado por la ventana —dijo Cleo mirando a Lion con seriedad—. Por favor, Les... Ya pasó... Cuéntame qué te sucede. Nunca te había visto así —le susurró.

Pero Les negó con la cabeza y se sujetó a ella con más fuerza.

Ninguno de ellos sabría que, aunque habían llegado hasta Tyoma, Vladímir y Aldo, Leslie no se sentía ganadora ni vencedora.

En aquellas tierras inglesas, había sido engañada por promesas de aquel ruso. Aun así, había creído en él.

Qué ilusa.

¿Qué podías esperar cuando vendías tu alma al demonio?

Al final, las palabras de Markus eran tan ciertas como cierto era que él nunca la había querido, ni siquiera un poco.

Porque todo lo que había hecho lo había hecho por otra mujer, no por ella.

Capítulo 17

Nueva Orleans *Tchoupitoulas Street*

Leslie estaba sentada en las escaleras del porche trasero de la casa de Cleo. Tenía la mirada perdida mientras sujetaba un café con hielo.

Cleo y Lion continuaban con sus días de permiso; días, por cierto, que ella había interrumpido desde Londres cuando decidió ponerse en contacto con Cleo para que la ayudaran. Ahora, la feliz pareja se había ido a Lafitte, en el French Quarter, a ver a una amiga llamada Nina, que regentaba un club de BDSM.

Leslie no haría ninguna pregunta al respecto; tampoco le importaba si a los dos les gustaba ese tipo de prácticas sexuales a raíz de haberse infiltrado en el torneo de *Dragones y mazmorras DS*. Sabía que Lion era un amo con todas las letras, pero nunca se hubiera imaginado que a su hermana le gustase ser sometida.

Lo único que le importaba a Leslie era saber que ellos no le fallaron cuando los necesitó. Acudieron a Londres, entablaron comunicación con los agentes que conocía Lion de la SOCA y trabajaron junto a ellos para detener la flota del Vuelo Negro, del malvado Drakon. Todo ello, sin informar a Montgomery ni a Spurs, por deseo expreso de Leslie.

Parecía una película de fantasía: un caso de dragones a lo *Juego de Tronos* o a lo *Warcraft*. Pero nada más lejos de la realidad.

Sabía que la gente que podían ser dragones y demonios sin necesidad de ser personajes de novelas; algunas, como ella, simples brujas que no habían podido retener con hechizos a las personas que deseaban tener al lado.

No habían recibido noticia alguna de Markus. No habían encontrado su cuerpo ni tenían indicios sobre su paradero. Y Leslie seguía sintiéndose mal.

De algún modo había caído en las redes del mohicano; se había enamorado.

Las letras de Alex Hepburn y su *Under* pronunciaban todo aquello que ella, por orgullo y miedo, no se atrevía a decir en voz alta.

*Don't bury me
Don't let me down
Don't say it's over
'Cause that would
Send me under.
Underneath the ground
Don't say those words
I wanna live but your words can murder
Only you can send me, under under under.*

Markus la había enterrado, la había dejado caer en el lodo. Y con sus mentiras y su huida le había dicho lo que no se había atrevido a decirle con palabras: se había acabado. De hecho, había actuado como si nada hubiera empezado entre ellos. Y eso la había dejado en los bajos fondos, a dos metros bajo tierra. Las palabras que no le había dedicado la habían herido de muerte. Y solo él podía conseguir eso.

Nadie más.

Aun así, Leslie esperaba como una estúpida enamorada. Como lo que nunca había sido. Y seguía haciéndolo, por mucho que se lo negara a sí misma.

Markus era el demonio que nunca podría abandonarla del todo.

Lo sabía por las noches que pasaba mirando su teléfono, esperando una llamada que no llegaba; o por las repetidas veces que apartaba la cortina de la ventana de la habitación de invitados esperando verlo aparecer, colándose en el jardín con su cresta de puntas rojizas.

Había transcurrido una semana desde que regresaran a Estados Unidos. Pasó por Washington, donde había recibido las felicitaciones de Spurs y Montgomery. Incluso el presidente la había llamado para reconocer su labor.

Lo cierto era que haber detenido a un gran número de jeques, japoneses y

rusos millonarios pertenecientes a distintas mafias le daría unos galones que todos tendrían en cuenta.

Sin embargo, Leslie se fustigaba por no haber detenido a Ilenko, Tyoma, Vladimir y Aldo con vida. Markus había acabado con ellos y tampoco podía echárselo en cara...

Alguien llamó al timbre.

Leslie se levantó de las escaleras y miró su Casio dorado; el subdirector Montgomery era tan puntual como se esperaba de él.

Tenían una larga charla por delante. Ella le iba a reclamar el paquete de Markus.

Cuando lo invitó a entrar, Montgomery se sentó al lado de ella, en las escaleras. Hacía mucho calor para estar dentro de la casa, y lo cierto era que el jardín de Cleo era un lugar entrañable para relajarse y hablar. El hombre le pidió un café con hielo que ella, amablemente, le sirvió.

—Me parece encomiable el temple que ha tenido usted para hacer frente a la misión de los Reinos Olvidados —la felicitó Montgomery.

—Gracias, señor, pero no necesito más golpecitos en la espalda. Mi compañero de misión ha desaparecido —eso era lo importante—, y, además, me pidió que le reclamara un paquete. Y, de paso, si tiene el detalle —aclaró con ironía—, me encantaría saber quién es Markus Lébedev.

Montgomery asintió y frunció los labios. Por lo visto, estaba decidido a explicarle la verdad por muy incómoda que fuera.

—La verdad supera a la ficción en muchos casos, agente Connelly.

—¿Y cree que no lo sé? —Sonrió sin ganas y se echó el largo pelo negro hacia atrás—. Solo quiero respuestas. Tyoma habló de Dina, su mujer. Y Markus insinuó que podía ser norteamericana. Incluso sabía que Vladímir, su inspector jefe, estaba metido en la bratva. La pregunta es: ¿usted sabía qué hacía Markus en la SVR? ¿Se puso en contacto con él alguna vez?

—Es una historia larga. Pero creo que le debo eso —reconoció el inspector algo avergonzado—. Lo que le voy a contar se remonta cuarenta y

seis años atrás.

—Le escucho.

Montgomery bebió parte del café y después lo dejó sobre el escalón de madera.

—A finales de los setenta, Estados Unidos sufrió la migración de un gran número de rusos judíos que se aposentaron en Brighton Beach, en Brooklyn. De entre todos los capos rusos que empezaron a instalarse en la ciudad destacó uno por encima de los demás. Se trata de Ulrich Lébedev. El padre de Markus.

—¿Perdón?

—Ulrich accedió a trabajar con la seguridad norteamericana porque uno de los *vory* de las bandas enemigas lo tenía amenazado y estaba fastidiándole el negocio de la venta de alcohol ilegal. El mafioso, en un acto de rebeldía, mató a la mujer de Ulrich, al padre de Ulrich y a su hija pequeña, sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo. ¿Y qué hizo Ulrich? Sufrió una conversión. Decidió trabajar para nosotros y delatar a todos los *ghettos* y *bratvas* rusas que empezaban a controlar la ciudad. A cambio de eso, nosotros lo extraditamos a su país, le damos otra identidad y lo alejamos de las *bratvas* con un sueldo nada despreciable. En Rusia, Ulrich rehace su vida, pero el mundo es muy pequeño y los capos rusos descubren su historia y lo señalan como un traidor.

—Dios...

—Ulrich se pone en contacto conmigo y me pide ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Tiene una nueva mujer que está esperando un bebé. Su bebé —
puntualizó.

—Markus.

—Eso es. Ulrich nos ofreció a Markus: nos lo vendió como una futura herramienta de trabajo para nosotros. Lo único que teníamos que hacer era cuidar de él y vigilarle hasta que sea mayor de edad. Nosotros, que creemos mucho en la herencia genética de las personas, vimos al crío como un futuro agente del FBI, con rasgos rusos, fácil de infiltrar y con la inteligencia de su padre, un exmafioso convertido a ciudadano ejemplar.

—Un momento, un momento... —Leslie sacudió la cabeza y se levantó,

azorada por la información—. ¿Markus es o no es ruso?

—Ulrich nos envió a su mujer y la hospedamos en Brooklyn —le explicó con paciencia—, en una zona que estuviera fuera de las influencias de los rusos judíos y de sus mafias. Markus nació en Estados Unidos. En Brooklyn.

Leslie parpadeó repetidas veces, esperando que el movimiento le regara el cerebro y le hiciera entender la situación, pero ni siquiera así.

—Markus es norteamericano —dijo en voz alta para acabar de creérselo.

—Sí. Nosotros nos encargamos de vigilarle y de su educación. Cuando cumplió los dieciocho años, empezamos a formarle para que entrara en el FBI. Entonces, el negocio de trata de blancas y el tráfico de drogas en Rusia empezaba a despuntar y nosotros no podíamos entender cómo la seguridad del país no hacía nada para evitarlo. El crimen organizado se extendía como una plaga y habíamos llegado a la conclusión de que, para comprender cómo funcionaba, necesitábamos a un infiltrado en el SVR, pues todos coincidíamos en que los primeros que hacían la vista gorda eran ellos.

Leslie se frotó la cara y suspiró.

—Markus es un agente doble del FBI.

—Exacto. Lo preparamos para que se creara una leyenda en Rusia y se preparara para entrar hasta la cúpula de los *vory*. Pero no viajó solo para tal misión.

Leslie palideció y deseó poder taparse los oídos para no escuchar lo siguiente que tenía que decir el inspector.

—Dina Riushka, agente doble del FBI, viajaba con él. Juntos crearon su propia leyenda, tal y como hacían los agentes dobles de la antigua KGB. Se nacionalizaron en Rusia, se les creó un pasado nuevo. Dina era nuestra informadora oficial de todos los pasos que seguía Markus, hasta que él hizo las pruebas pertinentes para infiltrarse en la SVR.

—¿Y qué tipo de leyenda crearon juntos? ¿Se casaron?

«No quiero oírlo. No quiero oírlo».

—Sí. Tuvieron que hacerlo, para resultar más creíbles. Cuando Markus

consiguió entrar en la SVR y le dieron el caso de las *bratvas* en los *gulags*, sabíamos que todo iba a cambiar a partir de ese momento. Y así fue. Durante cuatro años, Markus se hizo pasar por *vor* y Dina nos informaba de todo lo que él le explicaba en sus llamadas telefónicas. —Montgomery vació su café helado y prosiguió—. A los dos años de estar en la cárcel, dos de los miembros de la *bratva* en la que se iba a meter salieron al exterior y, a los pocos días, le enviaron un vídeo. Obligaron a Markus a verlo. En la grabación le enseñaron cómo Dina, nuestra agente, era violada y asesinada de forma brutal a manos de Tyoma e Ilenko. A Markus le tatuaron con el símbolo de la *matrioska* con rostro de esqueleto. Es la marca que se les pone a los *vory* que rechazan por tener esposa en el exterior.

A Leslie se le puso la piel de gallina y se frotó los brazos, esperando entrar en calor de nuevo.

—¿Y cómo lo soportó?

—Perdimos su rastro durante dos años, en los que, por despecho, logró hacerse un hueco y ganarse el respeto del segundo *vor* más temido del *gulag*, hasta que volvió a entrar en contacto con nosotros gracias al caso de Amos y mazmorras en las Islas Vírgenes. Pero el Markus que reencontré no tenía nada que ver con el que envié a Rusia —se lamentó—. Había cambiado por completo; era más duro, más salvaje y frío. Sus ojos se habían quedado sin alma. Ya no trabajaba para nadie. Solo para él mismo. Y había descubierto que Vladímir, el inspector de la SVR, estaba manchado de sangre hasta la cabeza. Tanto a mí como a Markus nos interesaba dar con él y confirmar nuestras sospechas, por eso le permití que siguiera con el caso a su manera. Lo que jamás podíamos imaginar era que Vladímir fuera el Drakon. Tuvo que pasar mucho tiempo esperando a que le dieran tal reconocimiento. Imagínese, un miembro de la SVR convertido en *pakhan*... Increíble, ¿no cree?

Leslie no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sorbió las lágrimas por la nariz. Y, aunque pareciera mentira, no le importó mostrar aquel gesto de tristeza y emoción frente a Montgomery.

Sí, todo era muy increíble. Markus era estadounidense y un agente doble infiltrado en la SVR. Aldo Vasíliev era el consejero del Drakon, que no era otro que Vladímir, inspector jefe de la agencia de seguridad e inteligencia rusa. Por esa misma razón él la había elegido como la *vibrannay*. Porque

esperaba que Markus fuera quien la entregase, y así matar dos pájaros de un tiro. Pero nunca se imaginó que Leslie fuera del FBI. Y tampoco que Markus fuera un agente doble.

—Markus es un vengador. Un demonio. Y ustedes le han hecho así.

—La infiltración es difícil, agente Connelly. La gente puede perder la razón y los valores. Lébedev pudo elegir dejarlos con vida, pero no lo hizo.

—No, señor. —Leslie levantó la barbilla y recogió el vaso vacío de café de entre los pies de Montgomery—. Markus nunca ha tenido elección. No la tuvo cuando nació. Ni si quiera ha elegido libremente lo que quería ser, pues ustedes le coaccionaron. Tampoco tuvo elección cuando le obligaron a ver cómo mataban a su esposa.

—Señorita Connelly —Montgomery se levantó con ella, con gesto adusto y tono severo—, el camino de la justicia es duro.

Leslie se echó a reír. No podía creer que su subinspector hubiera podido decir aquello tan simple.

—Por favor... A veces la justicia está sobrevalorada, ¿no cree?

Montgomery sabía que Leslie se sentía mal por su compañero, pero no podía hacer nada por maquillar la realidad.

—¿Todavía quiere recoger el paquete de Lébedev? —preguntó de repente.

—Ah. —Leslie se detuvo en el marco de la puerta del salón—. Pensaba que el paquete era toda esta información.

Montgomery se secó el sudor de la calva y negó.

—No, agente. El paquete está en Brooklyn. En esta dirección. —Se acercó y desdobló una hoja con una dirección escrita—. Vaya hasta allí y recójalo.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, extrañada.

Él lo sabía, pero se encogió de hombros, como si no lo supiera.

—No me la va a colar. Sé perfectamente que sabe de qué se trata.

—Es algo que dejó el mismo Markus antes de aceptar la infiltración en los *gulags*. Cuando llegue allí, diga que va de mi parte y se lo entregarán sin más dilación. Ya saben lo que tienen que hacer.

Leslie no sabía a qué atenerse. Acarició el papel con el pulgar y alzó la mirada para fijarla en los claros ojos de su superior.

—¿En Brooklyn?

—Sí. Tómese unas buenas vacaciones. Se las tiene bien merecidas. Y, cuando regrese, hablaremos de su ascenso.

—¿Mi ascenso?

—¿No quería llegar a ser inspectora? —La miró de reojo y sonrió con petulancia—. Cuídese, Leslie.

—Lo mismo digo —contestó la chica, sorprendida.

Cuando la puerta de la calle se cerró, no entendía por qué no estaba dando saltos de alegría por aquella noticia.

Durante años, su trabajo había sido su única fijación. Su única obsesión. Por fin le ofrecían el cargo que buscaba; controlar ella misma las operaciones.

No obstante, lo que más la excitaba era aquel papel que tenía entre las manos.

Brooklyn.

¿Qué había dejado Markus en Brooklyn?

Su corazón no. Puesto que lo había perdido en los reinos olvidados.

Capítulo 18

Brooklyn Heights *Dos días más tarde*

Era el primer suburbio de la nación, aunque ahora lo consideraban una joya y el barrio más elegante de la ciudad.

Leslie había aparcado en una espaciosa calle histórica con casas de estilo gótico, federal y griego; una deliciosa mezcla que hacía de aquel lugar un fabuloso rincón para ampliar una familia. Todo envuelto en un gran complejo residencial.

Había dejado su todoterreno Wrangler Rubicon de color negro frente al número que le indicaba el papel, ya arrugado de las veces que lo había manoseado, mientras le daba vueltas a qué era lo que Markus había escondido allí.

Tras ella quedaban unas fascinantes vistas del horizonte de Manhattan y de varios patios de recreo ideales para críos.

Leslie se quitó las gafas de sol Carrera de color negras y observó la elocuente fachada. Ascendió los escasos peldaños y tocó al timbre de la robusta puerta blanca que custodiaba aquella casa de ladrillo oscuro y cornisas claras. Se cubrió la herida del cuello con el pañuelo de verano fucsia y esperó a que le abrieran la puerta.

Entonces, en el lado derecho de la entrada, encontró una placa dorada: MAMÁ BROOKLYN. CASA DE ACOGIDA.

Leslie lo leyó de nuevo.

¿Una casa de acogida? ¿Qué se le había perdido al ruso en una casa de acogida?

Una mujer regordeta de pelo blanco y con un delantal manchado de harina abrió la puerta y se la quedó mirando con gesto amable.

—¿Está buscando a alguien, querida?

Leslie tragó saliva y miró de nuevo el rótulo.

—La verdad es que no lo sé... Verá, vengo... Vengo de parte del señor Elias Montgomery, vengo a...

—¡Ay, por Dios! —La mujer se llevó las manos a la boca y la miró de arriba abajo—. ¿Se la van a llevar?

—¿Llevarme? ¿A quién?

—Espere aquí un momento. Elías nos marcó un procedimiento muy claro. Debo seguir el protocolo.

Leslie no entendía nada. Cada vez más inquieta sacó de su bolsillo un caramelo ruso de los que comía Markus, pues en Nueva Orleans había encontrado una tienda donde los vendían. Se había viciado tanto como él. Era de café con leche y estaba tierno y delicioso.

De repente, el caramelo la llevó a los besos húmedos y duros de Markus, y sus rodillas se volvieron gelatina.

Sin embargo, debía mantenerse en el presente. Markus había desaparecido, y le había dado un encargo que ella quería cumplir.

De repente, la voz de una cría pequeña la sacó de sus pensamientos.

A Leslie se le humedecieron las manos de sudor, ¿por qué estaba tan nerviosa? ¿Qué era lo que temía?

La mujer apareció de nuevo, con lágrimas en los ojos y con una cría de no más de cuatro años agarrada de su mano. Llevaba un vestido blanco con volantes y tenía un flequillo castaño largo y liso, como ella, y una coleta a cada lado de su cabeza. Sus bambas eran rosas y las gomas de su pelo tenían la forma de dos mariposas. En su mano libre sostenía una maletita de viaje de Hello Kitty.

La pequeña la miró de arriba abajo e inclinó la cabeza a un lado. Y entonces clavó sus ojos amatista en Leslie.

La agente sintió un flechazo absoluto.

Había tenido esa misma sensación cuando, cierta vez, Markus la miró con aquellos dos rubíes que Dios le había dado por ojos. La mirada pura e inocente de aquel caramelo con patas le acabó de robar el corazón. La

sometió al instante, y ni siquiera sabía por qué.

Bueno, sí lo sabía.

Supo quién era esa niña.

—Me llamo Milenka, ¿y tú? —preguntó con la dulzura sana que solo un niño podía desprender.

—Me llamo Leslie.

—¿Me vas a llevar contigo?

Leslie sintió que se acongojaba; se arrodilló para estar a la misma altura de Milenka y le acarició una coleta.

Milenka.

Milenka significaba «mi pequeña».

Sin lugar a dudas, era la hija de Markus.

¿FIN?